

UN TESTAMENTO Y UNA FUNDACIÓN

Origen de un proyecto

El origen de la Universidad Católica de Valparaíso está contenido en el testamento de Isabel Caces de Brown, del 9 de marzo de 1916, cuando dispuso en la cláusula cuarta de dicho documento, su deseo de “hacer algunas asignaciones con objeto de beneficencia, instrucción o piedad”, nombrando como albaceas fiduciarias a sus hijas Isabel y Teresa o a la que de éstas sobreviva, asignándoles “con cargo a la cuarta de libre disposición de mis bienes, la suma de un millón quinientos mil pesos de que dispondrán conforme a las instrucciones que privadamente les impartiré”.

En el mismo documento se precisa que “en caso de cualquier dificultad, la suma indicada de un millón quinientos mil pesos se considera un legado puro y simple, con derecho a acrecer entre las beneficiarias y de cargo a la cuarta de libre disposición de mis bienes en favor de mis indicadas hijas Isabel y Teresa, pues estoy cierta que ellas lo emplearán íntegramente en obras de beneficencia, instrucción o piedad, sin dar cuenta a nadie”¹.

He aquí el origen, a pesar de que en la mente de Isabel Caces de Brown no estaba aún la idea de destinar esos recursos precisamente a la fundación de una Universidad. Sólo deseaba contribuir a “beneficencia, instrucción o piedad” para que sus hijas hicieran el bien sin fijarles alguna obra determinada.

En cumplimiento de los deseos de su madre, ambas hijas destinaron 500 mil pesos a diversas obras de beneficencia. El millón de pesos restante continuó en manos de Isabel y Teresa para darle un destino, abriéndose la posibilidad de la instrucción por sugerencias del Pbro.

¹ Testamento de Isabel Caces de Brown. Valparaíso, 9 de marzo de 1916.

Rubén Castro Rojas, a la sazón, cura de Quillota y amigo de la familia, reconocido desde entonces como el “principal impulsor”.

Surgió así la idea de fundar un Instituto Técnico en Valparaíso, para la formación de “jóvenes de escasos recursos” y ayudar a levantar el nivel cultural de las clases populares dentro de una formación cristiana, proyecto del citado Rubén Castro que fue bien acogido por Rafael Ariztía, quien se consagró a la realización de la obra junto a su esposa Teresa, a su cuñada Isabel (ambas herederas acordaron aportar por partes iguales todo lo necesario), y a su cuñado Juan Brown, procediéndose a dar vida legal y consistencia económica a la Fundación Isabel Caces de Brown, creada para hacer posible la obra, todo lo cual quedó protocolizado ante el notario porteño Santiago Godoy Prevost, el 6 de agosto de 1924.

Con el millón de pesos disponible se acordó adquirir el terreno más a propósito para construir el edificio. Se eligió un sitio eriazo de 16 mil mts² que antes había sido ocupado por un mercado público, y situado entre las avenidas Argentina y Brasil y entre las calles Yungay y Doce de Febrero, sitio que demandó la suma de 900 mil pesos en remate público, pagaderos en cuotas a la sucesión Juana Ross de Edwards, propietaria del solar².

El Rector de la Universidad Católica de Chile, Pbro. Carlos Casanueva, se encargó de redactar las escrituras de fundación de un Politécnico, pero abierto a la posibilidad de transformarse en universidad. Se encargaron los planos, mientras Isabel y Teresa resolvieron aportar “por partes iguales” los recursos necesarios para levantar y amueblar el edificio de un plantel que se proyectó como comercial e industrial, tarea en la que estuvieron ambas hermanas y Rafael Ariztía, honrando así la memoria de Isabel Caces de Brown y su esposo Juan Brown Diffin.

Cuando se decidió la fundación de una universidad, no había en Valparaíso una casa de estudios superiores, a pesar de contar con 180 mil

² La adquisición del solar se hizo por escritura de 24 de abril de 1918 ante el notario de Valparaíso Santiago Godoy Prevost, como se dice en el artículo segundo del contrato entre las hermanas Brown y el ordinario eclesiástico de Santiago, en 6 de agosto de 1924.

habitantes, con prestigiosos colegios y dos liceos de donde egresaban centenares de alumnos sin posibilidades de estudios superiores en la ciudad, excepto las universidades de la capital, o los Cursos de Arquitectura y Leyes de los Sagrados Corazones de Valparaíso. Una universidad porteña era, por lo tanto, una necesidad, y porque lo era, poco después se proyectó otra igualmente técnica, con el nombre de Universidad Federico Santa María.

Se relacionaba la inexistencia de una universidad en Valparaíso con el derrame de población hacia Santiago, porque uno de los motivos, decía el diario La Unión en 1929, era “existir en la capital los mejores establecimientos de enseñanza que se llenan con estudiantes que vienen de provincias y que determinan el traslado a Santiago de muchas familias”. Ese mismo año la opinión pública porteña era optimista, porque teniendo ya dos universidades técnicas, los alumnos no se verían obligados a abandonar la ciudad, y Valparaíso podría transformarse en el más importante centro fabril aprovechando la formación técnica-industrial. Respecto de los titulados en la Universidad Católica, se esperaba que implantasen por cuenta propia las industrias y no necesario “seguir importando expertos en muchos ramos de la producción, porque habrán de formarse aquí... técnicos eficientes... útiles hombres de ciencia”, decía La Unión³.

La idea original era crear un Instituto Técnico que preparase jóvenes prácticos para su desempeño en una ciudad como Valparaíso que, por entonces, era reconocida como pragmática, tanto que incluso el Curso de Leyes de los Sagrados Corazones no parecía connatural al puerto en la frontera de los dos siglos. Enrique Pascal recordaba en 1974, que “una plaza preferentemente comercial como Valparaíso, abierta al mercado internacional y sede importante de las comunicaciones entre Europa y Asia, e, inclusive, entre ambas partes de Norteamérica, sometida a las influencias de las colonias inglesas, alemanas y francesas residentes en el puerto y ajenas a lo que fuera el estudio del Derecho, osara crear un curso universitario de esta índole parecía - y lo era - asaz inusitado”. En efecto,

³ Universidades porteñas. La Unión, Valparaíso, 28 de marzo de 1929.

el Curso de Leyes de los Sagrados Corazones - predecesor de la Escuela de Derecho de la UCV - no habría sido posible si no se hubiera creado, en 1892, los Tribunales de Justicia de Valparaíso⁴, que dio origen a la necesidad de contar con abogados porteños⁵.

Pero el proyectado plantel no contemplaba la carrera de Derecho, sino que fue concebido como Instituto Superior Técnico-Comercial, y ése fue su sentido en la primera etapa “para formar técnica y moralmente a los jóvenes en la carrera de la industria o de las ciencias o de las artes o del comercio o de las profesiones liberales”⁶. El acta de fundación protocolizada ante el notario Augusto Reyes Castro, suplente del titular Santiago Godoy Prevost, el 6 de agosto de 1924, precisa que la nueva fundación pasará a formar parte integrante de la Universidad Católica de Santiago, y se precisan también las obligaciones financieras acordadas entre los fundadores y el Arzobispo de la capital. “El precio que las señoras Brown y sus maridos pagarán al ordinario eclesiástico de Santiago por la obligación de fundar y sostener este establecimiento, es la suma alzada de los tres millones de pesos moneda corriente, que pagarán en la forma siguiente: dan en pago al ordinario eclesiástico de Santiago y enajenan a su favor por el valor de la tasación fiscal ascendiente a un millón de pesos, la propiedad raíz que tienen en Valparaíso, situada entre las calles Yungay, Doce de Febrero, Avenida Brasil y Avenida Argentina”. Por esta operación “transfieren perpetua e irrevocablemente el dominio absoluto de esa propiedad al ordinario eclesiástico de Santiago, quien la acepta para sí con todos sus usos, derechos y servidumbres y se obligan al sostenimiento por evicción, con arreglo a la ley”. Como la propiedad estaba gravada a favor de la Caja de Crédito Hipotecario por una deuda en bonos del 8% de un capital primitivo de 600 mil pesos, “las señoras Brown y sus maridos se obligan a cancelarla totalmente en el

⁴ Hernández, Roberto: *El Curso de Leyes de los Sagrados Corazones de Valparaíso. Reminiscencias de una iniciativa particular con treinta años de vida (1894-1895)(1903-1931)*, Fischer Hnos. Impresores, Valparaíso, 1932.

⁵ Pascal, Enrique: *Clase magistral. 80 años Escuela de Derecho, Universidad Católica de Valparaíso*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Imprenta Victoria, Valparaíso, 1974, págs. 5-6.

⁶ Acta de constitución de la Fundación Isabel Caces de Brown ante el notario de Valparaíso Santiago Godoy Prevost. Valparaíso, 6 de agosto de 1924, f. 1.

plazo de tres años contados desde la fecha de esta escritura y mientras se efectúa la cancelación total, atenderán el pago de todos los dividendos que exija el servicio al día de esa deuda hipotecaria”.

El saldo de 2 millones lo pagarán las Sras. Teresa e Isabel Brown entregando cada una un millón de pesos de la forma siguiente: 500 mil en el plazo de un año y los otros 500 mil en el plazo de dos años. Se precisa, además, que “en caso de que el ordinario eclesiástico de Santiago no pudiera cumplir las obligaciones que contrae por esta escritura, la acción resolutoria sólo podría ser entablada por don Rafael Ariztía Lyon, mientras éste viva. Fallecido el Sr. Ariztía, expirará todo derecho para cambiar la acción resolutoria, y el ordinario eclesiástico de Santiago cumplirá las obligaciones contraídas en la forma que se considere más conveniente para el desarrollo de la educación católica, que es el objetivo esencial que ha llevado a las partes a celebrar este contrato”⁷.

La Revista Universitaria de la Universidad Católica de Santiago, calificaba este contrato como digno de ser considerado en los Anales de la Universidad, y a la futura Casa de Estudios como la fundación de “nuestra Universidad en Valparaíso”, escribía el Rector Carlos Casanueva⁸. Y así era. Por el citado documento de 1924, se acordó que la fundación “forma parte integrante de la Universidad Católica”, institución que quedaba obligada a “correr con todo lo relativo a la ubicación del establecimiento dentro de la ciudad de Valparaíso, a la construcción de sus edificios y a la dirección, administración y perpetuo sostenimiento de esta obra”⁹.

El edificio comenzó a levantarse en 1925, bajo la dirección de Rafael Ariztía en representación de las hermanas Isabel y Teresa, aportando ambas el dinero necesario para construir y dotar el inmueble,

⁷ *Ibídem*

⁸ Revista Universitaria, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1924.

⁹ Acta de constitución..., f. 2. Nótese bien que el ordinario eclesiástico quedó facultado para elegir el lugar donde debieran ubicarse los edificios de la Universidad y para dirigir la administración “como placiera y creyera conveniente”. Situación económica de la UCV. Exposición de Enrique Wiegand Frödden. La Unión, Valparaíso, 8 de noviembre de 1931.

mientras que Ariztía se ocupaba personalmente de sus pormenores en todo orden de cosas y velando porque todo en él fuera de la mejor calidad dentro de una grandiosidad y elegancia.

En la construcción y alhajamiento se invirtió la suma de 7.500.000 pesos. Los planos se encargaron a los arquitectos egresados de la Universidad Católica de Chile, Ernesto Urquieta y Gregorio Airola, luego de un concurso en el que participaron, además, Alberto Cruz Montt y Tomás Armstrong, por una parte, y Manuel Cifuentes y Urbano Mena, por otra. Para ello hubo que estudiar el programa del edificio para Politécnico, tema al que se avocó la Junta de la Universidad Católica de Chile y, a partir de su opinión, se formaron los planos ajustándolos a los fondos, que dentro de los compromisos de la escritura de fundación podían aplicarse al edificio, que entonces no podía exceder de un millón de pesos, pues había que dejar otro millón para la “renta de sostenimiento”.

Pero, por escritura de 15 de enero de 1925, ante Pedro N. Cruz, Rafael Ariztía por sí y por Teresa Brown de Ariztía, e Isabel Brown de Brunet, por sí, modificaron la anterior escritura y en ella el ordinario eclesiástico convino en destinar el terreno que había recibido como premio de sus servicios a la Universidad, y en recibir los dos millones restantes en edificios que se construirían sobre esos terrenos, limitándose la obligación de sostener la obra a las rentas que el edificio recibiera. Se convino especialmente, también, en que Rafael Ariztía administraría estos bienes con amplia libertad en la construcción y dotación de la Universidad¹⁰.

En principio se habían inclinado por los planos de Cifuentes y Mena. Pero Rubén Castro hizo algunos reparos y se adoptaron los de Urquieta “con arreglos convenientes”. Esto mismo dio lugar a que Rafael Ariztía cambiara de parecer y concibiera ahora construir “una Universidad completa”, y a “cuadruplicar la suma de que se podía disponer para realizarla”, como lo recordaba Carlos Casanueva en carta a Rubén Castro de 31 de mayo de 1928, pasando revista a los pasos seguidos al respecto.

¹⁰ Situación económica de la UCV. Exposición de Enrique Wiegand Frödden. La Unión, Valparaíso, 8 de noviembre de 1931.

En esa ocasión, Casanueva dice que primero se había pensado en una Escuela de Artes y Oficios, ideada por Monseñor Eduardo Gimpert; luego, el mismo Rector de la Universidad Católica de Santiago propuso la formación de un Politécnico “en lugar de una simple Escuela de Artes y Oficios”, idea que fue aprobada. El propio Casanueva redactó la escritura de fundación, “y desarrollando la primera idea del Politécnico, abrió la puerta en dichas escrituras para que pudiera llegar a ser Universidad”. En los planos de Urquieta tuvo, también, cierta participación Eduardo Gimpert, al sugerir ligeras modificaciones con las que el plano se llevó finalmente a la práctica. La construcción se confió a la firma N. Martín Hansen y H. Hveen y Cía. Los 7.500.000 pesos de seis peniques invertidos en la obra, incluso el alhajamiento, sobrepasaba con mucho la idea original¹¹.

¹¹ En 1937 se dirá que la suma total incluida “la adquisición del terreno, construcción del edificio universitario y casas de renta, menaje y dotación de completos y modernos laboratorios y talleres, y desarrollo inicial, llegó a un gasto de 10 millones de pesos”. Universidad Católica de Valparaíso. Fundación Isabel Caces de Brown, “Curso de Arquitectura y Curso de Ingeniería Química”, Chile MCMXXXVII, s/p. Pero, al parecer, nunca estuvo tan claro el monto total. En 1931 Enrique Wiegand decía que “en el edificio de la Universidad se han invertido pesos 3.197.685,59”; que este dato podría ser exacto, “aunque no lo he querido comprobar”. Si fuera cierto, los donantes que habían prometido 2 millones de pesos “se excedieron de ella entregando todavía pesos 1.197.685,59 más de lo convenido”. Respecto de lo invertido en las instalaciones, según datos de El Mercurio, sería 939.620,81 pesos. En cuanto al edificio de rentas costó 1.400.000 pesos. Este monto se consiguió con un préstamo que el ordinario eclesiástico (por solicitud de los fundadores) pidió a la Caja de Crédito Hipotecario, lo que se hizo por escritura de 2 de agosto de 1927, ante el notario Abraham del Río, préstamo que se hizo en letras de crédito de 8% de interés y medio por ciento de amortización. En 1928 todavía se tenía la deuda de 600 mil pesos del solar adquirido a la sucesión Juana Ross de Edwards. El 15 de septiembre de ese año, ante el notario Abraham del Río, el Obispado de Valparaíso, a quien se había entregado ya la fundación, contrató con la Caja de Crédito Hipotecario una conversión de deudas, juntando la primitiva de 600 mil pesos y la deuda de edificación de 1.400.000 pesos en una sola obligación por 2 millones de pesos, y reduciendo en esta deuda el tipo de interés que era del 8, al 7%. Esta hipoteca aparece inscrita a fs. 118 N° 1227 del Registro de Hipotecas de Valparaíso del año 1928. Situación económica de la UCV. Exposición de Enrique Wiegand Frödden. La Unión, Valparaíso, 8 de noviembre de 1931.

La primera tarea era despejar el terreno, que comenzó con “la destrucción de ese rancherío, los escombros y materiales inútiles”. Conseguido esto podía verse ya “los grandes heridos en que se echarán los fundamentos de la magna construcción”¹², cuyos trabajos se iniciaron en agosto de 1925 con “el primer barretazo en la arena estéril”, y el 21 de septiembre se bendijo la primera piedra en el sitio más aparejado para ello colocando el Pbro. Rubén Castro la tradicional piedra que simbólicamente apuntaba a un destino, “mirando al mar y en dirección al cielo”, dice Ezequiel Briceño, entrevistado por Rodolfo Garcés, o sea, “se fijó el compromiso oceánico que es el de Chile, como norte de la Universidad”. Para ello se había cavado el foso “que contenía la cámara destinada a guardar la piedra fundamental”. Ésta estaba “primorosamente adornada de guirnaldas y flores y banderas nacionales”. Luego de leída el acta por Rubén Castro, depositó el documento “en un frasco de cristal” y éste “en una urna de cemento preparada al efecto”. Fue una ceremonia modesta, por petición expresa de los fundadores. Se hizo en privado, sin invitaciones oficiales y sin anuncios, con sencillez desusada en aquellos tiempos y, mucho más, tratándose de obras individuales de beneficencia¹³. Sólo estaban presentes Isabel Brown de Brunet, su hija Sra. Elena Cortés Brown de Eastman, “que por el mal estado de su salud presenció el acto desde su automóvil”, el Obispo Eduardo Gimpert, el Rector de la Universidad Católica de Santiago, Pbro. Carlos Casanueva, el Rector del Seminario San Rafael Pbro. Augusto Molina, algunos curas y religiosos, el Pbro. Rubén Castro, los arquitectos Ernesto Urquieta y Tomás Armstrong, los contratistas Martín Hveen, delegación de profesores del Instituto de Quillota, Manuel Correa Núñez en representación de Manuel Ariztía, y el Obispo Equinos, quien bendijo la primera piedra¹⁴.

Primera piedra, símbolos, rituales, palabras y coincidencias de gran significación. Para el Rector de la Universidad Católica de Chile, Pbro. Carlos Casanueva, varias circunstancias de alto contenido para él coincidieron en esa ocasión, circunstancias no previstas, sino dispuestas así por Dios. “La bendición de la primera piedra, esto es, el primer día de

¹² Revista Universitaria. Universidad Católica de Chile, Santiago, 1925. s/n.

¹³ Idem.

¹⁴ Idem.

esta Universidad de Valparaíso, vino a ser - dice - el mismo día en que yo también nací, y nacía en esta misma Parroquia de los Doce Apóstoles, cuyo pavimento ese día había venido a besar en recuerdo de los 50 años de mi bautismo en ella, y era también la víspera de las bodas de plata de mi ordenación sacerdotal”¹⁵.

En poco más de dos años, la obra surgía “grandiosa y bella, rebosante de potente vida”, y de una arquitectura calificada de “intachable perfección”. Rubén Castro decía en 1928: “Día a día fueron levantándose mágicamente estos muros con la modestia y el silencio de las obras inmortales, inspiradas por ideales divinos, y hoy, por encargo del pastor de la diócesis y de los fundadores, debo presentar el edificio felizmente terminado y abrir de par en par las puertas a la juventud estudiosa, a fin de que sus maestros empiecen ese otro edificio, científico y moral, mucho más difícil pero a la vez mil veces más hermoso que el que ahora tenemos a la vista”¹⁶.

Y así nació; de súbito surgió de la noche a la mañana y dotada de todo lo necesario. En los pueblos jóvenes, las universidades no huelen a viejo. Sus piedras no evocan tiempos lejanos, ni sus monumentos recuerdan tiempos épicos. Las universidades nuestras son de nuestros tiempos; tienen la tersura del presente, la lozanía y la frescura de la juventud, pero llevan en sí toda la promesa de futuro. La primera piedra y la ceremonia de inauguración de la Universidad Católica de Valparaíso parecen haber sido ceremonias vividas sólo ayer. Tan joven es la PUCV que todavía viven profesores que sirvieron en su etapa fundante, incluso quienes conocieron el sitio eriazado de Avenida Argentina con Brasil. Tomás Eastman lo recuerda. Dice que siendo niño, su padre lo llevó a ver el hoyo donde se estaban haciendo los cimientos del edificio de la Universidad¹⁷. Setenta y cinco años de Historia es un tiempo muy breve para una Universidad que, no obstante, se inscribe en la categoría de

¹⁵ *Ibíd.*, pág. 186.

¹⁶ Solemne inauguración de la Universidad Católica de Valparaíso. Revista Universitaria. Universidad Católica de Chile, Santiago, 1928.

¹⁷ Tomás Eastman. Entrevista. Viña del Mar, 15 de abril del 2002.

“tradicional”. Hemos visto crecer sus palmeras y hemos sido testigos de cómo en tan corto tiempo nuestra Casa de Estudios se ha llenado de contenido.

CATOLICIDAD Y BENEFICENCIA: LA FAMILIA FUNDADORA

Los Brown

Isabel Caces de Brown, tenía 50 años cuando hizo su primer testamento, el 5 de abril de 1876, ante el notario Julio César Escala. Era hija legítima del primer matrimonio del comerciante español José Caces Leal y Josefa Bravo¹⁸. Al testar, Isabel dividió sus bienes en cuatro partes para sus hijos y los hijos de su fallecida hija Luisa, y la otra parte restante la dejó a su esposo Juan Brown.

En el segundo testamento, el 9 de marzo de 1916, ante el notario de Valparaíso Julio Rivera Blin, declaró haber nacido en Valparaíso y haberse casado en dos ocasiones. Su primer matrimonio fue con el citado Juan Brown, fallecido el 30 de diciembre de 1877. Su segundo esposo fue Alfredo Cox, con quien no tuvo sucesión. Isabel vivía en la calle Aníbal Pinto, en la casa N° 229 que había heredado de su primer marido. Tenía, además, otras diez propiedades en Avenida Errázuriz, Calle del Cabo, y en otras. Poseía, asimismo, la fábrica de cemento El Melón, que incorporó a sus bienes a través de su segundo marido, y que su yerno Rafael Ariztía hizo prosperar transformándola de precaria que era “en un timbre de orgullo para la industria nacional”.

En el testamento de 1916, Isabel Caces de Brown dejó a sus hijos Guillermo, Juan, Isabel y Teresa, la suma de 600 mil pesos. Amalia Seferina, hija del primer matrimonio de su marido Juan Brown, había fallecido. Isabel dejó otros 1.500.000 pesos “para beneficencia,

¹⁸ José Caces Leal casó en segundas nupcias con Marta Gómez, en 1834. Cuando José Caces falleció en 1852 poseía 32.729,45 pesos y debía 2.352,50 pesos. Tenía una tienda de artículos surtidos que a su muerte la heredó su hijo José Caces González. Pero éste no supo mantener el negocio y quebró en 1856. La tienda fue rematada. Aranguiz, Horacio: “La familia Brown”. El título es artificial. Conocemos sólo una parte del original de este estudio todavía inédito, por gentileza de don Carolus Brown, mecanografiado, pág. 96-97.

instrucción o piedad”, como ya hemos dicho, nombrando albaceas a sus hijas Isabel y Teresa, de donde se originó el proyecto para una universidad. Isabel Caces de Brown falleció el 4 de abril de 1916.

¿Cómo era? Un descendiente de la familia, Carolus Brown, la describe como una mujer “bajita, no muy alta, muy parecida a mi tía Nena Cortés”, dice. Tenía “belleza moral... carácter firme pero dulce”, y “esas cualidades debieron ser llamativas para que ese hombre exigente y laborioso que era Juan Brown Diffin pusiera en ella sus ojos, su corazón y su valiosa ayuda”.

Juan Brown Diffin nació en 1808. Era estadounidense, hijo de Guillermo Brown y Jane Diffin. En 1832, viajaba como tripulante de velero y en el rol de abordo figuraba como carpintero, pero con nociones de arquitectura. Cuando echó anclas en Valparaíso por primera vez ese mismo año, se sintió motivado por las posibilidades que ofrecía la ciudad para dedicarse a la construcción. Su primer trabajo fue de carpintero en el taller de B.T Jacobs, donde cumplió tareas de ayudante de escoplo y cepillo de James Lick. Después pasó a ser socio de Jacobs. Luego, se independizó y en 1845 instaló su propio taller dedicándose, además, al préstamo con interés que le dio muchas utilidades por el resto de su vida¹⁹.

En 1846 era ya prestigioso constructor. Garcés, cita a Barros Arana, quien lo identifica como “constructor probo”. Efectivamente, Juan Brown, una vez en el puerto, participó en la construcción del edificio donde más tarde se instaló el Café Riquet, y en 1846 tuvo la dirección de la construcción de la Aduana, que dos años antes había comenzado el ingeniero Augusto Charme. El mismo periodista dice, citando crónicas, “que el acrisolado arquitecto ejecutaría la obra por cuenta del Estado y tendría una comisión igual al diez por ciento de lo que gastase. Empezó la ejecución y la terminó escrupulosamente, con ventajas para el fisco y el autor”. Barros Arana, precisa que en 1854 construyó una nueva serie de

¹⁹ Aranguiz, Horacio: “La familia Brown”...

almacenes aduaneros situados entre los ya erigidos y el llamado cerro de San Antonio.

Uno de sus descendientes, Carolus Brown, supone que Juan conoció a Isabel en alguna de las visitas que aquel hacía a la tienda del padre de ella, para comprar algunos de los artículos que allí se vendían. Así habría nacido la amistad. Cuando se casaron en la iglesia La Matriz, en 1845, Juan tenía ya una hija de su primer matrimonio: María Amalia Seferina. El noviazgo y casamiento de Juan e Isabel, dice Garcés, “fue un episodio digno de los personajes de las novelas que escribirán más tarde Blest Gana y Joaquín Edwards Bello”²⁰.

Juan aportó al matrimonio 56.322 pesos, mientras que Isabel contribuyó con 2 mil pesos, según se contiene en el segundo testamento de Juan, en 1876. Cuando hizo su primer testamento, el 23 de agosto de 1847, declaró que sus bienes eran: un sitio entre las calles de la Aduana y Cochrane que había comprado a Martín Manterola, y un edificio construido en dicho sitio; una carpintería con maderas, bancos y herramientas por valor de 8 mil pesos, 1.500 pesos en efectivo, 3 mil pesos en muebles, un reloj de oro y ropa de uso diario y 46 mil pesos en documentos y escrituras hipotecarias. En Estados Unidos tenía una casa en Albany que, sin embargo, “no alcanzaba el valor de la quinta parte de sus bienes”, y que dejó a sus sobrinos Juan y Brian Brown, residentes en Estados Unidos. Rodolfo Garcés, sin indicar fuentes, apunta que ese año calculaba su capital en 6 millones de pesos de 48 peniques. A su muerte, en 1877, su fortuna se había incrementado y se le consideraba el hombre más rico de Valparaíso. Ese año tenía 20 propiedades avaluadas en 1.389.705 pesos²¹. En 1879 la familia poseía una fortuna de 10 millones de pesos y era la cuarta más grande de Chile, según Vicuña Mackenna. Sólo la superaban Juana Ross de Edwards, Carlos Lambert e Isidora

²⁰ Garcés, Rodolfo: *Crónica de medio siglo: 1928-1978*, Ediciones de la Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 1979, pág. 17.

²¹ Las 20 propiedades estaban dentro del radio urbano de Valparaíso, con valores que iban desde 22.580 pesos la situada en calle Yungay con Avenida Errázuriz, hasta 185.280 pesos la principal, sita en calle Blanco con Avenida Errázuriz y Pasaje N° 7. Aránguiz, Horacio: “La familia Brown”... , pág. 92.

Goyenechea de Cousiño²². A pesar de su enorme fortuna, Juan Brown e Isabel Caces “llevaron una vida libre de ostentación, más bien sencilla, sin grandes lujos ni derroches”²³.

Cuando hizo su segundo testamento, en 1876, Juan Brown tenía 66 años de edad y siete hijos: María Amalia Seferina quien, como se ha dicho, era de su primer matrimonio, Luisa, Isabel, Elena, Teresa, Guillermo y Juan. Su hijo Guillermo Brown Caces fue dueño de la hacienda “El Escorial”, de Panquehue. Casó con Manuela Carvallo, hija del diplomático Manuel Carvallo. Guillermo murió en 1919. Juan Brown Caces, su otro hijo varón, peleó en la Guerra del Pacífico. Alcanzó el grado de capitán. Era acaudalado y, sin embargo, nunca llegó a casarse. Elena había fallecido en la infancia y Luisa murió estando casada con Guillermo Enrique Barton con quien tuvo tres hijos: Isabel, Federico y María Luisa Barton Brown. En el testamento de 1876, Juan Brown Diffin precisa que a su esposa Isabel le corresponde el 50% de los bienes de la sociedad conyugal.

La hija de ambos, Isabel Brown de Brunet, casó en primeras nupcias con José Cortés Solís, que detentaba el título de marqués de la Cañada Hermosa. Con él tuvo dos hijos: Scipión y Josefina Cortés Brown. Ésta, al casarse, pasó a ser de Eastman. Del segundo matrimonio de Isabel, con el Sr. Brunet, no tuvo descendencia.

Isabel contribuyó decididamente en los proyectos de su cuñado Rafael Ariztía sobre erigir una universidad. Sobresalían en ella los sentimientos humanitarios por sobre los intereses materiales. No se interesó por el fausto nobiliario, ignorando su título de marquesa. El amor y generosidad demostrados en hacer realidad el legado de su madre “provino del ferviente deseo de hacer perdurar el nombre de quien las había formado cristianamente, prodigándoles buen ejemplo y enseñándoles a mirar la efímera existencia como una oportunidad de hacer el bien”.²⁴

²² *Ibíd.*, pág. 86.

²³ *Ibíd.*, pág. 97.

²⁴ Garcés, Rodolfo: *Crónica de Medio Siglo*, pág. 20

Su hermana Teresa nació el 2 de abril de 1863. Tal como Isabel, era considerada “un ángel de bondad sembradora de bienes... hizo posible la Parroquia de San Antonio y toda la obra de que ella depende”, dice Garcés, citando al Padre Félix Ruiz de Escudero. Fue la sombra tutelar de la Universidad Católica de Valparaíso, y gran señora, tanto que “habría honrado a una corte por su distinción y su modo, y por el respeto que infundía”. Pero, a diferencia de Isabel, era desconfiada. Quería saber que sus dineros destinados a obras de beneficencia se gastaran bien y exigía reconocimiento y respeto por su persona. Tuvo algunas contrariedades con la Universidad Católica de Valparaíso después de la muerte de su esposo Rafael Ariztía. “Creía que no sabían tratarla”, dice Garcés, y agrega que el Rector don Malaquías Morales... no conversaba con ella en persona. Cuando había necesidades [en la Universidad] enviaba [el Rector] a su administrador, un caballero muy alto, de largas piernas”. Ella se indignaba - “Ha venido de nuevo el zancudo - decía, llamándolo por el apodo que le sugerían sus extremidades -. Por cierto que no escuché sus peticiones”, confesó una vez.

Cuando en 1949 se le distinguió con la Orden de Isabel la Católica, el cónsul general de España dijo en nombre de su gobierno: “Habéis tenido, señora, la virtud y la dicha de saber elegir en la vida el mayor placer que ésta pueda darnos, el menos terrenal de todos y el que más nos acerca a Dios, el placer de la caridad...[porque] vos, señora, dais, pero sabéis hacerlo con amor y por eso vuestro nombre es bendecido y está nimbado con el clamor de voces reverenciales, que los que os aman y se sienten por vos amados, elevan a través del infinito hasta los pies del Señor...”. La ciudad de Valparaíso la distinguió como ciudadana benemérita. Teresa falleció el 22 de abril de 1951.

Rafael Ariztía

Rafael Ariztía Lyon era esposo de Teresa. Tuvo una infancia modesta, pero llegó a ser rico e influyente. Fue diputado por Quillota en 1896 y Senador por Llanquihue en 1918, además de Regidor en 1891 y

Alcalde de Quillota y Viña del Mar. Dedicó su vida a la beneficencia. Hizo posible el Hospital y la Casa del Buen Pastor de Quillota, el Instituto de los RR.PP. Maristas y la Escuela Parroquial, todas obras realizadas por el bien de esa ciudad. Su fortuna se lo permitía. Era dueño de la hacienda La Palma y se le conocía y admiraba como hombre de éxitos materiales. Perteneció a la Sociedad Nacional de Agricultura y fue miembro de los clubes de Viña del Mar y Valparaíso.

Sin embargo, la vida le mostró su lado oscuro. Sufrió la tragedia de perder a sus hijos Rafael y Adolfo. Con un año y medio de diferencia murieron atacados por una infección de difteria para la que no había remedio por entonces. Desde la muerte de sus hijos, la ternura de su amor frustrado fue orientada hacia los desvalidos. Asimismo, se comprometió en atender los deseos de su suegra Isabel Caces y los de su esposa Teresa, entusiasmándose con la idea del Pbro. Rubén Castro de hacer un Instituto Técnico para lo cual creó la Fundación Isabel Caces de Brown.

Rafael Ariztía era el “venerable prócer de barba fluvial, erguidos mostachos y ojos centelleantes”, como lo recuerda Enrique Pascal²⁵. Un hombre excepcional. Rodolfo Garcés cree que “fue la mano derecha de Dios, el motor y la fuerza espiritual de la obra”. Por ello y por sus méritos como cristiano, fue honrado con una condecoración por el Santo Padre, en 1928. Cuando se inauguró la Universidad ese mismo año, Rubén Castro, dijo: “Los nombres de los fundadores señora Isabel Brown de Brunet, señora Teresa Brown de Ariztía y el señor Rafael Ariztía, no necesitan grabarse en estos muros, están escritos ya con caracteres indelebles en el corazón de la Iglesia y de la Patria y Valparaíso entero y especialmente esta Universidad los pronunciará con sincero respeto y eterna gratitud”.²⁶

Murió el 12 de enero de 1929. El día de sus funerales, su amigo el Pbro. Rubén Castro y Rector de la Universidad Católica de Valparaíso, dijo: “Don Rafael Ariztía trabajó cuando niño, se sacrificó en la juventud, desplegó su inmensa, su incansable actividad, durante toda su vida, en la

²⁵ Pascal, Enrique: *Discurso conmemorativo Cincuentenario UCV*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 1978, pág. 20.

²⁶ Revista Universitaria. Universidad Católica de Chile, Santiago, 1928.

industria y el comercio; empapó su alma de experiencias, hizo de la hidalguía, de la altivez de carácter y del trabajo honrado, su noble fisonomía; y cuando había coronado sus sienes con cuanto puede almacenar en su corazón el hombre de bien, dio vida a sus nobles ideales de patriota, de caballero y de cristiano, partió el molde de su alma en unión con los seres del mismo temple suyo y dotó con su magnífica grandeza el pedestal de su gloria: la Universidad Católica de Valparaíso. A ella le dedicó toda su vehemencia noblemente apasionada; todo el cariño paternal a cada uno de sus nuevos hijos universitarios, con la misma intensidad de amor con que amaba a los que tenía en el cielo”²⁷.

²⁷ Funerales de Don Rafael Ariztía. La Unión, Valparaíso, 15 de enero de 1929.

UN EDIFICIO QUE UNE LA UTILIDAD CON EL ARTE Y LA MATERIA CON EL ESPÍRITU

El “palacio”: una descripción

Lo construido comprendía dos partes: el edificio de la Universidad, racionalmente diseñado para servir de tal, y el edificio anexo, o “de rentas”, destinado al sostenimiento económico de la Casa de Estudios, y compuesto de habitaciones y locales comerciales. Entre ambos, se reservó un espacio para construir un “campo de deportes”.

El edificio de la Universidad era verdaderamente “magnífico”. Admirado y alabado por los porteños, se aprestaba para ser inaugurado en 1928. Con él “se ha dado un paso importante para la modernización y embellecimiento de las dos grandes vías a las cuales contempla principalmente”. La opinión pública lo llama “palacio” por su hermosa e imponente arquitectura, sobre todo su frontis que mira a la Avenida Brasil, que “abarca setenta metros más o menos, alcanzando aquí su mayor dimensión”²⁸.

Las descripciones contenidas en la prensa son detalladas en su distribución interior. En primer lugar, el subterráneo, “muy amplio”, con una superficie aproximada de 3 mil mts². y espaciosas salas. Las situadas hacia Brasil estaban destinadas a talleres de cerrajería, herrería y carpintería. Las del costado hacia la Avenida Argentina y las de Doce de Febrero, estaban reservadas para los Cursos Nocturnos, mientras que en el costado opuesto a la Avenida Brasil, se diseñaron para talleres de electricidad y eran las salas de mayor superficie.

En el primer piso, junto al hall de entrada, estaban las salas destinadas a Biblioteca y Profesores, ocupando el ángulo de Brasil y Doce de Febrero. En la otra ala estaba la sala del pro-rector y los talleres de máquinas y motores. En el costado opuesto a la Avenida Brasil, los

²⁸ Características del “palacio” construido en la Avenida Argentina esquina Avenida Brasil. La Unión, Valparaíso, 7 de febrero de 1928.

laboratorios de electrónica y mecánica, descritos como “espaciosos y bien montados”. En el mismo piso, los servicios higiénicos que la prensa califica como “de primer orden”. Además, el primer piso contaba con dos patios laterales y uno central cubierto, de 15 x 20 mts. cada uno. Todo rodeado de amplios corredores.

Por las dos escaleras de mármol se accede al segundo piso donde se halla, en primer lugar, la capilla que descansa sobre el patio central. Se la describe “construida con exquisito gusto artístico y dotada de suelo de mosaicos, que le comunica un aspecto *sui-generis*”, dice La Unión. Destacan sus ventanas de *vitreaux* hechos en Chile, y un altar de “suprema sencillez inspiradora”. Ese año 1928, ya exhibía un armonio. Las dependencias frente a la capilla estaban ocupadas por las oficinas del Rector, Secretaría y Tesorería. En el mismo piso se distribuían el laboratorio de Física, salas de clases y dibujo, mientras que en los costados estaban las salas de los Cursos Preparatorios y la oficina del Director Técnico.

En el tercer piso destacaba el Salón de Actos, con una superficie de 25 x 10 mts., amplio y diseñado con estilo y buen gusto, con capacidad para 1.200 personas. En la esquina derecha del mismo piso, el laboratorio de Química y una sala. En el ala izquierda, otra para Dibujo, lo mismo que las del fondo, mientras que las de ambos costados reservadas también para salas de Química²⁹.

El cuarto piso se destinó a las habitaciones del Rector, mayordomo y personal de planta. Cuando se diseñó el edificio, Rafael Ariztía reservó un espacio para habitación de los Hermanos Maristas, porque el fundador tenía la esperanza que dichos hermanos se hicieran cargo de la universidad. Finalmente ese sector fue destinado a pensionado.

La prensa porteña resumía así el edificio: “es de cemento armado y se lo ha dividido en cuatro pisos, incluso el subterráneo y terraza. Todas sus habitaciones son amplias, aireadas y con luz desbordante que llega

²⁹ El edificio y su distribución. La Unión, Valparaíso, 25 de marzo de 1928.

hasta ellas por grandes ventanas... Los patios, distribuidos convenientemente, llaman la atención por su amplitud, siendo de notar que uno de ellos ha quedado completamente techado y el cual servirá a los alumnos de sitio de recreo en la estación de invierno. Los corredores amplios y perfectamente amueblados y las escaleras de mármol que conducen a los pisos superiores, complementan la sencillez elegante de este plantel”³⁰.

El mismo diario La Unión decía, en 1929: “en pocos meses se levantó como por arte milagroso ese bello y enorme edificio de Avenida Argentina, que tiene todas las bellas cualidades de aquellos viejos tiempos [dice, refiriéndose a las universidades medievales]: piedras sólidas, alma cálida, estructura interior rigurosamente modelada, arte y belleza por todas partes, casada la utilidad con el arte y la materia con el espíritu”.³¹

Se subrayaba, además, “la eficiencia de los materiales que se emplearon, especialmente los pisos impermeables de bonito aspecto y fácil limpieza, las baldosas del patio concluidas, todo lo cual contribuye a dejarnos la sensación de las obras ejecutadas con talento y sentido moderno”. El amueblado fue instalado por Balfour Lyon y Cía., Gustavo Johnson, Henríquez y Benavente, R. Mazzoni, Castañer, y Springer y Behr. Los asfaltos de la terraza y patios fueron obra de Anglo Chilena Asphalte y Co. La marmolería estuvo a cargo de la Casa de Santiago Cappi. Las instalaciones eléctricas fueron responsabilidad de Higson y Cía. Los *vitreaux* de la capilla correspondieron a Schalck, de Santiago. El embaldosado estuvo a cargo de la fábrica El Sol de Jaime y Collado. La carpintería fue tarea de Henríquez y Benavente. De la pintura se ocupó el taller de Carlos Guerrero. La ferretería se confió a De Gallardo y Co., mientras que el ascensor fue instalado por Raab Rochette y Co.

Era, sin duda, uno de los mejores edificios de la ciudad. Sin embargo, estaba emplazado en el sector más periférico del Almendral, poblado casi enteramente de casas pobres, ranchos y conventillos. Vecina

³⁰ Idem.

³¹ Don Rafael Ariztía y su obra. La Unión, Valparaíso, 16 de enero de 1929.

al Cerro Barón, la flamante Universidad tenía a la vista la famosa ladera de aquel cerro, conocida por entonces como “Calahuala”, el más feo manchón de la ciudad. Sólo un poco mejor era el aspecto de la Avenida Argentina donde, a excepción de algunas nuevas construcciones levantadas después del terremoto de 1906, predominaban los ranchos y chinganas. Lo más digno era la iglesia de Los Doce Apóstoles y la iglesia Jesuita. La Estación Barón estaba inmediata a la Universidad, y por allí ingresaban a Valparaíso los viajeros provenientes de Santiago y pueblos del interior. Y allí mismo, el paradero de tranvías de la locomoción colectiva.

Un entorno que no se conciliaba con un edificio que representaba lo más noble de la ciudad. El contraste era tan evidente que el diario La Unión apuntaba: “Tiempo atrás el aspecto de ese lugar, en donde nacen las avenidas Brasil y Argentina, era desconcertante, atormentador. Reflejaban una miseria de alma sucumbiendo en cuartuchos polvorientos, oscuros, entre emanaciones nauseabundas y una fraseología indigna de nuestro pueblo. Ese cuadro con su hacinamiento de latas viejas, pintarrajeadas con eso de colores chillones, cobijando rentas, cocinerías, telarañas, era el primer semblante de la ciudad para el viajero, y no olvidaría fácilmente esa primera impresión, esa mueca enfermiza de aquel núcleo degradante para la moral y la salud pública”³².

En este extremo rincón o barrio decadente, se erguía ahora la Universidad para ser admirada, de modo que “el viajero que llegue al Barón a la hora del crepúsculo verá algo sorprendido esas grandes ventanas iluminadas, y con cuyos resplandores indicará desde muy distante que allí se estudia y se labora”³³.

Concluido el edificio, distribuidas las salas de máquinas, laboratorios, aulas, salones y oficinas, dispuesta la capilla, los patios y pasillos, se procedió a decorar las dependencias principales, como la oficina del Rector y el Salón de Actos, tarea a la que contribuyeron algunas señoras porteñas, como Blanca Vergara de Errázuriz, quien hizo

³² Características del “palacio”. La Unión, Valparaíso, 7 de febrero de 1928.

³³ Idem.

donación de un cuadro de San Antonio de Padua, una obra considerada de gran valor artístico³⁴. Por su parte, Isabel Brown de Brunet obsequió un magnífico óleo que el diario La Unión describía así: “aproximadamente cuatro metros de alto y dos y medio de ancho, y en él se representa el Moisés salvado de las aguas”. El cuadro era de gran valor tanto intrínseco como artístico y había sido adquirido en una de las salas del Museo del Louvre por el primer esposo de Isabel, José Cortés. Además de la belleza y perfección pictórica, llamaba la atención su valioso marco tallado en madera, de gran anchura, que representaba un motivo de flores en guirnaldas, todas diversas y esmaltadas en oro. Con la donación de este óleo, la Universidad adquiriría una joya más que lucir en sus salones y que admirarán cuantos tengan ocasión de verla.

Bendición e inauguración de la Universidad

La Universidad Católica de Valparaíso se creó oficialmente el 15 de marzo de 1928 por decreto del Obispo Eduardo Gimpert Paut, quien en 1925 había sido nombrado para ocupar la nueva silla diocesana de Valparaíso. El mismo Monseñor nombró al Pbro. Rubén Castro Rojas como Rector de la Universidad. El acta de erección y nombramiento se redactó en los siguientes términos: “De acuerdo con los fundadores declaramos canónicamente erigido el referido establecimiento bajo el nombre de Universidad Católica de Valparaíso. Fundación Isabel Caces de Brown”. Y se añade: “... designamos al mismo tiempo al Pbro. don Rubén Castro para que ejerza el cargo de Rector y tenga la representación legal y canónica de dicho establecimiento en conformidad a sus estatutos y con sujeción a las disposiciones generales de la Iglesia y las particulares de la autoridad diocesana”: se le exigió el juramento de rigor y la profesión de fe por sus cánones.³⁵

Nueve días después, el 24 de marzo, se procedió a efectuar la ceremonia de bendición del edificio. En esa ocasión, una selecta

³⁴ Este magnífico cuadro decora actualmente la “Sala del Consejo” del Instituto de Historia de la PUCV.

³⁵ Nombramiento Rector Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, 15 de marzo de 1928.

concurrancia esperó al Nuncio Apostólico en las escaleras de mármol, ocupándolas completamente y abriendo doble fila cuando llegó el Nuncio con sus hábitos escarlata. Antes de dar comienzo a la ceremonia de bendición, “todos los corredores que circundan la capilla estaban absolutamente llenos de público, que se apretujaba para acercarse más y más, a fin de presenciar la pasada del Arzobispo”³⁶.

El acto estuvo encabezado por el Nuncio, rodeado de sacerdotes revestidos y seguido de larga y doble fila de eclesiásticos, fila que cerraba el Obispo Eduardo Gimpert con su elevada estatura y digna figura, que produjo en la muchedumbre un gesto de admiración “indescriptible” y sobrecogedor. El cortejo llevaba una cruz alta y los sacerdotes portaban cirios encendidos. El Nuncio Papal, Héctor Felice, el Obispo Gimpert y los demás miembros del clero, procedieron, en primer lugar, a bendecir la capilla “aspergeando el Excmo. Sr. Nuncio el altar y las paredes... y elevando los rezos y preces de liturgias en compañía de los asistentes”³⁷. Luego, fueron bendecidos los corredores y muros de la Universidad, comenzando por el costado que mira hacia la Avenida Argentina, hasta completar todo el recinto del edificio, para regresar nuevamente a la capilla que lucía sus lamparillas eléctricas encendidas. El altar y sus imágenes estaban especialmente iluminados para recibir al público asistente, y en un costado del altar, ocupando un altillo preferente, estaban los fundadores y sus familias. Entonces, la Universidad Católica de Valparaíso fue consagrada al Sagrado Corazón de Jesús y a la Santísima Virgen del Carmen.

El 25 de marzo de 1928 tuvo lugar la ceremonia de inauguración de la Universidad. Consistió en un homenaje a los fundadores, en la entrega simbólica de la Casa de Estudios a la ciudad de Valparaíso, y se puso el acento en el sentido de la “educación católica y técnica” de este nuevo plantel. Antecedió a la ceremonia una misa oficiada por Monseñor Eduardo Gimpert, a las 8 A.M. en la capilla de la Universidad, a la que asistieron la totalidad de los alumnos y sus familias. Luego, tuvo lugar la ceremonia más importante, cuando a las 10 A.M. el Nuncio Apostólico,

³⁶ Bendición de la Universidad. La Unión, Valparaíso, 24 de marzo de 1928.

³⁷ Idem.

Héctor Felice, ofició la misa principal a la que asistieron las más importantes personalidades eclesiásticas, los fundadores, miembros del cuerpo consular, autoridades navales, militares y judiciales, para lo cual se habilitó el patio techado con asientos dispuestos según jerarquía. En esa ocasión, el patio cubierto fue decorado con cortinajes granates, presidido por un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús. El resto de las sillas estaban ocupadas por los alumnos y sus familias, distinguidos vecinos de la ciudad y representantes de las instituciones católicas. Entre los más destacados asistentes figuraban el Vicario General del Obispado, Pbro. Ángel C. Rodríguez, Rafael Ariztía, el Rector, Pbro. Rubén Castro, las señoras fundadoras Teresa Brown de Ariztía e Isabel Brown de Brunet, el General Víctor Figueroa, el Rector de la Universidad Católica de Chile, Pbro. Carlos Casanueva y su comitiva, además del Nuncio Apostólico de Su Santidad, Monseñor Héctor Felice y el Obispo de Valparaíso Eduardo Gimpert.

Cuando le cupo hablar al Rector, Pbro. Rubén Castro, dijo sobre los fundadores: “Han querido con ella honrar la memoria de la señora Isabel Caces de Brown. Pero yo he sentido una y mil veces el latir de sus corazones, os puedo asegurar que, junto a ese deseo ha ido inseparablemente unido el de hacer el bien a su provincia, el anhelo de engrandecer esta bella ciudad, la caridad bien entendida a los hijos del pueblo y, por sobre todo, la santa ambición de la mayor gloria de Dios, que se concreta en el amor entrañable a la Iglesia y a la íntima aspiración de que la juventud se forme en la escuela y en el taller de Jesucristo para que sepan ser ciudadanos, honra de la patria”³⁸.

El mismo año, Diego Dublé Urrutia ponderaba el aporte a la educación que hacía la familia fundadora, calificándolo de generosidad preciosa para levantar “este monumento a la ciencia y a la virtud en bien de la religión y prosperidad de la patria”³⁹. Una Universidad Técnica que

³⁸ En esa ocasión usaron de la palabra el intendente Rodolfo Frick Toledo y el rector de la Universidad Católica de Chile, Carlos Casanueva. La Unión, Valparaíso, 26 y 27 de marzo de 1928.

³⁹ Conferencia de Diego Dublé Urrutia en la UCV. La Unión, Valparaíso, 19 de agosto de 1928.

comenzaba a vivir bajo la atenta mirada de los fundadores, el amparo de la Iglesia y el beneplácito del Gobierno. El Presidente Carlos Ibáñez del Campo, escribía al Rector el 9 de abril de 1928 reconociendo que “la Universidad que Ud. dirige ha comprendido y encauzado las ideas del Gobierno, en cuanto ellas significan nuevos rumbos y nuevas modalidades en la enseñanza, abriendo el camino a jóvenes que, deseosos de mayores horizontes para la vida, buscan en el estudio de la industria, el título que los ha de acreditar capaces para el desempeño profesional”⁴⁰.

Y era, en primer lugar, una Universidad Católica, la segunda fundada en Chile. Se sorprende y se admira Enrique Pascal cuando en 1948 hacía recuerdos de esta fundación: ¿por qué aquí, en este lejano rincón de la tierra, en este país de pocos habitantes, ajeno por igual a las riquezas culturales de Europa y a los esplendores materiales de Norteamérica?, ¿por qué esta fértil provincia florecida de un inmenso imperio pulverizado, inicia la aventura que hoy nos obliga a nosotros a detenernos sorprendidos, abrumados, pero radiantes de esperanzas, en un medio siglo de existencia?”. Y se responde: “sólo por una razón, por una fuerza, por un impulso. Por el espíritu católico... Quizás algún día pueda decirse: ‘Gesta *Dei per chilensis*’. Hazaña de Dios, ciertamente. Hazaña de la Iglesia”⁴¹. Y cuando en 1947 se hacía recuerdo de la fundación y al contenido católico bien consolidado después de veinte años de existencia, la prensa porteña decía de la Universidad: “Hoy se levanta el magnífico edificio, recio en sus cimientos e imperecedero en sus cimientos espirituales”⁴².

⁴⁰ El Presidente de la República y la Universidad Católica de Valparaíso. La Unión, Valparaíso, 13 de abril de 1928.

⁴¹ Pascal, Enrique: *Discurso conmemorativo...* pág. 18.

⁴² Celebración del Día Académico del Instituto Industrial de la UCV. La Unión, Valparaíso, 28 de agosto de 1947.

LA AUTONOMÍA: LOS PASOS DE UNA NEGOCIACIÓN

Traspaso de los bienes

Cuando se instituyó la Fundación Isabel Caces de Brown en 1924, la provincia de Valparaíso pertenecía, en lo eclesiástico, al Arzobispado de Santiago, en virtud de lo cual la entonces proyectada Universidad pasó a depender del Ordinario Eclesiástico de Santiago, lo que hizo pensar que la Universidad Porteña, carente, por entonces, de personalidad jurídica ni condiciones legales para otorgar títulos y grados, debía quedar bajo la tutela de la Universidad Católica de Chile para, de este modo, conseguir que sus estudios tuvieran validez legal.

En el contrato se precisa que “el Ordinario Eclesiástico de Santiago se obliga a fundar en la ciudad de Valparaíso, como parte integrante de la Universidad Católica, que es una institución que a él pertenece, un establecimiento de enseñanza superior que llevará el nombre de Isabel Caces de Brown y se obliga a su perpetuo sostenimiento”, y que dicho establecimiento “será dirigido y administrado por el Rector de la Universidad Católica de Santiago”, para lo cual “procederá de acuerdo con don Rafael Ariztía, mientras éste viva”⁴³.

Cuando el edificio estaba en construcción y se proyectaba su organización académica, se creó la Diócesis de Valparaíso el 18 de octubre de 1925, fecha en que Su Santidad, el Papa Pío XI, por Bula *Apostolici muneris ratio*, separó de la Arquidiócesis de Santiago el territorio de la provincia civil de Valparaíso, constituyendo en él la Diócesis de Valparaíso, cuyo primer Obispo fue Monseñor Eduardo Gimpert Paut, que hasta entonces había sido Gobernador Eclesiástico.

La decisión de la Santa Sede “dio a la Universidad Porteña la posibilidad de realizar plenamente el anhelo de sus fundadores”, a lo que

⁴³ Acta de constitución de la Fundación Isabel Caces de Brown.

se sumará más tarde el nuevo estatuto universitario de 1927, que daba amplias facultades a las universidades particulares.

El tema de la autonomía tuvo, desde entonces, dos aspectos que fueron el centro de las negociaciones: el traspaso de los bienes al Obispado de Valparaíso, por una parte, y la separación de la Universidad Católica de Valparaíso respecto de la Universidad Católica de Chile, por otra. El primero fue de fácil tramitación, mientras que el segundo más lento y complejo, porque significaba deshacer el acuerdo de 1924 firmado por Carlos Casanueva, en representación del Arzobispo de Santiago Crescente Errázuriz⁴⁴.

Los bienes y derechos de la Universidad Porteña habían sido transferidos al Arzobispado de Santiago y a la Universidad Católica de Chile por las escrituras de 6 de septiembre de 1924 y 15 de enero de 1925, en razón de no haber obispado en Valparaíso y no poder la Universidad otorgar títulos y grados. Sin embargo, el 18 de octubre de 1925 al crearse, como hemos dicho, la Diócesis de Valparaíso, se iniciaron las negociaciones para traspasar al nuevo Obispado la propiedad y bienes de la Fundación Isabel Caces de Brown, que habían sido cedidos por los fundadores Isabel, Teresa y Rafael Ariztía en las citadas escrituras. El Nuncio Apostólico, Héctor Felice, dio su opinión favorable el 21 de enero de 1928, lo mismo expresó el Arzobispo de Santiago Monseñor Crescente Errázuriz, en carta a Rafael Ariztía el 21 de febrero del mismo año. El Rector de la Universidad Católica de Chile hizo lo propio en carta a Rubén Castro de 29 de febrero, precisando que la transferencia sería "lisa y llana de todos los bienes habidos y por haber al Obispado de Valparaíso, y la administración amplísima, omnímoda y perpetua de don Rafael y del Obispado", y sugirió fuese el Obispo de Valparaíso y Rafael Ariztía los encargados de redactar el borrador de la transferencia para que quedara "en los términos que quieran los fundadores... consultando al abogado que

⁴⁴ Monseñor Carlos Casanueva Opazo tuvo un papel relevante durante todo el período entre 1924 y 1929. En 1924, Monseñor Crescente Errázuriz y Valdivieso confirió poder especial a Casanueva para que en representación del Ordinario Eclesiástico de Santiago suscribiera una escritura pública con don Rafael Ariztía Lyon y su esposa doña Teresa Brown, y don José Rafael Brunet y su esposa doña Isabel Brown.

les parezca para su firma legal”, para lo cual Rafael Ariztía tomó como base para las escrituras las normas que estudió y dejó el Sr. Aloisi Masella.⁴⁵

En consecuencia, la nueva Universidad pasó a depender del Obispado de Valparaíso, y los bienes que se habían inscrito a nombre del Arzobispado de Santiago, fueron transferidos al Ordinario Eclesiástico de Valparaíso, como se contiene en el acta de 5 de mayo de 1928. Allí se dice que quedan “radicados en la nueva Diócesis todos los derechos y obligaciones que tenía el Ordinario Eclesiástico de Santiago sobre las instituciones y bienes eclesiásticos comprendidos dentro del territorio de la antigua Gobernación Eclesiástica de Valparaíso [y que] corresponde al Ordinario Eclesiástico de Valparaíso proveer el cumplimiento del compromiso por la Iglesia, con la Sra. Isabel Brown de Brunet y Sra. Teresa Brown de Ariztía, y con el Sr. Rafael Ariztía por las escrituras...”.⁴⁶

Pero, la transferencia se verificó sólo el 3 de diciembre de 1929⁴⁷, porque en el mismo documento debía incluirse el tema de la autonomía universitaria, que tuvo más dificultades para ser resuelto, y se redujo a escritura pública ante el notario Moisés Cruz, el 3 de enero de 1930.

¿Unión Orgánica o plena autonomía?

Cuando el Rector de la Universidad Católica de Chile, Carlos Casanueva, comunicó a Rubén Castro, en febrero de 1928, sobre no existir inconvenientes para hacer el traspaso de los bienes, le hacía ver que su interés era “la mayor libertad” de la Universidad porteña respecto de la de Santiago. Pero añadía, también, que debía haber “unión recíproca” entre ambas, porque “la gloria de Dios... nos pide la unión más íntima y cordial dentro de la mayor autonomía recíproca”, anunciándole que se

⁴⁵ Carta de Monseñor Carlos Casanueva a Rubén Castro. Santiago, 4 de febrero de 1928.

⁴⁶ Transferencia de bienes. Valparaíso, 5 de mayo de 1928

⁴⁷ Obispado de Valparaíso. Entrega de bienes de la Universidad. Valparaíso, 3 de diciembre de 1929.

hallaba redactando las bases para llevar a cabo dicha unión⁴⁸. Por su parte, el Arzobispo pedía a Rafael Ariztía que en la escritura de transferencia de bienes se debía declarar que “se mantiene la unión universitaria orgánica y moral entre Santiago y Valparaíso en los términos que de común acuerdo conviniéramos con el Sr. Obispo de Valparaíso y Ud”, dando como razones que dicha unión fue acordada y declarada así en las escrituras de fundación; que deshacerla significaría “graves inconvenientes... que... malograrían los preciosos bienes de dicha unión”, y que “pesaría sobre mí la responsabilidad de haber perdido para la Iglesia la inmensa fuerza que representa ante el Estado, ante la sociedad y el extranjero dicha unidad”⁴⁹.

El autor de la idea de la unión orgánica era el Rector de la Universidad Católica de Chile, Carlos Casanueva, idea que no compartían los fundadores después de creado el Obispado de Valparaíso, y manifestado así por Rubén Castro. En carta a éste, Casanueva expresaba que la unión orgánica no ponía en riesgo la libertad de la nueva Casa de Estudios. ¿No abrí mi pensamiento claramente respecto de una autonomía completa, eclesiástica, económica, administrativa, disciplinaria, docente, y aun civil hasta donde fuera posible?. Tampoco debía temer por sus recursos. Casanueva explicaba la “unidad orgánica y moral” como la fórmula que permitiría “nuestra mutua cooperación, nuestra armonía y concordia más completas, evitando rozamientos o divisiones”⁵⁰. Su posición se basaba en la carta de Pío XI a los Cardenales, donde el Papa expresaba que “preferible es tener una sola [Universidad Católica] bien abastecida de todo”. Casanueva dice: “¿qué poder no ejercería en la Iglesia y en el mundo entero la Universidad Católica de París, que sería mucho mayor aún que la de Lovaina, si en vez de dividirse en 4 ó 5 Universidades Católicas, por espíritu de campanario o regional, hubieran aunado en una sola como los belgas en Lovaina todos los esfuerzos?, y la Universidad Católica en Washington, sobre toda la América, si reunidos en uno o dos los esfuerzos que hoy desparraman los católicos *yankees* en 15 ó 20 universidades incompletas, muy inferiores a las protestantes de

⁴⁸ Carta de Monseñor Carlos Casanueva a Rubén Castro. Santiago, 4 de febrero de 1928.

⁴⁹ Carta del Arzobispo de Santiago Crescente Errázuriz a Rafael Ariztía. Santiago, 21 de febrero de 1928.

⁵⁰ Carta de Carlos Casanueva a Rubén Castro. Santiago, 29 de febrero de 1928.

Harward, Yale, Pensilvania, California y Columbia que atraen a sus aulas por su superioridad la flor y el número de la juventud de ambas américas?. Y si esto en Estados Unidos, ¿qué decir aquí en Chile?”. Casanueva asumía la recomendación papal, y en su Memoria de 1925 había publicado en la prensa: “no debemos dejarnos seducir por el natural atractivo de universidades católicas regionales del todo independientes unas de otras sin unidad orgánicas entre ellas”, decía refiriéndose a la fundación de la Universidad porteña⁵¹.

Rubén Castro era cauteloso en este punto, extremando la interpretación del concepto “unidad orgánica” al decir que si la Universidad Católica de Santiago es independiente de la de Valparaíso, ambas serían dos universidades diferentes; que estas dos universidades - unidas orgánicamente - formarían una tercera que se llamaría Universidad Católica de Chile, compuesta por personal académico de ambas. Según Rubén Castro, como serían tres, tendrían personería jurídica distinta, y como era absurdo, consideraba la idea como insostenible, porque “no era posible que de una Universidad fueran a resultar tres, ni que el gobierno fuera a darnos tres personerías jurídicas”. Por su parte, Rafael Ariztía, en carta al Arzobispo le expresaba también sus reparos poniendo el acento en el tema de los nombres, “porque nuestra Universidad - dice - se llamaría en unos casos Universidad Católica de Valparaíso de Chile, y en otros, Universidad de Valparaíso”. Si fuera así, habría problemas para conseguir la personería jurídica. En su opinión, lo que intentaba el Rector Casanueva era que la Universidad Católica de Valparaíso se constituyera en “una rama o extensión de la Universidad Católica de Chile”. Cree que si la de Santiago se llama Universidad Católica de Chile y la del puerto Universidad Católica de Chile en Valparaíso, el Gobierno interpretaría que la de Santiago tendría “ciertos cursos en Valparaíso”, lo que impediría a la Universidad porteña tener personería jurídica propia⁵².

⁵¹ Carlos Casanueva: *Memoria*, Santiago, 1925. Reproducido en carta a Rubén Castro. Santiago, 29 de febrero de 1928.

⁵² Carta de Rafael Ariztía al Arzobispo de Santiago Crescente Errázuriz. Valparaíso, 5 de junio de 1928.

Carlos Casanueva se había adelantado en poner en práctica su idea al querer nombrar el directorio de la Universidad Católica de Valparaíso. Este Directorio estaría integrado, en primer lugar por el propio Rector de la de Santiago, además de otros dos profesores de esa misma Universidad, lo que resultaba contradictorio respecto de la autonomía, y, por lo mismo, rechazado por Rubén Castro y Rafael Ariztía. “Si yo apoyo - escribe Rubén Castro a Casanueva - la idea de separación es porque veo a ella ligado el porvenir de esta obra. Don Rafael y las dos señoras fundadoras están resueltas a asegurar el porvenir con tal que seamos independientes. Ése es el espíritu que hay en esta provincia”. Agregaba que insistir en la idea de Casanueva era exponer la obra al fracaso”⁵³.

La propuesta de Casanueva tenía otras aristas bien percibidas por Rafael Ariztía. Si la unión orgánica debía entenderse como un Consejo Mixto formado por personas de ambas universidades, atentaría contra la autonomía deseada, porque al formarse dicho Consejo con elementos de una y de otra, los asuntos se resolverían por mayoría de votos en temas como “creación u organización general de nuestras facultades o cursos, tanto en Santiago como en Valparaíso y que conduzcan a grados profesionales”. Ariztía expresaba sus reparos a la formación de un Consejo así, y preguntaba al Arzobispo, “¿en qué situación quedaría uno de los prelados o ambos si fueran contrariados por una mayoría adversa al rumbo que quisieran darle a sus respectivos establecimientos?. Sus miembros recibirían instrucciones de sus respectivos prelados en divergencias de opiniones sin que pudieran apartarse de ellas”, dice Ariztía. Y en casos como estos, “¿quién se atrevería a contradecir a su Obispo?”. Terminaba recordando que “son los Obispos los que rigen sus Diócesis y sus obras con independencia de todo otro organismo que no sea la Santa Sede”⁵⁴.

Hay una carta decisiva de Rubén Castro a Casanueva, del 8 de junio de 1928. En ella lamentaba se siguiera insistiendo en una idea contraria a los intereses porteños. En tono muy firme le decía: “terminará

⁵³ Carta de Rubén Castro a Carlos Casanueva. Valparaíso, 2 de febrero de 1928.

⁵⁴ Carta de Rafael Ariztía al Arzobispo de Santiago Crescente Errázuriz. Valparaíso, 5 de junio de 1928.

Ud. con privarnos del deseo que tienen los fundadores de la Universidad, de darnos el presupuesto anual y el capital necesario para asegurar el porvenir de la obra”, y temía que por estos desacuerdos “don Rafael y las señoras fundadoras, que no quieren estas contradicciones, ni con Ud. ni con el Sr. Arzobispo, ni mucho menos con el Sr. Nuncio, entregarán lo hecho tal como está y no se preocuparán más de la obra. ¿Correría Ud. con esa responsabilidad?, ¿tendría el Arzobispado con qué mantener esta obra que desarrollada gastaría un millón de pesos al año?. Ud., que en repetidas ocasiones me ha hablado de fracaso económico de la Universidad de Santiago, ¿se atrevería a sostener que tendrían fondos para mantener esta obra de Valparaíso en el pie que la sostenemos nosotros?”. Y Rafael Ariztía añadía otro elemento a considerar: que una Universidad Católica autónoma en Valparaíso podría hacer frente en mejor forma a la proyectada Universidad Técnica Federico Santa María a la que calificaba de “espíritu ateo y hostil... a la Iglesia”⁵⁵.

Finalmente, la negociación concluyó en favor de la autonomía que, a pesar de las tiranteces, estaba, sin embargo, prevista, porque el Rector Casanueva había dicho en su momento que la unidad orgánica no era imposición, porque “si los términos tan amplios aquí propuestos, no fueran aceptados de buen grado y con plena satisfacción por el Ilmo. Obispo de Valparaíso y los fundadores... no nos oponemos a la completa separación, ni a la renuncia de todos los derechos conferidos al Arzobispado y a la Universidad Católica de Chile por las recordadas escrituras de fundación”, dice, refiriéndose a las de 1924 y 1925⁵⁶.

Así, se ponía fin al tema de la autonomía. En adelante la UCV marchó independientemente de toda influencia externa y conservó celosamente, su condición de Universidad Católica y porteña, fundada en el derecho que tiene la Iglesia de abrir y sostener escuelas en cualquier

⁵⁵ Carta de Rubén Castro a Carlos Casanueva. Valparaíso, 8 de junio de 1928.

⁵⁶ La documentación relativa a estas negociaciones comprende 29 cartas enviadas y recibidas por Rafael Ariztía, Carlos Casanueva, Eduardo Gimpert, Crescente Errázuriz, Rubén Castro, Ettore Felice, Augusto Morán e Isabel Brown de Brunet entre el 21 de enero de 1928 y el 26 de julio del mismo año.

lugar de la República de Chile, así como fundar y sostener Universidades⁵⁷, como lo hacía por entonces la Iglesia en todo el mundo⁵⁸.

En 1927, el Presidente Carlos Ibáñez del Campo, promulgó el Estatuto Universitario que daba a las universidades particulares reconocidas por la ley⁵⁹, amplias posibilidades e independencia de unas respecto de otras, mientras que por Decreto del Ministerio de Educación Pública se concedió a la Universidad Católica de Valparaíso el título de “Colaboradora del Estado”, quedando facultada para “someter a la consideración de las autoridades educacionales sus programas y planes de estudios, y obtener mediante el cumplimiento de las disposiciones reglamentarias de la materia, el permiso para conferir títulos que sean válidos para el Estado”. Respecto del estatuto promulgado en 1927 sobre universidades particulares, fue modificado por decreto N° 5879 del 13 de diciembre de 1929⁶⁰, y nuevamente el 30 de mayo de 1931, teniendo la Universidad Católica de Valparaíso, desde entonces, su aprobación oficial

⁵⁷ El canon 1375 del Código de Derecho Canónico afirma la potestad de la Iglesia de fundar escuelas desde básicas a superiores, y en el canon 1376 se reserva la sede apostólica la aprobación estatutaria, como signo de su paternal dominio, máxime cuando la Universidad está adscrita a una diócesis y en la diócesis la autoridad jerárquica recae sobre el sucesor de los apóstoles, sobre el Obispo. Y este es el Gran Canciller y el encargado de velar por la ortodoxia, y el que propone o confirma a los Rectores”. Pascal, Enrique: *Discurso conmemorativo...*, págs. 18-19.

⁵⁸ En 1834 se fundó la Universidad Católica de Lovaina; en 1842 la primera Católica de Estados Unidos; en 1852 la de Canadá; en 1875 la de Suiza; en 1911 la de China; en 1913 la de Japón; en 1919 la de Polonia; en 1921 la de Italia, y en 1928 la Universidad Católica de Valparaíso. Pascal, Enrique: *Discurso conmemorativo...*, pág. 18.

⁵⁹ Obispado de Valparaíso. Valparaíso, 13 de diciembre de 1929.

⁶⁰ En 1931 Enrique Wiegand hacía la siguiente precisión: “La Universidad Católica de Valparaíso vino a ser persona jurídica en virtud del artículo 81 del Estatuto Orgánico de la Enseñanza Universitaria (decreto N° 4807, dictado en virtud de las facultades de la ley 4659 de 17 de septiembre de 1929)”. Precisa también que “la persona jurídica de la universidad de creación legal se rige por las disposiciones de ese estatuto y por lo dispuesto en el artículo 547 del Código Civil, en cuanto como ente moral perteneciente a la persona jurídica de Derecho Público que se llama Iglesia Católica, no tiene una existencia independiente de la Iglesia, sino que es de ella como una propiedad exclusiva suya, como lo son también las parroquias, los seminarios, etc.”. Situación de la UCV. Exposición de Enrique Wiegand Frödden. La Unión, Valparaíso, 8 de noviembre de 1931.

como Universidad particular a que se refiere el artículo 81 del Estatuto de Enseñanza Universitaria, y con personería jurídica de Derecho Público⁶¹. Finalmente, los estatutos internos de la Universidad Católica porteña fueron redactados por el abogado Enrique Wiegand Frödden y datan del 31 de diciembre de 1929, e inscritos en la notaría de Moisés Cruz Anguita⁶².

Su nombre oficial es “Universidad Católica de Valparaíso. Fundación Isabel Caces de Brown”, aunque al principio se referían a ella sólo como “Universidad Católica Industrial y Comercial de Valparaíso”. Por ser Universidad Católica, mantuvo un vínculo afectivo con su congénere de Santiago, afecto que pretendía expresar una especie de “pacto sagrado de la alianza que nos une y que, Dios mediante, ha de unirnos para siempre”, como quería Carlos Casanueva, mientras Rafael Ariztía creía debía mantenerse “rumbo y acción comunes, y consultas mutuas”. Ambas universidades estaban unidas por la “doctrina del ideal cristiano”, la “identidad docente” y “el común lazo de la cordialidad”, pero no más que eso.

A pesar de tratarse de una institución decretada por el Obispo de Valparaíso, tuvo que esperar hasta 1961 para que fuera creación Pontificia, es decir, una Universidad Católica reconocida por la Santa Sede. En efecto, el decreto de la Sagrada Congregación de Seminarios y de Estudios Universitarios (más tarde, Sagrada Congregación de la Educación Católica) dado en Roma el 1º de noviembre de 1961, dice que

⁶¹ La Universidad Católica de Valparaíso gozaba, además, de las garantías y atribuciones contenidas en el artículo 10 N° 7 de la Constitución Política del Estado, modificado posteriormente por la ley N° 17.398 del 9 de enero de 1971, según la cual “las universidades estatales y las particulares reconocidas por el Estado son personas jurídicas dotadas de autonomía académica, administrativa y económica. Esta misma disposición agrega que “corresponde al Estado proveer a su adecuado financiamiento para que puedan cumplir sus funciones plenamente, de acuerdo a los requerimientos educacionales, científicos y culturales del país”. Oficina de Planificación: *Imagen UCV: 1928-1978*, Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 1978, pág. 9.

⁶² González Förster, Jorge S.J.: *Universidad Católica de Valparaíso. Fundación Isabel Caces de Brown. Reseña histórica, 1928-1961*. Imprenta Victoria, Valparaíso, 1961, pág. 8.

la “Universidad Católica de Valparaíso que ha funcionado en la ciudad episcopal del mismo nombre, la constituye y erige y la declara erigida en perpetuo, con las cinco facultades dichas y con el Instituto Politécnico y con sus diversas escuelas; le reconoce los derechos de Universidad Católica, los honores, los privilegios propios de tales universidades en todo el orbe católico en conformidad al derecho”. Y como tal Universidad Católica se reconoce como Canciller de ella al ordinario del lugar y lo constituye en derecho para que “presida y vigile a nombre de la Santa Sede, en conformidad al art. 14 de la Constitución Apostólica *Deus Scientiarum Dominus* y al art. 5º *Ordinationum* añadidas a la misma Constitución Apostólica”. Ello significó la aprobación eclesiástica de sus estatutos.

Como Universidad Católica formaba parte activa, en 1957, de la *Foederatio Universitatum Catholicatum*, de *L’Union Internationale des Universités*, de la Organización de Universidades Católicas de América Latina, y de la Asociación de Universidades de América Latina⁶³.

⁶³ La influencia cultural de la Universidad Católica de Valparaíso. La Unión, Valparaíso, 5 de octubre de 1957.

RECTORADO DEL P. RUBÉN CASTRO Y LAS CIRCUNSTANCIAS ADVERSAS DE SU PERÍODO (1928 - 1934)

Del inicio promisorio a la crisis

El Pbro. Rubén Castro fue el primer Rector de la Universidad Católica de Valparaíso. El Obispo Eduardo Gimpert lo nombró el 15 de marzo de 1928 “para que ejerza el cargo de Rector y tenga la representación legal y canónica de dicha Iglesia y las particulares de la autoridad diocesana”, dice el decreto de nombramiento de 1928⁶⁴, ratificado el 4 de agosto de 1930⁶⁵. El novel Rector asumió con personalidad la tarea de organizar y dirigir la etapa germinal de la UCV. Cuando se hizo cargo de su rectorado, lo hacía con el beneplácito de la opinión pública que le reconocía “su gran preparación, talento directivo y laboriosidad”, que eran “especiales dotes para desempeñar con sobrado acierto tan elevado cargo”⁶⁶. Desde que asumió la dirección de la Casa de Estudios comenzó a llamarla “Mi Universidad”, y con razón, porque la sentía como su obra. Tenía, además, formación y carácter para Rector. “Su porte digno inspiraba respeto y simpatía”, dice Fidel Araneda, “de regular estatura, vestía con decoro; tez blanca, frente amplia, ojos claros y grandes. Poseía una voz rica, potente y musical... poderosa su personalidad moral e intelectual que... le bastaba para honores, con la suprema dignidad el sacerdocio”. Y Enrique Wiegand lo describe así: “ingenio claro, de vasta ilustración, tuvo su palabra la elocuencia de los grandes oradores, y su acción esa rara mezcla de tenacidad y de prudencia que sólo tienen los hombres que saben lo que quieren y quieren sus obras”⁶⁷. “Benemérito sacerdote” lo llama Enrique Pascal, y lo retrata:

⁶⁴ Obispado de Valparaíso. Acta de erección y nombramiento del primer Rector de la Universidad Católica de Valparaíso, Pbro. Rubén Castro. Valparaíso, 15 de marzo de 1928.

⁶⁵ Obispado de Valparaíso. Ratificación de Rector por el Consejo Universitario de la UCV. Valparaíso, 15 de marzo de 1928.

⁶⁶ La Unión, Valparaíso, 25 de marzo de 1928.

⁶⁷ Araneda Bravo, Fidel: *Rubén Castro Rojas, fundador y Rector de la Universidad Católica de Valparaíso-Chile*, Santiago, 1976, págs. 13-14.

“No muy alto, más bien grueso, modesto, sencillo, de profunda mirada y de pausado hablar”. Era un santo varón de “ademanos bondadosos”⁶⁸. La prensa destacaba, en 1929, “sus dotes de caballero, de jefe ecuánime... y de sacerdote [que] ha sido el alma del establecimiento que dirige”⁶⁹, y “padre espiritual de los obreros”.

Rubén Castro formó su equipo administrativo con el Pbro. José Luis Castro, Doctor en Filosofía y Teología de la Universidad Gregoriana de Roma, quien ocupó el cargo de Vicerrector; el abogado Enrique Wiegand Frödden, como Secretario General; el profesor Marcos Gatica, como Director Técnico; el Pbro. Malaquías Morales como Inspector General, y Luis del Río, como Contador, desde 1929.

De acuerdo al art. 11 de los estatutos de la Universidad, se creó el Consejo Superior o Consejo Universitario, integrado por Monseñor Eduardo Gimpert como Canciller, Rafael Ariztía, el Rector Rubén Castro y cinco miembros designados por el Ordinario Eclesiástico por Decreto de 4 de agosto de 1930. Ellos fueron Enrique Wiegand, Gastón Pascal, Eduardo Budge, Thomas Eastman y Guillermo Rowland, quienes debían ejercer sus funciones durante tres años.

La Universidad abrió sus puertas el 25 de marzo de 1928. “Esta Universidad - decía Rubén Castro en esa ocasión - empieza su vida con la creación de un Instituto Técnico Superior destinado al Comercio y a la Industria”. Se dividió en dos Facultades: la de Ciencias Aplicadas y Matemáticas (o Facultad de Industrias, como solía llamársele), y la de Ciencias Económicas y Comercio. La primera comprendía cuatro cursos técnicos: Construcción y Edificación, Electricidad Industrial, Mecánica Industrial y Química Industrial. Cada curso tenía tres años de duración al cabo de los cuales se obtenía el título de técnico. A estos cursos se podía ingresar sin tener el grado de bachiller y aun sin las humanidades completas, en cuyo caso la Universidad exigía nivelar conocimientos con dos años de Cursos Preparatorios.

⁶⁸ Pascal, Enrique: *Discurso conmemorativo...*, pág. 20.

⁶⁹ La Unión, Valparaíso, 21 de diciembre de 1929.

Rubén Castro explicaba la finalidad de la Facultad de Ciencias Aplicadas y Matemáticas: “Tendremos - decía en 1928 - todos los elementos necesarios para la preparación científica más exigente: laboratorios, talleres completos y modernos. La enseñanza - agrega - será técnica y práctica a la vez, severa en los estudios y pruebas finales, de tal modo que cada título conferido corresponda a una eficiente competencia profesional. Jamás perderemos de vista que el prestigio de nuestros alumnos por su preparación ha de darnos la justa valía de nuestro Instituto”.⁷⁰

Estos cursos eran ofrecidos, también, por la Universidad Católica de Chile, y hubo un momento en que su Rector Carlos Casanueva, sugirió suprimir Electricidad y Construcción en la de Valparaíso para no repetir estas especialidades. Por su parte, la de Santiago se desprendería de Química, Minas y Comercio para que las tomara la Universidad Católica porteña, además de Mecánica y Artes Decorativas “en atención a que temía - dice Casanueva - que no tuviéramos colocación para tantos alumnos”. En efecto, cuando Rubén Castro negociaba la autonomía de la Universidad, Casanueva le precisaba: “No he tratado de que se suprimiera Electricidad y Construcción; formulé a Ud. una simple indicación de repartirnos las especialidades, reteniendo Electricidad y Construcción, y suprimiendo nosotros Química, Minas y Comercio; y tomando Valparaíso éstas y Mecánica, y Artes Decorativas, en atención a que temía que no tuviéramos colocación para tantos alumnos en las dos primeras, y no pudiendo nosotros suprimir Electricidad por ser de fundación, y ésta y la de Construcción, de contrato con el Patronato de Santa Filomena”. Pero, sugerencias como éstas finalmente no influyeron en la programación académica de la Universidad Católica de Valparaíso, no obstante que Marcos Gatica se hizo cargo de la dirección técnica de esta Facultad por recomendación del Rector de la Universidad Católica de Chile, donde Gatica era Director del Politécnico de esa Casa de Estudios.

Otros eran los Cursos Industriales Nocturnos (que desde 1934 eran vespertinos) para obreros y empleados a quienes se ofrecían ramos de

⁷⁰ Inauguración de la Universidad Católica de Valparaíso. La Unión. Valparaíso, 26 de marzo de 1928

electricidad, mecánica y máquinas, edificación y materiales de construcción. Estos cursos estaban comprendidos en la idea original de los fundadores, cuando se propusieron dotar a Valparaíso de una Escuela Industrial para “difundir entre todas las personas que anhelan dedicarse a la industria, los oficios técnicos sin otra condición que ser compatibles con la naturaleza de los estudios y ser capaces de asimilar los conocimientos, que trabajan el día y dedican las horas libres al estudio”. El objetivo era entregar a los “empleados y obreros los conocimientos teóricos y prácticos necesarios para ejercer sus oficios”⁷¹. De ahí también su horario con clases que se iniciaba a las 18³⁰ horas (vespertino), aunque en un principio (cuando eran nocturnos) se fijó entre las 20 y las 22 horas. El plan comprendía un curso general con dos años de estudio⁷².

El curso de preparación para Oficiales de la Marina Mercante, llamado también Curso Especial, era otro dentro de la misma Facultad y exigía igualmente dos años de estudio. Este curso era patrocinado por los armadores nacionales y tenía como objetivo estudiar técnica y prácticamente los temas de la navegación, cooperando con el Estado en la preparación de Reservas Navales. Los alumnos quedaban capacitados para rendir la prueba teórica de aspirante a piloto de la Marina Mercante Nacional. Con estos cursos se concretaba la idea de Rubén Castro en cuanto que la Universidad tuviera un carácter más industrial que humanístico y científico, y que sirviera principalmente a la clase obrera y a la marinería⁷³. Distinto era el Curso de Ingenieros, que exigía tres años de estudio para incorporarse a la Marina Mercante Nacional como inspectores de máquinas o como “ingenieros cuartos”⁷⁴.

⁷¹ El brillante porvenir de empleados y obreros que estudian en la UCV. La Unión, Valparaíso, 4 de marzo de 1936.

⁷² Para los alumnos obreros y empleados de los cursos vespertinos, su Director Marcos Gatica escribió textos de aritmética, álgebra, geometría y trigonometría, cada uno de breves páginas, estilo sencillo, claro y despojado “de toda oscuridad metafísica”. Empleados y obreros en cursos vespertinos de la UCV. La Unión, Valparaíso, 19 de octubre de 1938.

⁷³ Araneda Bravo, Fidel: *Rubén Castro...*, pág. 12.

⁷⁴ El curso tenía tres años de duración y en él se hacían los estudios correspondientes a los grados de ingenieros 4tos, 3ros, 2dos y 1eros. Concluidos sus estudios, los egresados podían incorporarse a la Marina Mercante como ingenieros 4tos, y para ser promovidos

Para todos los cursos técnicos, la Universidad contaba con una buena dotación de laboratorios e instrumentos de trabajo proporcional al todavía reducido número de alumnos: una amplia sala de Máquinas, un laboratorio de Electricidad, un gran taller de Central de Mecánica, salas de Dibujo, gabinete de Física, cuatro laboratorios de Química, y una sala de Resistencia de Materiales. Todo se hizo según el modelo de la Universidad Católica de Chile, porque para ello el Rector Carlos Casanueva dio toda clase de facilidades para las visitas y consultas para los planos de los laboratorios, en especial el de Química, con la ayuda de Carlos Hurtado.

Se presentaron 1.500 estudiantes. Pero en total había sólo 400 vacantes en 1928 para los tres cursos preparatorios y los cuatro cursos técnicos. Muchos de los nocturnos llegaron a inscribirse sin tener preparación alguna, como el Curso de Electricidad que en 1928 tenía una matrícula de 60 alumnos y el único conocimiento que mostraban era lectura, escritura y las tres primeras operaciones matemáticas. El primer año técnico tenía 62 alumnos el mismo año, entre los cuales se contaban jefes de talleres, personal de la Armada, empleados de la Compañía de Electricidad de Valparaíso y Viña del Mar, y de fábricas de ambas ciudades.

Los cursos para obreros y empleados que era la idea principal de Rubén Castro, era también una contribución social explícita en los deseos de Isabel Caces de Brown que quería “ayudar a levantar el nivel de las clases populares”, como se contiene en su testamento, siendo Rafael Ariztía el ejecutor de este proyecto. Cuando Rubén Castro inauguró la Universidad dijo que las puertas de esta institución quedaban abiertas para el obrero, que teniendo conciencia de la necesidad de progresar, busque el perfeccionamiento en su propio ramo, porque el entusiasmo y el esfuerzo de la Universidad era levantar el nivel intelectual y moral de los obreros,

se exigía a éstos dos años de servicio de navegación en naves cuyo poder de máquinas no sea inferior a 200 HP. Los ingenieros 3ros debían servir tres años en naves con máquinas no inferiores a 300 HP. Los ingenieros 2dos, tres años en naves con máquinas no inferiores a 500 HP, y los ingenieros 1eros, cuatro años de servicio en naves de motores de potencia no inferiores a 1.000 HP.

haciéndolos más preparados y concientes. Hacerlo se entendía como una obra cristiana y patriótica.

La prensa no escatimaba elogios a estos cursos, porque “libertan a nuestros obreros de las garras de la ignorancia [y] tan expuestos a derrumbarse por el principio de la anarquía y del comunismo”, adquiriendo, en cambio, “el alimento espiritual que tan necesario es para el desarrollo moral y material”.⁷⁵

La Universidad se mostró desde sus inicios hospitalaria, generosa y hasta paternalista con los alumnos obreros al ofrecerles educación gratuita, por una parte, y dedicarles la personal preocupación del Rector Rubén Castro, tanto a los estudiantes diurnos como a los nocturnos, por otra. Al respecto, un alumno obrero expresaba en 1928: “El Sr. Rector, don Rubén Castro, el Director Técnico, Sr. Gatica, así como nuestro profesor Sr. Esquivel, nos hacen objeto de atenciones; todo el personal sigue las huellas del Sr. Castro, que para nosotros no es el Rector, sino el amigo, el hermano que quiere con sinceridad al obrero, que trata de ayudarlo a levantarse de la postración moral en que ha vegetado y vejeta. Yo, como alumno estoy feliz y como católico me congratulo, porque esta Universidad es un mentís para los que dicen que la Iglesia es contraria a la educación del proletariado”.⁷⁶

La otra Facultad, la de Ciencias Económicas y Comercio, tenía un plan de estudio de tres años de duración con un régimen diurno, al cabo de los cuales egresaban como licenciados. Esta Facultad, decía La Unión, en 1929, no prepara profesionales “de mostrador”, sino lo que exige “el gran comercio”. Y explicaba la naturaleza de los estudios como disciplinas que requieren “reflexión y cultura general para poder apreciar la complejidad de los fenómenos económicos y comerciales de hoy”. La formación de los alumnos de esta Facultad, añadía la prensa, requiere de “previsión, cálculo, cifras, criterios para juzgar y prever”. Y el Rector Rubén Castro

⁷⁵ La obra bienhechora de la Universidad Católica de Valparaíso. La Unión, Valparaíso, 11 de julio de 1928

⁷⁶ Discurso del alumno obrero Germán González. La Unión, Valparaíso, 11 de julio de 1928.

precisaba, en 1928: “No es simplemente un instituto de contabilidad, como lo son de ordinario los de su género en nuestro país. Sin descuidar ese ramo, su programa es más amplio. Trataremos de preparar a los jóvenes para que conozcan a fondo las diversas actividades de la vida comercial; formaremos su carácter profesional para despertar en ellos las iniciativas vocacionales que los hagan luchar por cuenta propia”. Y añadía: “Nuestros alumnos, al retirarse ya formados de nuestras aulas, llevarán un rumbo bien definido, estudiando con calma y teniendo en cuenta su carácter, sus aptitudes, su situación social y pecuniaria. Y nuestro ideal será que el comerciante formado en la Universidad, mantenga estrechas vinculaciones con sus maestros, para que nos tenga al corriente de sus éxitos y derrotas, a fin de que recojamos la experiencia práctica o sirvamos de apoyo y de luz a nuestros alumnos”. Por la naturaleza y sentido de los estudios, esta Escuela de Comercio fue la primera en su género creada en Chile.

La misma Facultad ofrecía cursos prácticos en régimen vespertino de Contabilidad, Aritmética Comercial, Taquigrafía y Dactilografía. Y se admitían mujeres “siempre que demuestren tener bastantes conocimientos y deseen perfeccionarlos”.

Sin estar adscritos a una Facultad, se programaron cursos libres de idiomas. Se ofrecía Inglés, Francés, Alemán e Italiano. Había, además, cursos de cultura superior: Filosofía, Antropología, Literatura, Latín, Historia, Psicología, Dibujo Artístico y Manufacturas Decorativas. En 1932 se programó el curso de Sociología, cuyos temas centrales estaban orientados a responder preguntas sobre la “Cuestión Social”: ¿una clase trabajadora será indefinidamente explotada por la otra, de que habla Lasalle?; ¿Es el antagonismo irreconciliable entre explotadores y explotados, como dice Weber?.

En 1928, el total de alumnos nocturnos era de 600 obreros y empleados desde niños de 15 años hasta adultos de todas edades. Los alumnos diurnos eran 80 en 1928⁷⁷ pero su número aumentó a 140 en

⁷⁷ Ulloa Rübke dice que ese año se contaba con una población estudiantil de 199 algunos todos pertenecientes a las Escuelas de Ciencias Físicas y Matemáticas. Ulloa Rübke,

1930 y a 250 en 1931. En total, era más de lo proyectado, pues se pensaba que el primer año de 1928 sería únicamente con los cinco primeros cursos preparatorios, con 50 alumnos cada uno, lo que daría un total de 250 alumnos. Se distinguía entre “diurnos”, propiamente universitarios o “carreras profesionales”, respecto de los “técnicos vespertinos” u obreros, tan separados unos de otros que desde un comienzo no hubo mayor relación entre ellos. No obstante, la educación era tan gratuita para unos como para otros, y sólo se les exigía 100 pesos para útiles, a pesar de calcularse el costo para cada alumno en 500 pesos anuales por concepto de uso de talleres y laboratorios⁷⁸. El mínimo de edad se fijó en 15 años para postular y se exigió pertenecer a un hogar bien constituido. Los que postulaban a las “carreras profesionales” y no tuvieran el grado de Bachiller o Humanidades completas, debían someterse a un examen de Geometría Plana, Geografía e Historia Universal, Física, Química, Castellano e Historia de Chile⁷⁹.

Repentino cierre de la Universidad

A pesar del entusiasmo del Rector Rubén Castro, de los fundadores y del Obispado, la novel Universidad no tuvo un inicio tan auspicioso como pretendía su Rector, como deseaba la comunidad porteña y en particular los alumnos. Y no fue auspicioso, porque circunstancias imprevistas externas e internas se presentaron de súbito cuando la Universidad daba sus primeros pasos.

Gonzalo: “Evolución de la Universidad Católica de Valparaíso desde su fundación hasta el año 1962”.

⁷⁸ Universidad Católica de Valparaíso. Fundación Isabel Caces de Brown: *Prospecto, 1930*, Imprenta Roma, Valparaíso, 1930, págs. 18-19.

⁷⁹ En 1930 se precisaba que para el ingreso a primer año debía el postulante haber terminado el tercer año Humanidades, o poseer conocimientos equivalentes. El ingreso a segundo año exigía tener terminado el quinto año de Humanidades. Se precisaba, además, que los cursos preparatorios tienen por objeto la preparación científica general que habilita a los alumnos para los siguientes cursos en que reciben enseñanza técnica y práctica. Y se explicaba así: “Como la instrucción secundaria no prepara por completo en el área científica, las clases de primer año se inician por la aritmética superior, para acostumar al alumno al nuevo aspecto disciplinario, desarrollando la aritmética, geometría, trigonometría, álgebra superior, geometría analítica y cálculo”. Universidad Católica de Valparaíso. Fundación Isabel Caces de Brown: *Prospecto, 1930...*, pág. 15.

Primero, el hecho doloroso de la repentina muerte de Rafael Ariztía el 12 de enero de 1929, que privó a la Universidad de su entusiasmo y patrocinio. Segundo, la crítica situación social y política por la que atravesaba el país durante el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo y que habría de conducir a su caída. Y tercero, los efectos que esa misma crisis tuvo en la Universidad Católica de Valparaíso al rebelarse los alumnos contra la rectoría como eco de los desórdenes estudiantiles que se producían en Santiago.

Sin embargo, El Mercurio de Valparaíso intentaba explicar los sucesos y posterior cierre de la Universidad Católica porteña, como consecuencia de una crisis económica que la habría afectado después de la muerte de Rafael Ariztía. Pero, la decisión final de cerrar la Universidad no se debió a factores económicos, sino políticos.

Es cierto que la situación financiera no era buena. Todos los años había déficit, a pesar de la ayuda prestada por Rafael Ariztía hasta su fallecimiento, y a pesar también, de los aportes que después hizo su viuda. En 1928 la Universidad tuvo un déficit de 40.183 pesos que fueron cubiertos enteramente por el citado filántropo. En 1929 el déficit fue de 330.297 pesos, cubiertos también por la esposa de Ariztía. En 1930 alcanzó a 193.161 pesos, resuelto de la misma forma. Este último año las entradas propias de la Universidad, además de la matrícula de 100 pesos por alumno, eran 200 mil pesos anuales que Rafael Ariztía dejó como legado. En 1931 hubo 318.816 pesos de déficit, a pesar de la citada renta y de los 300 mil pesos de entradas propias por concepto de arriendos del edificio contiguo “de sostenimiento económico”.

Pero, a juicio de las autoridades universitarias, no era una situación que pudiera calificarse de crítica. El Secretario General, Enrique Wiegand Frödden respondía así a El Mercurio de Valparaíso, a la sazón, portavoz de los opositores a la Universidad: “No es... en forma alguna peligrosa la situación financiera de ella - decía el 7 de noviembre de 1931 - [porque] tanto la Rectoría como el Consejo de Administración de la Universidad se han opuesto siempre en forma tenaz y categórica a que la Universidad contraiga deudas y siempre los gastos se han hecho dentro de los medios

de que la Universidad podía disponer⁸⁰. Ezequiel Briceño, testigo de esos sucesos, recuerda que “los antagonistas aseveraban que [Rubén Castro] se había valido del movimiento y la inestabilidad para cerrar la Universidad y que... lo hizo porque estaba quebrada. Tal vez los recursos económicos no eran los mismos que en vida del señor Ariztía. Pero esta causa era remota”, dice Ezequiel Briceño.

Fueron los desórdenes internos por efectos externos los que desencadenaron los hechos⁸¹. El alumnado de los cursos diurnos estaba muy activo queriendo proyectar a la Universidad las agitaciones estudiantiles que se producían en Santiago y que llevarían a la caída de Ibáñez, el 26 de junio de 1931. En la capital había muerto el estudiante de la UCV, Jaime Pinto, y cuando esto se supo, la agitación en la Universidad porteña se hizo incontrolable. El alumno Carlos Cunningham fue sorprendido por el inspector Malaquías Morales cuando hacía propaganda política de izquierda en los Cursos para Obreros, que hasta entonces no habían mostrado actividad política alguna, y su conducta era tan correcta que la Dirección sólo tenía palabras de encomio para ellos⁸². Y aunque la propaganda política no tuvo efectos en los “obreros”, el inspector denunció la acción de Cunningham ante el Rector y éste lo suspendió exigiéndole que si quería regresar a la Universidad, debía hacerlo acompañado de su padre. El alumno se negó.

“El Rector - prosigue Briceño - mantuvo tercamente su decisión, coherente con su concepto de Universidad “a la defensiva” de influencias

⁸⁰ La Unión, Valparaíso, 7 de noviembre de 1931. El mismo Secretario General afirmaba ese año que “las casas de renta han producido a la Universidad más del doble de lo que se necesita para servir no sólo la deuda inicial” con que se compró la propiedad, sino que esa deuda, al precio de los bonos hipotecarios, “podría pagarla la Universidad con 35% menos de rebaja”. Situación de la UCV. Exposición de Enrique Wiegand Frödden. La Unión, Valparaíso, 8 de noviembre de 1931.

⁸¹ Los principios de los treinta fueron tiempos conflictivos en el país y el mundo. Años de crisis, de quiebre institucional, de dislocamiento de los valores ciudadanos, “de infiltraciones internacionales que ya levantaban en el panorama político su amenazadora presencia”, y que se hizo presente en Chile y en la Universidad Católica de Valparaíso.

⁸² El Rector Rubén Castro. Entrevista. La Unión, Valparaíso, 11 de julio de 1928.

estimadas como negativas⁸³. Comprendía que cualquier blandura tendría funestas consecuencias para la marcha futura del plantel. El Rector determinó la expulsión al ver que el muchacho no deponía su actitud rebelde. Era el primero que sufría tal medida en la Universidad, que Ezequiel Briceño lo describe como un estudiante habiloso, capaz, pero empapado de ideas socialistas.

A esto siguió una concertación de unos 200 alumnos en el patio cubierto, luego abandonaron la Universidad gritando contra la Rectoría, protesta a la que más tarde se sumaron algunos padres de familia que se manifestaron contrarios a la acción disciplinaria del Rector, dirigidos por Juan Bautista Ríos, funcionario de la Corte de Apelaciones de Valparaíso, todos o casi todos, anticlericales a ultranza, recuerda Briceño.

Ante tales hechos, el Rector tomó la decisión de decretar vacaciones, pero al comprobar que el estado de agitación continuaba, sin visos de volver a la tranquilidad, cerró la puerta de la Universidad “a manera de símbolo y firmeza”, en julio de 1931.

Durante dos años se mantuvo cerrada, excepto los Cursos para Obreros, a pesar de la opinión pública, que inútilmente pedía su reapertura. Fue una muestra de decisión de Rubén Castro, calificado de humano, pero franco e inflexible. Los alumnos tuvieron que trasladarse a otras universidades, suspender sus estudios mientras la UCV estuviera cerrada, o abandonarlos. Rubén Castro no vaciló, pero los dos años de cierre de las facultades con la obra suspendida, socavaron la resistencia del Rector. Se sentía agotado. Lo agobiaba el taladro de las preocupaciones por una Universidad abortada. “Y, aunque nunca se quejó, - dice Briceño, que fue su amigo - le dolía la incompreensión”. Sintió que las fuerzas comenzaban a abandonarlo. Estaba enfermo, herido del alma. Murió el 31 de diciembre de 1934, cuando tenía sólo 52 años. Roberto Cabezas Destibeaux, amigo íntimo de Rubén Castro, entrevistado por

⁸³ Entre las exigencias de admisión la Universidad pedía certificado de buena conducta otorgado por persona respetable, como el director de la escuela en que haya adquirido las primeras lecciones; el director de la fábrica donde trabaje o de otra persona que a juicio de la dirección merezca.

Garcés, dice que Rubén Castro “murió de pena, exactamente de tristeza”.
¿Las causas?. Según él, económicas: el desenlace impensado de la obra, la prematura pérdida del Señor Ariztía, y la falta de medios para cumplir cabalmente los fines que ambos habían programado.

EL RECTORADO DEL P. MALAQUÍAS MORALES: LA UNIVERSIDAD SE CONSOLIDA (1934 - 1951)

Se reabren las carreras universitarias y los cursos técnicos

La Universidad fue restablecida el 25 de marzo de 1934. La decisión de reabrirla la tomó el Obispo Eduardo Gimpert dejándola en manos del Pbro. Malaquías Morales como Vicerrector hasta 1937, año en que asumió como Rector en propiedad. “Vacante aún el cargo de Rector... de la Universidad Católica, por fallecimiento del Pbro. don Rubén Castro Rojas, - dice el Obispo en 1937 - nómbrese para que lo desempeñe el actual Rector Interino, Pbro. don Malaquías Morales”⁸⁴.

Entre 1934 y 1947 se reorganizó la Universidad. En este último año era Rector Interino el Pbro. Fernando Jara Viancos, en tiempos del Obispo Rafael Lira Infante. El Consejo Universitario lo formaban el citado Obispo, Juan Lyon, Enrique Wiegand, Manuel Valenzuela, Guillermo Rowland, Gustavo de la Piedra y Aldo Diena⁸⁵. El Consejo Administrativo, por su parte, estaba integrado por los consejeros Eduardo Budge, Thomas Eastman, Enrique Wiegand, Guillermo Rowland, Alberto Allison y Manuel Muñoz Cornejo, todos en 1948.

Cuando se reabrió la Universidad en 1934, la población estudiantil era de 818 alumnos entre diurnos y nocturnos, y el Rector Malaquías Morales la describía como “una niñita que daba los primeros pasos”. Pero, diez años después “ya había comenzado a dar sus frutos echando raigambre en Valparaíso y en todo el país”, decía con orgullo el mismo Rector, porque en 1943 eran 1.560 alumnos entre diurnos, vespertinos y nocturnos, 900 de los cuales seguían la educación técnico-industrial. Más alumnos, pero escaso presupuesto. El sostenimiento económico era, ahora, más difícil de resolver. En 1943 el presupuesto era de 1.400 mil pesos y

⁸⁴ El Obispado de Valparaíso. Nuevo Rector. Valparaíso, 14 de julio de 1936.

⁸⁵ En 1940 se precisa que “al iniciarse el año académico, se designarán los señores consejeros que deben integrar el Consejo Universitario”. Universidad Católica de Valparaíso. Fundación Isabel Caces de Brown: *Prospecto, 1940*, pág. 9.

las entradas sólo alcanzaban a 700 mil pesos. Los alumnos pagaban en conjunto 170 mil pesos por concepto de matrícula, y como no era suficiente para financiar la Universidad, el Rector y el Obispado decidieron hacer colectas en las iglesias y capillas de la Diócesis todos los años, y pedir ayuda a las empresas de la región. En el Edicto Pastoral del 8 de mayo de 1943, el Obispo Rafael Lira dice: "...el extraordinario incremento que ha alcanzado este plantel de educación superior en los quince años de próspera existencia y el cumplimiento de las leyes sociales, han obligado a triplicar los gastos de su sostenimiento sin que hayan aumentado los capitales primitivos...". Ese año el presupuesto era de 1.400.000 pesos⁸⁶. La colecta tenía un relativo éxito, pero lo recaudado siempre resultaba insuficiente para hacer frente a las urgencias. Se contaba con los 200 mil pesos anuales legados por Rafael Ariztía y con los ingresos provenientes de los arriendos, y como no bastaba para cubrir las necesidades, el Rector siempre volvía la mirada a las arcas de Teresa Brown de Ariztía, pero sin la habilidad ni el carisma para conseguir lo deseado⁸⁷.

Con todo, la actividad académica progresaba. Ésta estaba dividida, ahora, en cuatro grandes secciones: 1^a, las escuelas universitarias de Ingeniería Química, Arquitectura⁸⁸ y la de Comercio vespertino; 2^a, los Cursos Industriales vespertinos; 3^a, los Cursos Libres, y 4^a. la Escuela Nocturna.

Se distinguían, tal como antes, las carreras propiamente universitarias respecto de los Cursos Técnicos. En 1943 había tres niveles de ingreso, según recuerda Wadim Praus: egresados de Humanidades, sin grado de Bachiller; alumnos de quinto año de Humanidades que podían acceder a un "segundo general"; y los que solamente tenían las

⁸⁶ La UCV y la ayuda de los porteños. La Unión, Valparaíso, 6 de mayo de 1943.

⁸⁷ La deuda hipotecaria era de 150 mil pesos al año. Enrique Wiegand decía en 1931 que con los 200 mil pesos anuales que legó Ariztía, "hay de sobra para pagar y servir la deuda hipotecaria". Situación económica de la UCV. Exposición de Enrique Wiegand Frödden. La Unión, Valparaíso, 8 de noviembre de 1931.

⁸⁸ La Universidad Católica de Valparaíso. Fundación Isabel Caces de Brown: "Curso de Arquitectura y Curso de Ingeniería Química..."

Preparatorias que podían optar a un “primer año general”. Este último era muy heterogéneo. Praus dice que el alumno más joven del primer año general” tenía 27 años de edad en 1943. Más tarde sólo se admitieron alumnos con Humanidades completas.

Desde 1945 los Cursos Técnicos pasaron a formar el Instituto Politécnico Industrial, aprobado como tal en 1947⁸⁹. Desde entonces tuvo su propio reglamento⁹⁰, transformándose en Escuela de sub-ingenieros en las ramas de Construcción, Mecánica y Electricidad, todas con cuatro años de estudio, además de los cursos de Topógrafo y Radio que estaban incorporados desde 1943, con tres años de duración cada uno. El mismo año 1947, bajo el Obispado de Rafael Lira Infante como Canciller de la Universidad, se otorgó al citado Instituto la autonomía dentro de la organización de la Universidad, con Aldo Diena como Director, Manuel García Tello como Secretario y Luis López en el cargo de Subsecretario. También se llamaba Instituto de Sub-Ingenieros y en 1949 había titulado a 18 Ingenieros de la Marina Mercante Nacional, 10 Sub-ingenieros Constructores Civiles, 61 Técnicos Constructores, 26 Técnicos Mecánicos, 69 Técnicos Electricistas, 9 Técnicos en Radiotelefonía y 12 Topógrafos, siendo en total 284 titulados a esa fecha correspondientes al programa nuevo y al antiguo.

Sin embargo, el Curso de Aspirantes a Ingenieros, que había nutrido a las compañías navieras nacionales y algunas extranjeras, había sido suprimido en 1942 por disposición del Ministerio de Defensa. Dicho Curso estuvo vigente desde 1928 hasta el referido año 1942, período en que se graduaron los 98 profesionales oficiales de máquinas, con la anuencia y beneplácito de la Dirección del Litoral y de Marina Mercante.

En 1943 se creó la Facultad de Arquitectura y Bellas Artes, en cumplimiento del Estatuto Orgánico. Su primer Decano fue Renato Schiavon. Más tarde se llamó Escuela de Arquitectura y Urbanismo. Sus

⁸⁹ Obispado de Valparaíso. Creación del Instituto Politécnico Industrial. Valparaíso, 17 de enero de 1947.

⁹⁰ Obispado de Valparaíso. Aprobación del Reglamento del Instituto Politécnico. Valparaíso, 17 de enero de 1947.

cursos eran diurnos con cinco años de estudio. A los postulantes se les exigía el grado de Bachiller y el cupo de 1943 era de 38 alumnos.

Sus objetivos eran preparar para el desarrollo del criterio y espíritu en el orden artístico, constructivo y urbanístico, poniendo énfasis en las necesidades locales, situando al alumno en la realidad inmediata donde debían actuar cuando profesionales, particularmente en urbanismo, con el fin de contribuir con la ciudad. Por ello, los alumnos de 4º año estudiaban los sectores de Torpederas, Aduana, La Matriz, Plazuela Ecuador y Barón. En 1943 la Escuela poseía un Archivo Histórico con obras recopiladas que constituían el “recuerdo arquitectónico de los tiempos pasados”, entre los que se contaban el Cuartel de Bomberos de la Plaza Sotomayor, la Iglesia de La Matriz, el edificio de la Aduana, y la antigua Torre Barón. En 1945 Arquitectura presentó un celebrado anteproyecto sobre urbanización del cerro Barón, que fue uno de los primeros estudios urbanísticos de Valparaíso⁹¹.

Otra de las creaciones del período del Rector Malaquías Morales fue la Escuela de Ingeniería Química, en 1937, dentro de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas (o Aplicadas, como se le llamaba también), con cursos diurnos de 6 años de duración. El ingreso a primer año exigía estar en posesión del grado de Bachiller y el cupo era de 75 alumnos. La carrera tenía como fin la formación de ingenieros que

⁹¹ El estudio, que es digno de destacarlo aquí, comprendía antecedentes físicos, exposición de planos topográficos, características de la construcción en laderas, el estilo conventillo de las habitaciones y un estudio sobre las energías que debía gastar el poblador para acceder a su casa trepando el cerro por escaleras y senderos empinados. Se incorporó, además, una investigación realizada por la Unidad Sanitaria que demostraba que habitaban, como promedio, cuatro personas por pieza, y que el 57% de los habitantes dormían de a dos en la misma cama. De 50 familias encuestadas sólo 8 contaban con baño, 47 cocinaban en braseros y 14 familias usaban velas a falta de luz eléctrica. El cerro carecía de áreas verdes, plazas o avenidas. Allí mismo había 97 depósitos de vino y sólo uno de venta de leche. El estudio y exposición era un anteproyecto para un plan de urbanización, y la prensa no escatimaba elogios: “Son admirables, a este respecto, los proyectos y planos que se han confeccionado, consultando las menores exigencias urbanísticas”. Un proyecto parecido presentó Arquitectura para la caleta Higuierillas. El problema de la vivienda en los cerros de Valparaíso. La Unión, Valparaíso, 14 de agosto de 1945.

habrían de aplicar sus conocimientos en la industria química. Era el antiguo Curso de Química que data de 1928 elevado ahora a Escuela de Ingeniería Química, con aportes económicos de Teresa Brown de Ariztía y bajo la dirección del Doctor en Química Adolfo Harbarth. Fue rediseñada, después, bajo la Dirección del profesor Kai Peronard - que estuvo a cargo de ella hasta su fallecimiento en 1954 - junto a profesores como Marcos Gatica, Cand Pólyt, el Dr. Jorge Schleider, Ezequiel Briceño, todos activos en los años cuarenta. Por entonces la Escuela se conceptuaba como una de las mejores de la Universidad y “a la altura de las más importantes... de países europeos y americanos”. La enseñanza estaba basada en el conocimiento completo de la Química, tanto la fundamental orgánica, como la Química de aplicación industrial, la Bioquímica y la Electroquímica. Se formaban químicos de laboratorio e ingenieros químicos con estudios de Matemáticas, Física y ramos de aplicación en estas ciencias, porque, como se decía en 1943, “un ingeniero químico debe aplicarlas casi en el mismo grado que la química misma”. Más tarde se reconocía que los egresados de la Escuela habían prestado “inmensos servicios a la industria”.

El “Curso de Leyes” y las Pedagogías

En 1947, la Universidad dio un paso cualitativo importante al firmar junto con el obispado, un convenio con la Congregación de los Sagrados Corazones de Valparaíso para crear en la Universidad la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, teniendo como base el “Curso de Leyes” que dicha Congregación mantenía desde 1894 en su propio edificio, y hasta entonces dependiente de la Universidad de Chile en cuanto a planes de estudio y promociones.

El Curso de Leyes de los Sagrados Corazones había nacido como respuesta a la creación de la Corte de Apelaciones de Valparaíso, en 1892, curso que serviría de “foro a la intelectualidad jurídica porteña”, como lo recordaba Enrique Pascal en 1974, y cuyo objetivo era “enseñar las leyes de Chile, como un aspecto del Derecho, con el lema *Pro Jure et*

*Aequitate*⁹². Al crearse la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, el Curso de Leyes de los Sagrados Corazones se incorporó a la Universidad bajo especiales condiciones, manteniéndose su Director, el R.P. Eduardo Lobos, que ya lo era antes de dicha incorporación, y conservando el nombre de Escuela de Leyes de los Sagrados Corazones. Enrique Wiegand Frödden, que era profesor del Curso, fue nombrado Decano de la Facultad⁹³.

Las clases eran diurnas, cinco años de estudio y se exigía estar en posesión del grado de Bachiller para ingresar a primer año. El mismo año 1947 la Facultad decidió admitir mujeres, pero debían ser católicas, presentar su Fe de Bautismo y certificado de antecedentes. Se matricularon 50 alumnos entre varones y señoritas.

No menos significativa fue la creación de la Facultad de Filosofía y Educación, en 1949, destinada a formar profesores para la educación secundaria con las Escuelas de Matemáticas y Física, y Castellano y Filosofía. Su creación fue en respuesta a las peticiones que en tal sentido elevaron los padres de familia de Valparaíso en 1948, para resolver las necesidades pedagógicas de los liceos de la ciudad y del país, inquietud recogida también por la Municipalidad de Valparaíso, comprometiéndose a hacer un aporte extraordinario para ayudar a crear dicha Facultad. Las clases comenzaron siendo vespertinas⁹⁴. El mismo año 1949, el Gobierno reconoció la validez de los títulos de profesor secundario que otorgara el “Pedagógico” de la UCV, título equivalente al de Profesor de Estado⁹⁵.

⁹² Pascal, Enrique: *Clase Magistral...*, pág. 11.

⁹³ Consejo Superior. Sesión conjunta de los Consejos Universitario y de Administración. Funcionamiento en la Universidad del Curso de Leyes de los SS.CC. Valparaíso, 15 de enero de 1947. También, Obispado de Valparaíso. Erección de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Valparaíso, 15 de enero de 1947.

⁹⁴ La razón para abrir Pedagogía en horario vespertino fue facilitar la concurrencia de profesores normalistas que trabajaban de día en las escuelas y que deseaban seguir estudios pedagógicos universitarios.

⁹⁵ Entrevista ofrecida por el profesor Luis López al diario La Unión. La Unión, Valparaíso, 10 de octubre de 1953.

Los Cursos Libres de Idiomas seguían vigentes, y La Escuela Nocturna continuaba preparando a jóvenes obreros y empleados para ingresar al Instituto Politécnico Industrial.

En síntesis, en 1949 la Universidad estaba estructurada en cinco Facultades: la de Ciencias Físicas y Matemáticas, con su Escuela de Ingeniería Química; la de Arquitectura y Urbanismo, con su Escuela de Arquitectura; la de Ciencias Económicas y Comercio, con su Escuela de Contadores Generales; la de Ciencias Jurídicas y Sociales, con su Escuela de Leyes de los Sagrados Corazones; la de Pedagogía, con su Escuela de Castellano y Filosofía y Escuela de Matemáticas y Física; además del Instituto Politécnico Industrial, con sus Escuelas de Sub-Ingenieros de Construcción Civil, de Sub-Ingenieros Mecánicos, de Sub-Ingenieros Electricistas y de Sub-Ingenieros en Radiotelefonía.

A pesar de las dificultades de financiación, el período del Rector Malaquías Morales tuvo ciertos avances en el equipamiento de las distintas facultades. Se completaron y mejoraron los talleres y laboratorios. En 1948 la Universidad contaba con 16 laboratorios de experimentación y 12 talleres de trabajo, todos equipados de acuerdo a las necesidades de las distintas escuelas universitarias e Instituto Politécnico Industrial para los estudios prácticos y trabajos de investigación, al tiempo que se iban formando bibliotecas especializadas. Los laboratorios de investigación científica de la Escuela de Ingeniería Química eran los mismos de 1928, pero se proyectaba su ampliación en 1948.

Tampoco se descuidaron otros campos. Desde 1948 comenzó a tener vida activa el Conservatorio de Música, fundado por Tadeuz Gorecki, con cursos de Piano, Violín, Canto, Teoría de la Música, Historia de la Música, Apreciación Musical y Canto Gregoriano. Por la misma fecha se proyectaba formar un Coro Polifónico y una Orquesta Sinfónica.

Imagen de la Universidad a fines de los cuarenta

Una mirada general al período 1934-1950 del Rectorado del Pbro. Malaquías Morales permite apreciar un relativo avance de la Universidad

en las ciencias, las artes, la industria, la técnica y el comercio, tanto que se sentía estar respondiendo a las aspiraciones regionales y a las necesidades nacionales. Antes de cumplir 20 años de existencia había alcanzado, se creía, el *standard* superior de la enseñanza que se había propuesto, y se sentía segura de estar satisfaciendo las aspiraciones de los alumnos y colectividad porteña. Así era valorada en la región, y el nombre de la Universidad Católica de Valparaíso era reconocido en el país y fuera de él. En efecto, aunque comenzó teniendo como objetivo servir a la ciudad porteña y a su región, poco a poco fue ampliando su radio de acción, incluso a otros países de América del Sur. Entre los estudiantes de 1948 aparecían registrados alumnos de nacionalidad venezolana, colombiana, ecuatoriana, peruana y boliviana, contándose entre ellos, estudiantes de Arquitectura, Ingeniería Química, Construcción Civil, Mecánica, Contabilidad y Topografía. Ese mismo año, el diario “La Unión” del 1° de enero, lo subrayaba con orgullo al decir que “los estudiantes extranjeros... que han venido desde... tierras hermanas a nuestras aulas universitarias... [lo han hecho porque] el prestigio de este plantel... chileno de Valparaíso ha trascendido las fronteras”.⁹⁶

En 1948, la Universidad tenía una matrícula anual de más de 300 alumnos propiamente universitarios en las distintas carreras. Había tenido un aumento lento, pero sostenido. En 1946 ingresaron 311 alumnos, 329 en 1947 y 386 en 1948. El promedio anual matriculado entre 1928 y 1948, según Escuelas, era de 113 alumnos en Comercio y Ciencias Económicas, 92 en Ingeniería Química, 76 en Arquitectura y Urbanismo y 53 en Leyes, mientras que el Instituto Politécnico tenía una matrícula de 334 alumnos anuales como promedio, los que, sumados a los 550 de los cursos técnicos y especiales, daba un promedio anual de 884 alumnos⁹⁷.

⁹⁶ La Unión. Valparaíso, 1 de enero de 1948.

⁹⁷ Sin embargo, el total de alumnos sumadas las Escuelas Universitarias, los cursos industriales, los cursos libres y las escuelas nocturnas era de 1.560 estudiantes en 1943. La Unión, Valparaíso, 5 de mayo de 1943. En cuanto a los cursos industriales vespertinos, éstos contaban anualmente con 700 a 900 alumnos, en su mayoría “modestos obreros y empleados”. En 1939 eran 11 mil los alumnos obreros y empleados que habían pasado por la UCV, desde que en 1928 se inauguraron los cursos nocturnos. Aniversario de los Cursos Vespertinos. La Unión, Valparaíso, 23 de marzo de 1939.

Hasta 1948, se habían titulado 216 Abogados (se tomaba en cuenta en esta cifra los titulados en el Curso de Leyes mientras estuvo en los Sagrados Corazones), 16 Arquitectos, 135 Contadores Generales, 28 Ingenieros Químicos, 98 Ingenieros de la Marina Mercante (entre 1928 y 1942), 5 Sub-ingenieros en Construcción Civil, 6 Secretarias Taquígrafas, 61 Técnicos Constructores, 26 Técnicos Mecánicos, 69 Técnicos Electricistas, 5 Técnicos en Radiotelefonía, y 12 Topógrafos, siendo 677 el total de titulados desde que la Universidad abrió sus puertas en 1928.

Pero, aunque era evidente que la Universidad había incrementado el número de alumnos, incluso extranjeros, crecido también en número de facultades y carreras, no hubo avances sustantivos en el nivel académico de sus cátedras. El proyecto del Rector Rubén Castro de contratar profesores en Europa para echar las bases de una más sólida formación en las distintas disciplinas - como lo hizo la Universidad Técnica Federico Santa María - no se pudo concretar por la repentina muerte de Rafael Ariztía en 1929 y la consiguiente falta de recursos. Tampoco hubo una política de formación de equipos académicos con profesores *full time* en las distintas carreras, ni el nivel de los sueldos permitía contar con profesores de mayor prestigio, cuando las responsabilidades académicas de los años cuarenta se fijaban en contratos-hora, como recuerda Wadim Praus, señalando que para sobrevivir tenía que hacer 40 horas de clases semanales. Monseñor Jorge Bosagna, al recordar el período del Rector Malaquías Morales, cree que la Universidad “tuvo un bajón en el aspecto académico”, y este modesto nivel iba de la mano con el mal pie económico de la Universidad. Cuando el ex Rector Arturo Zavala medita sobre la Escuela de Leyes durante el Rectorado de Malaquías Morales y los apuros económicos de esos años, dice que dicha Escuela se mantenía activa gracias al desinteresado esfuerzo de sus profesores. Recuerda también que Enrique Wiegand “costeaba la Escuela de Derecho silenciosamente”. El propio Zavala fue testigo de un cheque que hizo Wiegand “por el total de sueldos”, porque el padre Eduardo Lobos, Director de la Escuela, no tenía cómo pagar a sus profesores.

En fin, el Rector Malaquías Morales hizo cuanto pudo, a pesar de sus naturales limitaciones por su personalidad poco carismática. La época

tampoco era la más propicia. Pero el Obispo tenía una buena impresión de él, como lo demostró al rechazar dos de las tres veces que Malaquías Morales le presentara su renuncia al cargo, y la rechazó porque “era la persona más indicada para desempeñar la Rectoría”, dice Monseñor Rafael Lira Infante, en 1951, y porque gozaba “de su más entera confianza”, subrayando que “si no hubieran mediado las razones del Sr. Morales, la última [renuncia] también habría sido rechazada”.⁹⁸

⁹⁸ Cambio de Rector en la Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, 5 de abril de 1951

EL RECTORADO DEL P. JORGE GONZÁLEZ S.J., Y EL “PERÍODO JESUITA” (1951 -1961)

Los jesuitas

El Rector Pbro. Malaquías Morales dejó el cargo en 1950, asumiendo en su lugar el Pbro. Fernando Viancos, como Rector interino, como venía siendo desde 1947. Viancos dirigió la Universidad por menos de un año, hasta que en 1951 la Compañía de Jesús se hizo cargo de la Casa de Estudios⁹⁹.

Cuando Monseñor Rafael Lira Infante tuvo que estudiar y decidir sobre la renuncia que por tercera vez le presentaba el Rector Morales, expuso ante la Santa Sede sobre la escasez de sacerdotes en la Diócesis de Valparaíso y solicitó a Roma “la designación de quienes asumirían la Dirección de la Universidad”, y el Vaticano respondió recomendando “a la Compañía de Jesús para esta misión”, como se contiene en el texto de nombramiento del nuevo Rector, el 19 de abril de 1951¹⁰⁰. El Obispo dice: “Habiéndonos presentado reiteradamente la renuncia del cargo de Rector de nuestra Universidad Católica el Pbro. don Malaquías Morales, que sirvió durante 24 años a esta institución en forma eficiente y abnegada, y siendo por ahora escaso el personal de sacerdotes de la Diócesis, después de consultar a la Sagrada Congregación de Universidades, hemos acordado conforme a su dictamen y después de implorar las luces divinas, en confiar la Dirección de la Universidad a la Compañía de Jesús, que dirige con acierto buen número de estas instituciones de diferentes países, y al efecto hemos convenido con el Superior de la Compañía, se haga cargo general de la Dirección y Administración de nuestra Universidad y conforme a sus propios estatutos, destinando por lo menos tres religiosos a su debida atención. Por lo tanto, venimos a nombrar Rector de la Universidad al R.P. Jorge González Förster, que nos ha sido presentado

⁹⁹ Consejo Superior. Sesión del Consejo Universitario. Cambio de Dirección de la Universidad. Valparaíso, 5 de abril de 1951.

¹⁰⁰ Obispado de Valparaíso. Compañía de Jesús. Nuevo Rector. Valparaíso, 19 de abril de 1951.

por la autoridad competente, quien comenzará a ejercer su cargo desde el 1º de mayo próximo, previo juramento y profesión de fe prescrita”, dice el Obispo¹⁰¹.

El convenio suscrito con la Compañía de Jesús precisaba, además, que el Obispado de Valparaíso retenía la propiedad de la Universidad, conservándose para la Diócesis la posesión de todos los bienes existentes y futuros de la Universidad Católica de Valparaíso, y la tuición sobre ella, es decir, manteniéndose el Obispo Diocesano como Canciller de la Universidad.

El R.P. Jorge González Förster, S. J., descrito como “sacerdote de palabra fácil, trato cordial y sonrisa acogedora”, asumió, como estaba previsto, el 1º de mayo de 1951. Con él llegó el R.P. Raúl Montes Ugarte, S.J. a ocupar el puesto de Vicerrector siendo, al mismo tiempo, Ecónomo General de la Compañía de Jesús en Chile. Permaneció en el cargo hasta 1957, cuando fue remplazado R.P. Raimundo Barros, S.J. Desde 1960 hubo dos Vicerrectores: el R.P. Miguel Iturrate Acuña, S.J., en lo académico, y el Ingeniero Ezequiel Briceño Petersen, en lo administrativo. Abelardo Villavicencio ocupaba el cargo de Secretario de la Universidad.

Progreso académico

Se conoce como “período jesuita” y fue el más significativo de los primeros cuarenta años de la Universidad Católica de Valparaíso. Con el Rector González se puso en marcha la reorganización interna con la redacción de nuevos Estatutos Generales, estudiados por el Consejo Superior y aprobados por la Sagrada Congregación de Estudios y Seminarios. Asimismo, cada facultad tuvo sus propios estatutos, y cada Escuela, su reglamento destinado a regir los aspectos de docencia y relaciones de los estudiantes con la Universidad. Y, para una mejor administración, se creó la Secretaría Central, encargada de conservar en sus archivos todo lo relacionado con la vida académica.

¹⁰¹ Consejo Superior. Sesión del Consejo Universitario. Cambio de Rector de la Universidad. Valparaíso, 20 de abril de 1951.

Las Facultades y escuelas iniciaron una etapa de innovaciones y progresos académicos. La Facultad de Arquitectura y Urbanismo que hasta entonces “trabajaba dentro de un plan muy clásico - recuerda el padre González Förster - [con] clases... más de pizarrón... y taller de Dibujo [y] nada más”, aumentó la carrera a seis años de estudio desde 1950, incorporando asignaturas bio-sicológicas y sociales por su estrecha vinculación con la Arquitectura. Además de reorganizar sus planes de estudio, modernizó sus métodos de trabajo, con tan buenos resultados que “la ha colocado en un puesto de avanzada entre las demás facultades similares”, se aseguraba en 1952. Esto mismo la hacía una Escuela atractiva, y cada año se incorporaba un mayor número de alumnos, además de iniciar una etapa de frecuentes contactos con profesores extranjeros interesados en las novedades que ofrecía esta Facultad. Destacaba de manera especial el Instituto de Investigaciones de Arquitectura y Urbanismo, formado por un selecto grupo de profesores que, con los nuevos académicos incorporados y un nuevo concepto de Arquitectura, “alcanzó mucho vuelo y extensión”, dice el padre González Förster. Hasta 1951 se habían titulado 22 arquitectos.

Los cambios producidos en el estilo de la Escuela fueron decisivos. Tomás Eastman recuerda que bajo la dirección del arquitecto Carlos Bresciani se realizó paulatinamente el cambio de sistema pedagógico, iniciado en 1952, encabezado por Alberto Cruz, y que en su historial el citado año separa una primera y segunda época de la Escuela de Arquitectura de la UCV¹⁰².

Por su parte, la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas tuvo como primer Decano al Ingeniero Gustavo de la Piedra. Su Escuela de Ingeniería Química, que desde antes venía gozando de gran prestigio por el alto nivel de sus estudios, continuaba impartiendo la enseñanza de los ramos de ingeniería enfocada al campo de las ciencias químico-físicas “que son el fundamento teórico de toda industria”. Contaba con una bien dotada biblioteca especializada y disponía de 12 laboratorios. En 1951 se proyectaba otro para investigaciones tecnológicas que serviría, además, a

¹⁰² Eastman, Tomás: “Arquitectura en la UCV”. El Mercurio de Valparaíso, Valparaíso, 6 de mayo del 2003.

empresas industriales que quisieran aprovecharlo para resolver sus problemas técnicos.

En 1954 la Escuela de Ingeniería Química fue favorecida con la ley 11.575 que en su art. 36, destinaba un porcentaje de las entradas percibidas por el fisco por concepto de impuestos, contribuciones, derechos de Aduana, y otros similares, con que el Estado apoyaba a las universidades para “fomentar... la investigación científica y tecnológica que tiene por objeto una mayor productividad en el país”. Gracias a esta ley, la Facultad pudo aumentar sus laboratorios y modernizar su instrumental. La misma ley estimuló la creación del Instituto de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, con sus ramas de Química, Física, Matemáticas, Electrónica y Pesca, esta última, la Escuela más recientemente creada en los años sesenta.

La Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales se vio igualmente fortalecida en 1953, cuando se estableció que la Universidad Católica de Valparaíso - junto con la Universidad Católica de Chile y la Universidad de Concepción, que eran las tres particulares que había en el país - podía otorgar válidamente y por sí misma, el grado de Licenciado en ciencias Jurídicas y Sociales que habilitaba para recibir de la Corte Suprema de Justicia el título profesional de abogado, gracias a las gestiones que para la UCV hicieron los diputados Héctor Correa Letelier y Mateo Tagle Valdés. Hasta entonces, los alumnos debían rendir en la Universidad de Chile sus exámenes de Licenciatura. De ella recibían el grado¹⁰³. Importante también fue el papel que le cupo al Rector Jorge González en estas gestiones¹⁰⁴.

¹⁰³ Hasta esa fecha los particulares sólo podían abrir escuelas jurídicas o “Cursos de Leyes”, como lo hizo la congregación de los SS.CC en 1894. En Concepción había otro desde 1865 con carácter de “fiscal”, porque era dependiente de la Universidad de Chile hasta 1928, en que la Universidad de Concepción creó su propio curso. En Valparaíso hubo también un “Curso de Leyes” fiscal, iniciado en 1911, que dio origen a la Escuela de Derecho de la actual Universidad de Valparaíso.

¹⁰⁴ Ver “Reglamento de la Escuela de Derecho de los Sagrados Corazones” (Curso de Leyes de los SS.CC), 1956, y “Reglamento orgánico de la Escuela de Derecho de los SS.CC”. Facultad de Ciencias Jurídicas de Sociales, 1958.

En 1958, el R.P. Eduardo Lobos que había dirigido la Escuela de Leyes a lo largo de 36 años, se retiró por motivos de salud, asumiendo el cargo de Director, el R.P. Renato Vio Valdivieso, SS.CC., y en 1960 se modificó el antiguo convenio existente entre la Congregación de los Sagrados Corazones y la Universidad Católica de Valparaíso. Desde entonces, la Escuela de Derecho se incorporó más plenamente al régimen ordinario de la UCV, pero conservando el nombre de “Escuela de Derecho de los Sagrados Corazones”, como homenaje a la congregación que le dio vida. En 1961, dicha Escuela tuvo su primer Director laico en la persona de Julio Ruiz Bourgeois, quien al asumir el cargo creó el Instituto de Actualidades Jurídicas, como un medio de la modernización de la enseñanza del derecho¹⁰⁵.

La misma Escuela de Derecho creó también el Instituto de Estudios Legislativos por iniciativa del profesor Jaime Carvallo, orientada a impulsar las actividades de investigación, aprobada por el Consejo Superior en 1958¹⁰⁶.

¹⁰⁵ A este Instituto pertenecían por derecho propio todos los profesores titulares, auxiliares y ayudantes de la Escuela y todos los abogados egresados de ella. Dicho instituto recibe los proyectos que se presentan a la consideración del Congreso Nacional, con sus correspondientes exposiciones de motivos, informes de comisiones y discusión hasta su promulgación y publicación como ley de la República. Recibe también las resoluciones de la Corte Suprema, de la Corte de Apelaciones y Previsión Social; del Departamento de Cambios del Banco Central y de cualquier otro organismo administrativo importante. Además, recopila la legislación y normas vigentes en países americanos, en particular en la zona de Libre Comercio, y todas las publicaciones jurídicas chilenas y extranjeras. Todo ello se da a conocer al público por medio de un Boletín Informativo. Creación del Instituto de Actualidades Jurídicas de la UCV. La Unión, Valparaíso, 30 de abril de 1961.

¹⁰⁶ Art. N° 1 “La Universidad Católica de Valparaíso crea un organismo de carácter científico que tendrá por objeto el estudio, la preparación y la proposición a los poderes públicos de la República de Chile las nuevas leyes que sean necesarias para las actividades nacionales, la sugerencia de reformas a las leyes en vigencia y la derogación de aquellas disposiciones legales que hallan perdido vigencia”.

Art. N° 3 “El Instituto dependerá del Rector de la Universidad Católica de Valparaíso y formará parte de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales”. Consejo Superior. Acta de la Sesión del Consejo Universitario. Instituto de Estudios Legislativos, Valparaíso, 29 de agosto de 1958.

En tanto, la Facultad de Comercio y Ciencias Económicas, con su Escuela Vespertina de Comercio a la que, al igual que las demás, asistían algunas señoritas, tenía en 1951, un plan de estudios estructurado en ramos de Contabilidad, Derecho Tributario, Social, Comercial, Civil y Administrativo, Economía Política y Hacienda Pública, Estadística y Matemáticas Financieras Superiores, con tres años de duración para obtener el título de Contador General, y dos años más para alcanzar el título de Estadístico Matemático y el de Actuario. Hasta ese año se habían titulado 180 contadores.

Nuevas Escuelas

La Facultad de Comercio tuvo, desde 1955 una Escuela diurna orientada a formar estudiantes capaces de lograr una mayor productividad de las empresas y mejor distribución de los bienes. Era, por lo mismo, distinta de las Escuelas existentes en el país y más semejante a las *School of Business Administration* de Estados Unidos. Se llamó Escuela de Negocios, y nació gracias a un convenio suscrito en 1955 entre la Universidad y la Fundación Adolfo Ibáñez, tomando ésta la dirección y orientación de la Facultad y contribuyendo económicamente a su desarrollo¹⁰⁷. Más tarde se creó el Instituto de Investigaciones Económicas (IIE)¹⁰⁸.

¹⁰⁷ La creación de la Escuela de Negocios era un anhelo de Adolfo Ibáñez, concretada poco después de su fallecimiento, en 1949, al acordar sus herederos honrar su memoria con dicho proyecto. Para ello destinaron una parte de sus bienes, que pasó a ser patrimonio de la Fundación Adolfo Ibáñez y que permitió dar forma a dicha Escuela, que comenzó sus labores el 31 de mayo de 1951. Legalmente la fundación fue establecida por escritura el 8 de enero de 1951 ante el notario Juan Alemparte, en la que se insertaron los estatutos. Su personalidad jurídica se obtuvo por decreto N. 2547 del Ministerio de Justicia, de fecha 28 de abril de 1951. La Escuela de Comercio creada en la UCV llevaba el título de Escuela de Dirigentes de Empresas. “25 años Escuela de Negocios de Valparaíso. Fundación Adolfo Ibáñez: 1955-1980”, pág. 15.

La firma del convenio marca un hito singular en la historia de la UCV. En esa ocasión estuvieron presentes el Gran Canciller, Monseñor Rafael Lira Infante, el Rector Jorge González S.J., Jorge Alessandri Rodríguez como consejero de la Fundación, Harold Mc. Clelland, Presidente de los Industriales de Estados Unidos, entre otros personajes de la Sociedad de Fomento Fabril, Cámara Central de Comercio de Chile, Asociación de

En 1957 se matricularon 207 alumnos. De ellos, 115 en la Escuela de Comercio y 92 en la Escuela de Negocios. Esta última estaba provista de una biblioteca especializada, un Salón de Conferencias y una sala de estar para el alumnado. El programa de estudios comprendía tres tipos de asignaturas: Ramos Profesionales (Economía, Comercio y Administración), Ramos Complementarios (Matemáticas, Contabilidad, Legislación e Idioma Inglés) y Ramos Culturales (Historia, Filosofía y Cultura Religiosa)¹⁰⁹.

Por su parte, el Instituto Politécnico experimentó cambios significativos. Sus carreras se habían prolongado a cuatro años de estudio desde 1946 siempre en régimen vespertino, pero hacia 1951 se había suprimido el Curso de Topógrafo, y como hemos dicho, suprimido también en 1942, el Curso de Aspirantes a Ingenieros de la Marina Mercante al ser asumidos por la Escuela Naval Arturo Prat. En 1952 se hizo distinción entre el Instituto Politécnico (llamado también Instituto Técnico) y el Instituto de Sub-Ingenieros en respuesta a la ley que creó la Universidad Técnica del Estado que exigía el grado de Bachiller en Humanidades o Bachillerato Técnico Industrial¹¹⁰. Por este motivo se modificó también el nombre del título y de las Escuelas que lo componían, pasando a llamarse Escuela de Técnicos en Mecánica, Escuela de Técnicos en Radio, Escuela de Técnicos en Electricidad y Escuela de Construcción Civil. Pero, en 1956, la Escuela de Técnicos en Radio se transformó en Escuela de Electrónica, y tanto la de Técnicos en Mecánica, como la de Electrónica se beneficiaron con la citada ley 11.575 con la que el Estado estimulaba la investigación aportando recursos. En 1962, el Instituto Técnico (o Politécnico) contaba con un edificio-bodega de 4 pisos, construido de concreto para los talleres y laboratorios, en una superficie de 10 mil mts².

Importadores, Asociación Nacional de Armadores, decanos, etc. “25 años Escuela de Negocios...”, págs. 25-26.

¹⁰⁸ Su creación cristalizó en 1958. Su director fue Sergio Jara, egresado de la Universidad de Chile. “25 años Escuela de Negocios...”, pág. 32.

¹⁰⁹ *Ibidem*, pág. 28.

¹¹⁰ Bajo el Rectorado del padre González este instituto se independizó del Politécnico y fue dotado de salas y laboratorios. Sus profesores eran ingenieros que trabajaban en las industrias de la zona que llevaban a la Universidad sus experiencias técnicas y humanas.

El rectorado del padre González Förster tuvo el mérito de dar impulso significativo a las Pedagogías que se habían creado en tiempos del Rector Malaquías Morales. La Facultad de Filosofía y Educación, o Filosofía y Letras, como comenzó llamándose, tuvo mayor desarrollo que las demás gracias al papel que desempeñaron los profesores Luis López y Aldo Diena. En 1952 se crearon las Escuelas de Pedagogía en Inglés y Pedagogía en Historia, Geografía y Ciencias Sociales. Para fortalecer organizar esta última, se contrató al profesor Héctor Herrera Cajas que se había formado en la Universidad de Chile. Como complemento de Historia, se creó en 1957, el Instituto Crescente Errázuriz para la investigación en Historia Eclesiástica, bajo la Dirección del R.P. salesiano Guillermo Monckeberg, aprobado por el Consejo Superior el mismo año¹¹¹. En 1959 nació el Instituto de Arte Americano, a cargo de Romolo Trebbi, con la colaboración de Leopoldo Castedo, cuando el profesor Héctor Herrera asumió como Decano de la Facultad por renuncia del padre Raimundo Barros.

En 1956 se crearon las Escuelas de Pedagogía en Francés; en 1959 Pedagogía en Biología y Química, así como la Escuela de Orientación Educacional¹¹², y en 1960, el Centro de Investigaciones Pedagógicas. Para entonces, la Facultad de Filosofía y Educación contaba con el mayor número de alumnos entre las Facultades, llegando a 700 en 1961.

Para la aplicación de la formación pedagógica de la Facultad, se creó el Colegio Rubén Castro, en 1953, de enseñanza secundaria, además, gratuito y anexo a la Universidad. Como Liceo de Aplicación era atendido principalmente por profesores egresados de la Facultad, y desde 1958 con

¹¹¹ Consejo Superior. Acta sesión del Consejo Universitario. Valparaíso, 1 de julio de 1957. El Instituto Crescente Errázuriz se abocó al estudio de los libros parroquiales antiguos de Melipilla, La Ligua, Petorca, Casablanca, La Matriz de Valparaíso, Calbuco, Puerto Montt, La Unión, Tacna y Arica. En 1960 se estaba terminando el de Petorca.

¹¹² Esta escuela estaba orientada a formar profesores especializados en problemas psicológicos de la juventud, para ayudar a los estudiantes secundarios en el aprovechamiento de sus posibilidades y en la elección de sus profesores y carreras universitarias. El primer año contemplaba las asignaturas: Psicología de la Personalidad, Psicología Profunda, Estadística Avanzada, Antropología Humana y Orientación Educacional.

un Plan Experimental. En 1954 se abrió también un colegio nocturno gratuito para reemplazar a los cursos pre-técnicos, suprimidos por la Universidad¹¹³. El Liceo Nocturno conservó el mismo fin con que nacieron los cursos nocturnos, es decir, facilitar el estudio a quienes no habían completado las Humanidades y posibilitarles requisitos para ingresar al Instituto de Sub-Ingenieros. Más tarde, en 1960, la Facultad organizó otros dos colegios gratuitos: el Liceo Juana Ross para mujeres, dirigido por la profesora Eliana Muñoz Rojo y fundado por la Sociedad de Beneficencia de Señoras de Valparaíso, quedando bajo la dependencia administrativa de la Facultad, y el Liceo José Cortés Brown para hombres.

En 1959 la Facultad de Filosofía y Educación inició los llamados Cursos de Temporada de Verano¹¹⁴, que por primera vez se hacían en el país, gracias a un excepcional equipo de profesores formado por el R.P. Raimundo Barros, Luis López, Héctor Herrera y Wadim Praus, con cursos de ocho semanas de trabajo intensivo equivalente a un semestre, especialmente orientados a adelantar asignaturas o repetir las reprobadas. Ese año se ofrecieron 22 cursos. Fue también una oportunidad para religiosos de completar sus estudios. A esto se agregó el mismo año 1959 los Cursos de Pedagogía en Religión para profesores secundarios de esa asignatura, también en período de verano.

Además de los significativos adelantos experimentados por las distintas facultades, el rectorado del padre González Förster se abocó a crear nuevas carreras relacionadas con las necesidades de la región. En 1956 nació la Escuela de Servicio Social integrada a la Facultad de

¹¹³ Consejo Superior. Sesión del Consejo Académico. Colegio Rubén Castro y Liceo Nocturno. Valparaíso, 21 de diciembre de 1953.

¹¹⁴ La idea de una Escuela de Temporada era un antiguo proyecto del padre Raimundo Barros, elaborado con la cooperación del Secretario de la Facultad, Luis López. Se le llamó Temporada Académica de Verano, para diferenciarla de los Cursos de Verano que ofrecía la Universidad de Chile como Extensión Universitaria. El padre Barros se basó en un sistema que era habitual en Estados Unidos. La Universidad de Chile hizo severas críticas a esta Temporada, pero finalmente terminó adoptando el sistema e hizo lo mismo con el título de Cursos de Aceleración. Igual cosa hizo con el Bachillerato que, como alternativa al de la Universidad estatal, diseñó y puso en práctica la Universidad Católica de Valparaíso.

Ciencias Jurídicas y Sociales. Para ello se contrató a la profesional belga, Marcela Von Eislande, que se desempeñaba en Gante, que junto con las religiosas Teresianas, planificaron dicha Escuela con formación cristiana, para diferenciarla de las otras similares del país¹¹⁵. Esta Escuela se inspiró en las más avanzadas técnicas, con métodos de enseñanza vigentes en Europa y considerados como los más adaptables “al ambiente social de Chile”¹¹⁶. En ella se formaron las profesoras Cecilia Vio, Liliana Bernardi y Lucía Saavedra, que continuaron la obra. Los estudios tenían cuatro años de duración.

La otra escuela creada bajo el rectorado del padre González Förster fue la de Pesca, destinada a formar técnicos universitarios. Así nació la Escuela de Técnicos en Industrias Pesqueras con dos especialidades: la de Técnico Extractor y la de Técnico Elaborador, en ambos casos con el fin de impulsar la producción pesquera nacional. Para ello, se adquirió un solar en la Avenida Altamirano, frente a la caleta de pescadores El Membrillo, y en él se construyó una sala central para el funcionamiento de la planta piloto de industrialización del pescado, con sus diversas formas de congelado, salado ahumado, fileteado, conservas, harina de pescado y sus derivados. Contaba con laboratorios de Química, Bacteriología y Biología, donde, en 1958, se iniciaron las investigaciones pesqueras cuando se firmó un convenio con el Ministerio de Agricultura. En 1961 era considerado “lo más moderno y técnicamente perfecto que se haya realizado en el país” y respondía, con creces, a la aspiración del Rector Jorge González de abrir nuevos horizontes vinculados a la región. Contó con el “Tiberíades”, pero en distintos momentos tuvo tres embarcaciones destinadas a la enseñanza: un yate velero, “Don Rafael”, una ballenera a motor y vela, y una goleta para pesca de arrastre con el nombre “La Ester”.

¹¹⁵ Las asignaturas de base eran Religión, Moral, Filosofía, Sociología, Psicología, Historia Contemporánea, Economía Política, Geografía, nociones de Medicina, Derecho y técnicas de estudio social.

¹¹⁶ Se reconocía que los problemas sociales de Chile eran diferentes a los de Bélgica, debiendo adaptar los programas y preparación a una realidad social de *standard* de vida inferior al europeo, dice Marcela von Eislande, “por lo que he podido apreciar desde que llegué a Chile en diciembre del año pasado”. La Unión, Valparaíso, 31 de mayo de 1956.

Otra idea fue el Instituto del Mar, a partir de un proyecto presentado por Julio Ruiz Bourgeois cuando servía en la Escuela de Comercio, proyecto de 1956 que apuntaba a trabajar en conjunto con la Universidad de Concepción en aspectos como Transporte Marítimo, Derecho Comercial Marítimo, Pesca, Industria, aprovechamiento de los recursos marítimos y Biología Marina¹¹⁷.

En 1959 se creó la Escuela de Técnicos en Administración Agrícola, carrera inaugurada en 1960, con cuatro años de duración y como paso previo a la creación de la Escuela de Agronomía. La Escuela de Técnicos en Administración Agrícola tenía como objetivo formar profesionales capacitados para dirigir explotaciones agrícolas y ganaderas, administrar fundos, lecherías y otras instalaciones. Para ello obtuvo del Consejo de Fomento e Investigación Agrícola (CONFIN) el Jardín Botánico de Viña del Mar o Parque del Salitre, cedido en comodato a la Universidad Católica de Valparaíso para servir al funcionamiento de dicha Escuela¹¹⁸.

En marzo de 1960 abrió sus puertas la Escuela de Agronomía dependiente del Departamento de Agricultura de la Escuela de Técnicos Agrícolas, o “derivado de dicha Escuela”, como precisa el padre Jorge González. Los alumnos de Agronomía contaban con la hacienda La Palma, de Quillota, que por entonces estaba en manos de la Universidad y dotada de maquinarias.

En síntesis, los avances experimentados por la UCV durante el rectorado del padre Jorge González Förster eran evidentes al iniciarse el año 1961. Si en 1956 contaba con 15 Escuelas distribuidas en 5 Facultades y un Instituto, en 1960 las Escuelas habían aumentado a 21. Se creó el Instituto de Educación Familiar, anexo a la Universidad, y la Escuela de Educadores Familiares.

¹¹⁷ Consejo Superior. Acta de sesión conjunta de los Consejos Universitario y de Administración. Valparaíso, 16 de noviembre de 1956.

¹¹⁸ Cesión del Jardín Botánico a la UCV. La Unión, Valparaíso, 5 de diciembre de 1959.

En 1961, después de diez años de rectorado del padre González, el número de alumnos de la Universidad había subido de 753 en 1951 a 2.335 en 1961, que se refleja en el incremento por cada facultad.

ALUMNADO POR FACULTADES

Facultad	de		1951	1961
		Ciencias Físicas y Matemáticas	73	142
		Arquitectura y Urbanismo	112	154
		Comercio y Ciencias Económicas	150	337
		Filosofía y Educación	73	714
		Ciencias Jurídicas y Sociales	110	327
		Institutos Técnicos	245	661
Totales			763	2.335 ¹¹⁹

De 110 profesores que había en 1951, de ellos 18 *full time*, se pasó a 426 profesores en 1961, de los cuales 68 eran de contrato *full time*, y 97 en 1963, en un total de 532 docentes. De los 2 funcionarios administrativos, las 5 secretarías y los 18 porteros y auxiliares que había en 1951, pasaron a ser 16 de los primeros, 36 de las segundas y 36 de los terceros en 1961, y entre todos, 88 personas en 1963.

Durante el rectorado del padre González se iniciaron también los estudios de perfeccionamiento en universidades extranjeras. En 1959 había 12 profesores y alumnos de la Universidad Católica de Valparaíso en uso de becas concedidas por diversos organismos internacionales. René Chaperó Solar, profesor del Departamento de Inglés, becado por Fullbright en Estados Unidos; Tomás Brummer Asuman, técnico en electricidad, becado en Alemania; Marco Antonio Huesbe Llanos, de la Escuela de Historia, becado en Viena; Elena Chessebrough Romeo, visitadora social, becada en Estados Unidos (beca Fullbright); Manuel Montesinos, de la Escuela de Castellano, becado en España; Alfonso Gómez Lobos, del Departamento de Filosofía, con beca “Spyros

¹¹⁹ Larraín, Hernán S.J.: “Memorandum Universidad Católica de Valparaíso”, (mecanografiado), Valparaíso, 1962, pág. 1.

Typaldos” en Grecia; Silvia Toledo Escobar, de Filosofía y Educación, en Estados Unidos; Ruth Verdejo Duarte, profesora de inglés, becada en Estados Unidos; Gustavo de la Piedra, de la Escuela de Ingeniería Química, enviado por la Empresa Nacional de Petróleos a Estados Unidos; Elena Yubero Cánepa, abogada, becada en España; Jorge Ansted Rojas, abogado, becado en España; Dominique Hachette, de la Escuela de Negocios, becada en Estados Unidos¹²⁰.

Durante el período se crearon diversos organismos de investigación para el desarrollo de las ciencias, porque, además de los ya señalados, a esta etapa pertenecen el Instituto de Estudios Legislativos, el Instituto de Investigaciones Físico-Químicas¹²¹, y el Centro de Estudios Astronómicos de Antofagasta, con el observatorio del Salar El Carmen, que data de 1957, donde se trabajaba en energía solar en el Año Geofísico Internacional¹²². Cuando entregó el cargo al nuevo Rector Hernán Larraín, la Universidad contaba con 32 laboratorios, 18 más que en 1951¹²³.

Pero una de las decisiones más significativas del rectorado del padre Jorge González fue la creación del Bachillerato UCV. Esta prueba sólo se tomaba en la Universidad de Chile, como estatal que era. Hasta entonces nadie había cuestionado los criterios con que se hacían las preguntas sin discutir la excesiva memorización a que estaban sometidos los alumnos. La UCV decidió innovar “de conformidad con las facultades que poseía y de acuerdo con el Estatuto”, y diseñó un nuevo Bachillerato

¹²⁰ Profesores y alumnos de la UCV becados en el extranjero. La Unión, Valparaíso, 3 de mayo de 1959.

¹²¹ Su nombre era Instituto de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, y comprendía las ramas de Química, Física, Metalografía, Electrónica y Pesca. Atendía, además, las consultas de las industrias de la región, de otras partes del país y las de los diversos organismos fiscales y semifiscales. González Förster, Jorge S.J.: *Universidad Católica de Valparaíso...*, pág. 17.

¹²² Consejo Superior. Acta de la sesión del Consejo Universitario. Centro de Estudios Astronómicos. Valparaíso, 1 de julio de 1957. En dicho centro trabajaba un grupo de profesores de Física y Energía Solar.

¹²³ Respecto de este punto, el Rector Larraín hacía la siguiente precisión: “aunque no hay diferencia en el número de talleres, de hecho han existido nuevas dotaciones que no se perciben debido a que algunos de los antiguos se encuentran refundidos”. Larraín, Hernán S.J.: “Memorandum...”, pág. 2.

con los mismos puntajes que el de la Universidad de Chile para que hubiera equivalencia, pero se extendió también para los extranjeros que habían seguido estudios en sus respectivos países o estudiantes chilenos, como los alumnos de la Escuela Naval.

Como era un Bachillerato de una Universidad particular, originó algunas opiniones contrarias y hasta resistencia, pero finalmente el Consejo de Universidades le dio su aprobación¹²⁴.

El Bachillerato aumentó el prestigio de la Universidad Católica de Valparaíso cuando en 1956 comenzó a tomar la prueba por acuerdo de la Facultad de Filosofía y Educación. Se introdujeron las reformas que se estimaron convenientes y “sin duda alguna - dice el Rector Jorge González - constituyeron apreciables mejoras en esta prueba de selección”, tanto que la propia Universidad de Chile las fue incorporando en sus sucesivas reformas al Bachillerato¹²⁵.

Luego, la UCV creó su propio Departamento de Bachillerato, al tiempo que establecía una sede de Bachillerato en Antofagasta, para que fuera más accesible a los estudiantes nortinos y primer paso para crear las “Escuelas Universitarias” en esa ciudad. No obstante, la experiencia en Valparaíso comenzó con pocos alumnos inscritos. A la primera prueba se presentaron sólo 44 candidatos. Pero al cabo de unos años el número de inscritos para rendirla había subido a 344 alumnos en diciembre de 1959, de distintos colegios y liceos de Valparaíso, Viña del Mar y de toda la región, incluso Santiago. En 1960 se tomaron tres pruebas en tres fechas distintas del año: en marzo, en que se presentaron 360 alumnos, de los cuales aprobaron 151; septiembre con 152 inscritos de los que aprobaron 66, y diciembre, en que se presentaron a dar la prueba 624 alumnos. En marzo de 1961 superaba los 600 inscritos, muchos de ellos de distintos puntos del país¹²⁶.

¹²⁴ Garcés, Rodolfo: *Crónica de medio siglo...*, pág. 136.

¹²⁵ González Förster, Jorge S.J: *Universidad Católica de Valparaíso...*, pág. 25.

¹²⁶ *Ibidem*, pág. 26.

El Bachillerato UCV consistía en cuatro pruebas. El objetivo era determinar la capacidad de analizar, relacionar, organizar, sintetizar y expresar adecuadamente; evaluar el nivel de cultura básica y su asimilación; demostrar capacidad de aplicar los principios generales de una determinada área del saber, y probar la capacidad de pensamiento abstracto y conocimiento concreto¹²⁷.

De acuerdo al art. 25 del Estatuto General de la Facultad de Filosofía y Educación, la UCV otorgaba el grado de Bachiller en Humanidades con mención correspondiente en Letras, Matemáticas, Ciencias Físico-Químicas o Biología.

¹²⁷ Universidad Católica de Valparaíso. Facultad de Filosofía y Educación: “Bachillerato”. Reglamento, exploración de pruebas y programas. s/datos de edición, s/f, págs. 5-6.

EL BREVE RECTORADO DEL P. HERNÁN LARRAÍN S.J. PONE FIN AL PERÍODO JESUITA (1961 - 1963)

Perfil de un intelectual

El padre Jorge González Förster debió dejar la Rectoría en 1961 para ocupar el cargo de Rector del Colegio Máximo San José, en Argentina. Su despedida estuvo llena de emociones y afectos. La comunidad universitaria le reconoció su enorme labor concediéndole la condecoración *Virtuti et Merito*, y la ciudad de Valparaíso, a través de la Ilustre Municipalidad, lo nombró Ciudadano Ilustre. Fue despedido con la Avenida Argentina embanderada y su marcha seguida de una larga columna de automóviles, con el Intendente Luis Guevara a la cabeza, caravana que lo acompañó hasta el Santuario de Lo Vásquez.

Con la salida del padre González, dice Abelardo Villavicencio, “se perdió un equipo visionario del quehacer universitario y de empresa con capacidad realizadora”. A su juicio, el cambio de destino del padre González “fue muy lamentable, por el resurgimiento que estaba tomando la Universidad”¹²⁸.

Asumió, entonces, el R.P. Hernán Larraín Acuña, S.J., a los 40 años de edad, de rostro moreno y lentes ahumados. Se había doctorado en psicología en la Universidad de Munich. Cuando se hizo cargo de la Universidad era Director de la Escuela de Psicología de la Universidad Católica de Chile y Director de la “Revista Mensaje” que había fundado el padre Alberto Hurtado, S.J. Era, además, Superior de la Residencia San Roberto Bellarmino, de Santiago, y había sido presidente de FIDE. Cuando se hizo cargo de la Universidad llegó revestido de alto prestigio por sus estudios de psicología y educación y por su participación en congresos en Chile y fuera del país. Sin embargo, parecía que Hernán Larraín no asumió la rectoría con agrado, porque le fue impuesta cuando tenía concentrada toda su actividad en Santiago. Por lo mismo, debió

¹²⁸ Abelardo Villavicencio. Entrevista. Viña del Mar, 13 de julio del 2001.

compartir su tiempo entre Valparaíso y la capital, porque sus obligaciones con la Escuela de Psicología y la Revista Mensaje “le obligaban a viajar algunos días a la semana”.

Su gesto era aparentemente hosco y su expresión ensimismada. Parecía distante y su apertura al otro tropezaba con su reconocida timidez afectiva. Él mismo aceptaba sus limitaciones en este punto: “Nunca he sido especialmente demostrativo - decía - y creo que nunca lo seré”. Desconfiaba de las “amistades demasiado subrayadas y proclamadas” y no le gustaba la gente “superficial y poco auténtica”¹²⁹, tal vez por eso era ajeno a las relaciones sociales.

Enrique Aimone lo recuerda como un Rector “frío y seco”, y Héctor Herrera lo describe “ensimismado, hosco, taciturno... que no sabía apreciar muchas cosas de la vida”. Y sin embargo, “escondía una rica afectividad y calidad humana debido a su formación intelectual y espiritual”. Acogía todo lo valioso del entorno, aunque no lo compartiera¹³⁰. Le interesaba todo lo humano y su espíritu era sin barrera, intelectualmente “brillante”, reconocido por el alto nivel de sus reflexiones, por su originalidad y su capacidad para la creación de pensamiento, y hasta se llega a decir que su nivel “no ha sido igualado por quienes han conducido nuestros 75 años de vida”¹³¹. Era una figura de proyección nacional como orientador social, “catalizador de posiciones encontradas y capacidad de búsqueda de la verdad en la acogida crítica del planteamiento antagónico que no encuentra parangón entre los rectores de otras universidades, salvo contadas excepciones a lo largo de la historia universitaria del país”¹³².

Se le recuerda como conferencista brillante, pluma profunda, clara y valiente, pero también como sacerdote “que por más de quince años estuvo diciendo algo serio y orientador sobre los problemas de Chile y de

¹²⁹ Garcés Troncoso, Pedro; Wörner Olavarría, Carlos H: “El rectorado del P. Hernán Larraín y la identidad de una Universidad Católica”, s.p.i., Valparaíso, 2003, pág. 2.

¹³⁰ Idem.

¹³¹ Ibídem, pág. 1.

¹³² Idem.

nuestra cultura”¹³³. No obstante, y como todo intelectual que quiere decir su verdad, fue controvertido. Reinhard Zorn corrobora el alto nivel intelectual de Larraín: “Creo - dice - que fue el Rector más brillante que tuvo la Universidad”. Cita el caso del barón Wambolt que quiso conocer a la intelectualidad chilena y halló que el padre Larraín era el más destacado de todos.

Formó equipo con Ezequiel Briceño Petersen quien asumió como Vicerrector de Administración y Finanzas. En el orden administrativo, centralizó la planta de secretarías, renovó el material de máquinas de escribir y adquirió el primer vehículo para uso del Rector: un furgón Taunus, color celeste, modelo 1962. En el orden académico estaban activos ocho Institutos de Investigación: el Instituto de Arquitectura y Urbanismo; el de Investigaciones Científicas y Tecnológicas; el de Investigaciones Económicas; el Instituto de Historia Eclesiástica; el Centro de Documentación Pedagógica; el Instituto de Arte Americano; el Instituto de Actualidades Jurídicas y el Instituto de Arqueología, creado bajo su rectorado, a cargo del académico de la Escuela de Historia, el profesor austriaco Julius Spiner, en 1961¹³⁴. En 1962 proyectaba la creación del Instituto de Humanidades para “humanizar” las distintas disciplinas. Su preocupación se centró en la extensión social, en cuanto acción universitaria en los sectores más pobres con el objetivo de formar dirigentes, comunidades, centros de madres, que creía era una tarea inherente a la función de la Universidad Católica, que no debía encerrarse en sí misma, sino irradiar a su entorno. Creó el Centro de Cooperación Social, con participación de todas las Escuelas. No pudo hacer más. Estuvo sólo dos años, al cabo de los cuales regresó a la capital, porque “al padre Larraín le gustaba más la “Revista Mensaje” que la Universidad Católica de Valparaíso”, precisa Enrique Aimone.

¹³³ *Ibidem*, pág. 2.

¹³⁴ Este Instituto, que comenzó sus actividades en 1962, tenía como objetivo realizar investigaciones sobre las altas civilizaciones del Viejo y Nuevo Mundo, de la arqueología prehistórica y la antropología “hasta donde ella se conecte con la arqueología”. Entre sus planes estaba la creación de un Archivo de Cartogramas, según el modelo del *Frobenius Institut* de la Universidad de Francfort, un fichero con nuevas fechas de radiocarbono y un aparato para medir la antigüedad relativa de los hallazgos por medio del método de Fluorescencia”.

Presencia breve, pero dejó huellas intelectuales en algunos académicos más cercanos a él, o al menos, dejó impresiones positivas en quienes lo conocieron más de cerca; impresiones difíciles de olvidar, como cree Fernando Molina y para quien la llegada del padre Larraín a la Universidad significó “cambiarle el giro al padre González”, porque era de aquellos hombres pertenecientes a una generación de jesuitas reclutados por el padre Hurtado. Molina subraya su especialidad de psicoanalista y de tratarse de “un hombre muy inteligente” y con una vasta cultura universal. Según el mismo Molina “era la antípoda del padre González”. Eran dos jesuitas diferentes en estilo. Mientras al padre González se le describe como “cálido, emprendedor, paternalista y conservador”, el padre Larraín era “intelectual, mesurado, participativo y progresista”¹³⁵. Larraín, aunque distinto al padre González, tenía la mejor impresión de él. Lo considera “el gran promotor de la Universidad” y lo describe como hombre de personalidad recia, dinamismo sonriente y contagiosamente optimista que en once años de rectorado hizo la Universidad Católica de Valparaíso¹³⁶.

Si bien el padre Larraín era poco comunicativo y menos sociable, cuando por sociabilidad se entendía relaciones superficiales intrascendentes, muy distinto era cuando tenía la ocasión de compartir sus inquietudes intelectuales. Gustaba del grupo de profesores que se reunían con él a comentar autores de valor universal en prolongadas tertulias enriquecedoras, como se hacían también entre profesores de distintas escuelas y especialidades, cuando las tertulias en casas particulares o en la misma Universidad llenaban de contenido esos años de “pre-reforma”.

Cuenta Molina que lo primero que hizo cuando asumió la Rectoría fue “convidar... a unas reuniones... los días viernes [para hablar de] Dostoiewski. Terminábamos a las tres de la mañana”, recuerda. Por eso, para profesores como Molina, con el Rector Larraín la Universidad “era otra cosa”, porque “este padre trajo otro mundo”, dice.

¹³⁵ Garcés Troncoso, Pedro; Woner Olavarría, Carlos H: “El rectorado...”, pág. 5.

¹³⁶ Declaraciones del R.P. Hernán Larraín Acuña S.J, Rector de la UCV, a raíz del cambio de Dirección de la Universidad, s/p.

“Una verdadera universidad no vive intramuros”

Pero su rectorado fue demasiado breve como para que pudiera concretar todas sus ideas. Su salida tan imprevista dio origen a comentarios, conjeturas, rumores e interpretaciones que intentaban hacer creer que hubo un conflicto entre el Obispado y la Compañía de Jesús. El mismo padre Larraín se encargó de informar a la opinión pública y desvirtuar estas afirmaciones que calificó de “ligeras y aventuradas”. En esa ocasión decía: “La Universidad Católica pertenecía al Obispado, y era natural que con el tiempo el Obispado se hiciese cargo de ella”. En septiembre de ese año [1963] el nuevo provincial de la Compañía de Jesús, R.P. José Aldunate Lyon, comunicó al Sr. Obispo su decisión de “trasladarme a Santiago con el objeto de dedicarme más de lleno a la “Revista Mensaje” y el Centro Bellarmino, obra que nos parece de trascendental importancia”. En su reemplazo como Rector llegaría otro jesuita, pero “asesorado por su consejo de gobierno, el Obispo consideró que había llegado el momento de que el Obispado se hiciese cargo de la Universidad... y volviese a tomar lo que era ‘suyo’ y lo que desde un comienzo se había presupuestado que tendría que tomar algún día”¹³⁷.

Cuando el padre Larraín dejó la Universidad, la población estudiantil era de 2.846 jóvenes, mientras los profesores habían aumentado de 150 en 1952¹³⁸ a 538, de los cuales 97 eran *full time*. El personal administrativo, de oficinas y servicios sumaba 88 personas, y el número de egresados era de 200 por año. Había dos pensionados universitarios, y para los alumnos se había creado un Departamento de Bienestar Estudiantil.

Entre las nuevas Escuelas estaba la de Negocios, gracias a la ayuda de Pedro Ibáñez; la Escuela de Agronomía había pasado a Facultad; la Escuela de Educación Física y la Escuela de Educadores Familiares. En 1962 el Rector Larraín hacía referencia a seis publicaciones vigentes en la

¹³⁷ Idem.

¹³⁸ Ese año 10 eran sacerdotes, de los cuales había 3 jesuitas (además del rector), 3 curas seculares y 3 de los SS.CC.

Universidad¹³⁹. Desde 1960 existía en la Universidad un Departamento de Publicaciones que editaba los Anales, el Boletín Informativo y demás publicaciones, así como la impresión de apuntes a mimeógrafo¹⁴⁰.

En cuanto a edificios, además de la Casa Central, el de Arquitectura y el de la planta pesquera, poseía por entonces los de la Avenida Argentina que habían sido de la Compañía de Tabacos, mientras que en Agua Santa estaban las instalaciones de televisión. Estaba por entregarse la casa donde funcionaría la Escuela de Negocios, gracias a la Fundación Adolfo Ibáñez¹⁴¹.

¹³⁹ Anales de la Universidad Católica de Valparaíso, Boletín Informativo, Boletín Bibliográfico del Centro de Documentación Pedagógica, Boletín Mensual del Instituto de Actualidades Jurídicas, y los Informes del Instituto de Investigaciones Económicas. Larraín Acuña, Hernán S.J.: “Memorandum...”, pág. 6.

¹⁴⁰ Consejo Superior. Acta del Consejo Universitario. Departamento de Publicaciones. Valparaíso, 6 de mayo de 1960.

¹⁴¹ “Declaraciones del R.P. Hernán Larraín Acuña, S.J., Rector de la UCV, a raíz del cambio de Dirección en la Universidad”, s.p.i, s/f.

EXPANSIÓN DEL ESPACIO FÍSICO Y RECURSOS ECONÓMICOS

Casino, gimnasio, salas de laboratorio

La Universidad abrió sus puertas en 1928 con edificio propio, hermoso, amplio y bien dotado de oficinas, salas, talleres y laboratorios, concebido así por su fundador Rafael Ariztía, y complementado con un edificio adyacente destinado al “sostenimiento económico de la Universidad”. El plantel universitario se mantuvo holgado y bien provisto durante los rectorados de Rubén Castro y Malaquías Morales, cuando el alumnado no superaba los 900 estudiantes en 1950.

Desde fines de los años cuarenta comenzó la preocupación por el espacio físico. El amplio patio comprendido entre los dos edificios y concebido para gimnasio, había permanecido sin las acomodaciones necesarias para la práctica de deportes y esparcimiento, hasta las postrimerías del rectorado del padre Malaquías Morales, en que se consiguió la construcción de un formal coliseo deportivo.

La idea comenzó a gestarse en 1944 a propuesta del Centro de Deportes de la Universidad. En esa ocasión se estudiaron el proyecto de Manuel Domínguez y el de Carlos Zalaquett, siendo aprobado éste último en 1946. Para concretarlo se siguió el expediente de reunir fondos mediante un pequeño aumento del valor de la matrícula “pro-construcción del Campo Deportivo Universitario”, en 1947. En 1951, bajo el rectorado del padre Jorge González, estaba concluido y era calificado de “magnífico, con aposentaduras para el público, que comenzó a asistir regularmente a los encuentros de básquetbol y box”.

La construcción del gimnasio, la presencia de deportistas, de público y de estudiantes, explican la existencia del casino anexo al Campo de Deportes, o “casino de don Pancho”, que pasó a ser el lugar más habitual de encuentro de la juventud universitaria. Pero, en la misma medida que aumentaba el número de alumnos, hubo que transformar el

patio central techado, bajo la capilla, en un formal casino o Casino Central, para diferenciarlo del anterior que recibió el nombre de Casino Chico. La obra permitió ampliar también la Biblioteca Central, porque ésta extendió su superficie ocupando el espacio del antiguo Salón de Té¹⁴².

Con estos dos casinos se respondía a las necesidades de sociabilidad juvenil, sobre todo en invierno, y la vida universitaria tuvo un lugar común donde confluían estudiantes de las distintas facultades. El Casino Central o Casino Grande pasó a ser el ámbito más vivo y elocuente del sabor de la cotidianeidad universitaria de los años sesenta, cuando todavía las facultades, a excepción de Arquitectura, estaban concentradas en el edificio de la Universidad.

Así se ganaba en holgura, crecía la interrelación de estudiantes y la vida universitaria se hacía más atractiva. Sin embargo, el espacio físico de las salas se iba haciendo estrecho, notorio ya durante el “período jesuita”, cuando la creación de nuevas carreras y el consiguiente aumento de población estudiantil, pusieron en crisis la capacidad del espacio físico. Cuando se inauguró la Universidad, en 1928, los alumnos propiamente universitarios eran 199. Al reabrirse en 1934 sumaban 189. Desde entonces el crecimiento fue sostenido. En 1939 los alumnos eran 243, en 1941 se registraban 367, 504 en 1944, 748 en 1949¹⁴³. En 1950, todavía en tiempos del Rector Malaquías Morales, el total de alumnos, incluyendo los nocturnos, sumaba 900, siendo 700 los propiamente universitarios, para subir a 1.100 en 1951 bajo el rectorado del padre González, de los cuales 747 eran universitarios, 1.400 en 1956, 1.619 en 1957, 1.718 en 1958 y 2.300 alumnos en 1961. La Facultad de más rápido aumento estudiantil era Filosofía y Educación que de sólo 28 alumnos que tenía en 1951 pasó a 135 en 1952 y a 700 en 1961. Las nuevas carreras con su demanda de oficinas y salas estrecharon el recinto, exigiendo reacomodaciones y expansión a otros ámbitos del mismo edificio y de la

¹⁴² Consejo Superior. Acta de sesión conjunta de los Consejos Universitario y de Administración. Nuevas construcciones. Valparaíso, 2 de enero de 1959.

¹⁴³ Ulloa Rübke, Gonzalo: “Evolución de la Universidad...”.

“casa de rentas”, bajo los rectorados de los padres Jorge González y Hernán Larraín.

Primero fueron las reparaciones, porque la Universidad no estuvo exenta de desastres, como la inundación que afectó al subsuelo en 1950, y que produjo importantes daños en el citado subterráneo. Enrique Aimone recuerda que por entonces “no existía... protección de esas ventanillas casi a ras de la calle [y] se inundó por completo. Fue una de las grandes lluvias y de las grandes inundaciones que ha habido en Valparaíso”¹⁴⁴. Ese mismo año comenzaron las reparaciones, cuando era Rector el Pbro. Malaquías Morales. Se aprovechó de transformar el espacio del amplio subterráneo habilitándolo para salas de clases y, una vez concluidos los trabajos, se destinaron al Instituto Politécnico. El cambio fue significativo. La prensa recordaba en 1951 que el subsuelo había sido hasta entonces un “oscuro sótano” y que ese año, en cambio, se había transformado en 16 salas, 4 salones y 6 talleres, piso de parquet y luz fluorescente. Así se ganaba espacio y se iniciaba un proceso de racionalización de su uso.

Todas las cinco Facultades y sus Escuelas estaban concentradas en un mismo edificio, incluso el Colegio Rubén Castro que comenzó sus actividades ocupando las salas del ahora llamado Instituto de Sub-Ingenieros. Sólo en 1959 se habría de trasladar a la vieja casa situada en Avenida Brasil con Doce de Febrero, a la que se le agregó un segundo piso por acuerdo del Consejo Superior¹⁴⁵. Desde 1952 la Escuela de Arquitectura abandonó el edificio de la Universidad para acomodarse en una casa adquirida en Recreo, con amplia vista al mar, y en los años sesenta la Escuela de Pesca se instaló en la caleta El Membrillo. Con estas primeras escuelas comenzó una etapa de pequeños centros académicos dispersos por la ciudad, y el edificio de la Universidad pasó a ser propiamente la Casa Central.

Pero, las novedades más significativas respecto del espacio físico tuvieron lugar precisamente en la Casa Central durante el rectorado del

¹⁴⁴ Enrique Aimone. Entrevista. Viña del Mar, 3 de mayo del 2002.

¹⁴⁵ Consejo Superior. Acta de sesión conjunta de los Consejos Universitario y de Administración. Nuevas construcciones. Valparaíso, 2 de enero de 1959.

padre González Förster. Las nuevas instalaciones de la Escuela de Ingeniería Química, y Matemáticas y Física, en 1957, exigieron espacio para los modernos equipos recién adquiridos: un evaporador de doble efecto, tipo *kestner*, un generador a vapor, una torre de absorción de gases, un sistema para el estudio de flujos y fluidos, un secador túnel y un aparato de extracción de instrumental anexo. En 1959 se instaló una caldera de tipo industrial adquirida en Estados Unidos destinada a laboratorio de operaciones unitarias de Ingeniería Química. Se situó en el 3^{er} piso y exigió “una gigantesca operación a cargo del personal del puerto con una grúa por calle Doce de Febrero”¹⁴⁶. Por la naturaleza de los estudios y la necesidad de laboratorios, la Escuela de Ingeniería Química siempre requirió de un amplio espacio propio a diferencia de otras facultades que necesitaban más salas de clases que talleres o laboratorios. En la misma Facultad se instaló un laboratorio de radioisotopías, base de las experiencias e investigaciones mineralógicas y nucleares con aplicaciones en medicina, arqueología, industria y agricultura. En el Laboratorio de Física se instaló el de placas nucleares que permitía determinar la cantidad de radio en los minerales de la zona de Valparaíso y norte del país. Con tantos equipos el espacio físico tenía que hacerse estrecho y el rectorado del padre González hizo avances significativos en este sentido y en la dotación de más y modernos equipos, pero también tuvo que sufrir sucesos adversos. El Laboratorio de Química, situado a la altura de Yungay esquina Doce de Febrero, fue destruido por un incendio en octubre de 1961¹⁴⁷, y significó una enorme pérdida científica y económica.

Expansión al edificio de rentas

En 1957 se inició la “invasión” del bloque adyacente, al poner en práctica una idea que en tal sentido aprobara el Consejo Superior en

¹⁴⁶ La Unión, Valparaíso, 12 de mayo de 1959

¹⁴⁷ La causa fue la explosión de una probeta de benceno. Destruyó la totalidad del instrumental y trabajos de investigación que venían realizando profesores y alumnos desde varios años. Inmediatamente se inició una campaña a través de la Cámara de Comercio Minorista de Valparaíso llamando a las instituciones a cooperar en el restablecimiento del laboratorio. La Unión, Valparaíso, 7 de octubre de 1961.

1956¹⁴⁸. Se inauguró el 5° piso del edificio de rentas. Allí se acomodaron 17 salas de clases, 4 oficinas para profesores, con sus baños, y se instalaron los laboratorios de las Escuelas de Biología, Química, Matemática y Electrónica. Tan significativa fue esta expansión que a dicha inauguración asistió el Presidente de la República, Carlos Ibáñez del Campo, acompañado del Ministro de Educación Manuel Quintana Oyarzún. El acto fue televisado por primera vez en Chile con equipos de la Universidad. Las nuevas dependencias tenían 1.800 mts² y exigieron una inversión de 35 millones de pesos¹⁴⁹. Fue idea del padre Raúl Montes. El padre Jorge González pondera mucho esta obra y dice que el 5° piso “dio lugar a nuestra expansión justo cuando nos encontrábamos ahogando. Levantó [el p. Montes] sobre las terrazas la serie de galerías con salas de clases, que tanto han servido después”.

Desde entonces el edificio de rentas estuvo destinado a desaparecer como tal. Cuando en 1961 la Universidad tenía más de 2 mil alumnos diurnos y vespertinos, fue necesario ocupar el 3^{er} piso que estaba destinado a arrendamiento, para acomodar allí la Facultad de Filosofía y Educación. Con esta remodelación, el ex edificio de rentas comenzó a llamarse El Laberinto por sus estrechos pasillos y recovecos, y por Casa Central se entendió ahora, ambos edificios que en 1961, además de salas de clases, oficinas y demás dependencias, contaba con 3 laboratorios y talleres de Física, 4 de Electrónica, 1 de Electricidad, 1 de Físico-Química, 1 de Electroquímica, 1 sala de Mediciones Electroquímica de alta fidelidad, 1 taller para trabajos eléctricos, 3 laboratorios generales de Química Orgánica, 1 laboratorio de Bioquímica, 1 de Biología Marina, 6 de Química industrial, 1 de Operaciones Unitarias, 1 de Investigaciones Químicas, 1 de Metalografía, 1 sala de Metalurgia y Fragua, 1 gran taller de Máquinas Mecánicas, 1 taller de Carpintería, 2 salas de Dibujo

¹⁴⁸ Consejo Superior. Acta de sesión conjunta de los Consejos Universitario y de Administración. Ampliación del edificio de la Universidad. Valparaíso, 21 de diciembre de 1956.

¹⁴⁹ Las dotaciones de materiales y equipos para esta obra fueron financiados con los aportes especiales que concedía la ley 11.575 para adquirir aparatos, libros o instrumentos destinados exclusivamente a las investigaciones que apunten a mejorar la producción del país. Esta ley entró en vigencia en 1956 y por este medio la UCV pudo invertir en laboratorios.

Técnico, 1 laboratorio de Fotografía, 3 laboratorios de Biología, 1 laboratorio de Anatomía, 1 sala de Máquinas de Producción de Electricidad y 1 taller de soplado de vidrio.

El tema de los recursos

Sin embargo, la concentración de facultades, escuelas, talleres y laboratorios en un mismo recinto, no se conciliaba con los modernos conceptos de sedes universitarias. El Rector Jorge González, después de una visita que hiciera, en 1952, a universidades norteamericanas e hispanoamericanas, donde no escatimó tiempo para “ver y preguntar todo lo que podía ser de provecho para la Universidad”, se convenció que había que liberar la vida universitaria de la prisión de su estrechez física. El Rector González pensaba en un *Campus*, más de acuerdo con el concepto que existía en Estados Unidos y Canadá, de modo que las distintas facultades pudieran agruparse en un mismo lugar, pero en distintos edificios, cada uno de acuerdo a las necesidades de cada específica carrera y centros de especialización. “No se concibe - decía en 1952 - que una misma Universidad tenga diseminada sus facultades en diferentes lugares o que éstas se agreguen en un mismo edificio, dentro del radio urbano de la ciudad, aunque este edificio tenga diez o más pisos. Es preciso disponer de campos de deporte, de laboratorios, de un espacio mayor que permita aprovechar las distintas proyecciones que tiene la educación moderna”¹⁵⁰.

Pero eran sólo sueños del Rector, pues la Universidad carecía de recursos para pensar en un *Campus*. Y con mucha dificultad se abría paso arrebatando al edificio de rentas las salas necesarias, acondicionándolas y modificándolas de acuerdo al siempre escaso presupuesto. ¿Cómo se financiaba?. Cuando el padre González asumió la Rectoría, en 1951, las entradas económicas de la Universidad se dividían en tres grupos: 1º, por concepto de pago de matrículas; 2º, por concepto de arriendo de departamentos y locales comerciales situados en el segundo cuerpo del edificio, y 3º, por concepto de donaciones y colecta anual en las iglesias

¹⁵⁰ Entrevista concedida por el Rector de la UCV al diario La Unión. La Unión, Valparaíso, de 6 de noviembre de 1952.

de la Diócesis. Ese mismo año 1951 se agregó un 4º grupo: los recursos provenientes de la hacienda La Palma.

En conjunto, los ingresos eran insuficientes para resolver las urgencias de una Universidad en crecimiento. Las obras de habilitación de salas se hacían y después se buscaban fórmulas para pagar las deudas contraídas. Cuando Enrique Aimone hace recuerdo de este período de expansión física, dice que el padre González “se lanzaba no más y esperaba la Providencia Divina, porque ninguna escuela estaba financiada”. Y, sin embargo, agrega, “uno veía las creaciones del padre González año a año”¹⁵¹.

Cuando la Universidad pudo contar con el producto de la hacienda La Palma, a la muerte de Teresa Brown de Ariztía, en 1951, significó un enorme alivio económico. Desde entonces la hacienda pasó a ser un importante respaldo. A fin de año se comercializaba la producción. Cuando la Universidad pasaba por urgencias económicas y el Rector se preguntaba ¿cómo vamos a salir de esto?. Se le respondía: “Espere un poco padre Jorge: ¡En un mes más vienen las alcachofas!”. Y así era, porque la hacienda La Palma la formaban “un conjunto de potreros que en un solo lienzo alcanzaba a ciento diez cuadras. Y todo íntegro plantado de alcachofas - recuerda el padre González al ser entrevistado por Rodolfo Garcés -. Llegaban los meses de septiembre y siguientes y eso era un platal... era producción que se vendía muy bien... a las alcachofas seguían los tomates, porotos verdes, etc., en grandes cantidades”, dice.

Pero, la hacienda no cubría todos los gastos, y la Rectoría debía buscar otros ingresos, como hacer rendir más los arriendos y matrículas y aprovechar la buena disposición de los bancos, de modo que había que hacer dibujos con el dinero. Eduardo Titus lo graficaba así: “Al padre González lo veo como a esos malabaristas de circo, que tiran una botella para arriba, peloteando la otra y luego la pasan de una mano a otra, de manera que andan dos o tres volando y una o dos en las manos”.

¹⁵¹ Enrique Aimone. Entrevista. Viña del Mar, 13 de mayo del 2002.

Desde la época del Rector Malaquías Morales las dificultades de financiación de la Universidad lo obligaron a recurrir a la ayuda de la comunidad, lo que ejecutó con el respaldo del Obispo Rafael Lira. Por entonces, 1943, el presupuesto de la Universidad era de 1.400.000 pesos y las entradas sólo eran de 700 mil, de los cuales 170 mil pesos correspondían a matrícula¹⁵².

Importaba, entonces, mantener la tradicional “caridad” que había iniciado el padre Morales, es decir, la colecta a beneficio de la Universidad, en cuya tarea participaban los religiosos, curas, directores de colegios y demás instituciones católicas encargadas de contribuir “a la propaganda de esta colecta y su realización”, como decía el Obispo en 1959. En 1960 vino otro apoyo, esta vez de parte del gobierno, al aprobar una subvención de 100 mil pesos para la Universidad Católica de Valparaíso y la Universidad Federico Santa María, gracias a las indicaciones hechas por el diputado Edmundo Eluchans al proyecto del Magisterio. No era todo. El Rector González decidió inteligentemente, que el Consejo Administrativo de la Universidad estuviera integrado por los Gerentes de los principales bancos, como Antonio Ostalé, del Banco Español; David Tortello, del Banco Italiano, y Luis Guevara Ortúzar, del Banco de Crédito e Inversiones. De esta manera, cuando faltaba dinero, el Rector citaba al Consejo y les pedía crédito para resolver las urgencias¹⁵³.

Pero también hubo iniciativas importantes tendentes a crear recursos más estables. La Universidad adquirió la hacienda Pulmahue, formada por los fundos Huiñoco y La Cascada, todos contiguos destinados a obtener de ellos provecho económico mediante la explotación ganadera y maderera. Y por la riqueza maderera, se adquirió,

¹⁵² El Obispo decía: “El extraordinario incremento que ha alcanzado este plantel de educación superior en los quince años de próspera existencia y el cumplimiento de las Leyes Sociales, han obligado a triplicar los gastos de su sostenimiento sin que hayan aumentado los capitales primitivos. Estas consideraciones nos han movido a ordenar que la colecta del próximo domingo en las iglesias de nuestra Diócesis sea parte de nuestra Universidad Católica, lo cual ha sido estimado justísimo y natural por los demás prelados y por las autoridades de la Universidad Católica de Valparaíso”. La Unión, Valparaíso, 5 de mayo de 1943.

¹⁵³ Abelardo Villavicencio. Entrevista. Viña del Mar, 13 de agosto del 2001.

también, San Ignacio de Huinay, con 34 mil hectáreas, situado en el continente al oriente de la Isla de Chiloé.

Con todo, las dificultades económicas acompañaron la vida universitaria durante el período que corre desde su fundación, en 1928, hasta el rectorado del padre Hernán Larraín, en 1962. No era extraño que entre los profesores hubiera incertidumbre sobre si recibirían o no los sueldos cada fin de mes. Wadim Praus, cuando recuerda los años cuarenta, dice que “había épocas... en que se retrasaban [los sueldos] hasta 20 días”¹⁵⁴. El mismo inconveniente en la década siguiente. A veces se producían situaciones muy incómodas, pero ilustrativas de la inseguridad económica que se vivía. A fin de mes “había una fila de personas esperando el sueldo - recuerda Enrique Aimone - y de repente don Humberto Navarro cerraba la ventanilla”, y decía: “no hay [más] plata”. Pero la docencia no se detenía nunca ni se conocían las protestas¹⁵⁵. Refiriéndose a este período, Romolo Trebbi lo califica de “momento heroico de la Universidad sostenida por el entusiasmo enorme que tenía el padre González”¹⁵⁶.

Había que usar el ingenio, a veces la picardía, incluso la gracia. El padre Raúl Montes la usaba con simpatía y la recogemos aquí porque nos permite apreciar una faceta poco conocida de las relaciones cotidianas de las autoridades universitarias con el entorno inmediato. Abelardo Villavicencio recuerda que cuando se inauguró el colegio Rubén Castro, acompañó al padre Montes a comprar una campana para anunciar los recreos. Fueron a la ferretería Dauden, de los Sres. Martínez, ex alumnos del colegio San Ignacio de Santiago. El padre Montes quiso que le mostraran varias, pero las halló chicas. Pidió otra más grande, y después de mucho buscar en las bodegas, le mostraron una que le agradó. Uno de los dueños le preguntó: ¿Cómo quiere pagarla? A lo que el padre Montes le respondió: “Nada de precios. Este es un regalo de ustedes para el nuevo colegio, y la necesito esta tarde para alcanzar a instalarla”. No se discutió la decisión del padre, y la campana llegó al colegio. Villavicencio cuenta

¹⁵⁴ Wadim Praus. Entrevista. Viña del Mar, 20 de marzo del 2002.

¹⁵⁵ Enrique Aimone. Entrevista. Viña del Mar, 13 de mayo del 2002.

¹⁵⁶ Romolo Trebbi del Trevignano. Entrevista. Viña del Mar, 12 de noviembre del 2001.

que enseguida el padre Montes pasó al mercado El Cardonal buscando buena fruta. “Escogió dos cajas de plátanos y se las pidió de regalo para los alumnos que inauguraban su nuevo local. Cuando le aceptaron la petición, les indicó que se las enviaran antes de las 10 de la mañana siguiente al colegio. En otro local del mismo mercado, eligió dos cajones de manzanas grandes, y desafió al dueño para que se las regalara también, ya que su colega del frente le había regalado los plátanos para los niños del colegio, “y usted, - le dijo, - no puede ser menos que su vecino, ¿verdad?”. El frutero le respondió con un alegre ¡así es padre, si son para los niños de su colegio, le regalo las manzanas!”¹⁵⁷.

Hábil era el padre Montes en las cosas pequeñas, así como inteligente en las grandes obras. El padre Jorge González dice de él: “El padre Montes veía debajo del alquitrán en tan complicadas materias. Por eso pudimos salir a flote en muchas situaciones difíciles. Tuvo ojo certero para las compras, las adquisiciones de propiedades que se hicieron y para manejar los fondos de tal manera que pudieran alcanzar y crear el poder”.

Faltaban los recursos, pero “la Universidad crecía como un cáncer”, decía lamentándose el padre Raimundo Barros, según recuerda Marianne Peronard¹⁵⁸. En 1962, en tiempos del Rector Hernán Larraín, la Universidad parecía estar en bancarrota y se llegó a decir que ésta era la razón de la salida de los jesuitas al año siguiente. Y aunque no había relación entre la situación económica de la Universidad y el cambio de Rector, sí era cierto que estaba pasando por una crisis de proporciones, entre otras razones, a causa de que el gobierno no cumplió su promesa de aumentar la subvención estatal. En 1963 la Universidad tenía una deuda de 600 mil escudos.

Si en 1952 los gastos e inversiones alcanzaban a 352.334,84 escudos (21.857.065 pesos de la época), en 1961 había subido a 1.237.396,26 escudos, y en 1962 el presupuesto era de 1.800.000 escudos, aunque el gasto real se había reducido a 1.400 mil escudos, porque “se procuraba que la realidad se impusiera sobre la necesidad”. Por entonces

¹⁵⁷ Abelardo Villavicencio. Entrevista. Viña del Mar, 13 de agosto del 2001.

¹⁵⁸ Peronard, Marianne: “Discurso agradeciendo la calidad de benemérita”, pág. 2.

la Universidad dependía en más de un 70% de la ayuda estatal, que significaba 1.050 mil escudos, mientras que las entradas propias eran de 300 mil escudos. A juicio del Rector Larraín, la congelación de la subvención estatal tenía efectos inmediatos y catastróficos¹⁵⁹.

Dotación de la Biblioteca Central

Cuando se inauguró la Universidad sólo se contaba con una biblioteca incipiente, con pocos libros y sin una sala especialmente acondicionada para ello, hasta 1929 en que se pudo disponer de un espacio diseñado para biblioteca por los ingenieros Springer y Behr, con estanterías y amueblado financiado por Juan Brown, hijo. La decisión nació el mismo día que se rezó la Misa de Réquiem por el fundador de la Universidad, Rafael Ariztía Lyon. En esa ocasión, Juan Brown observó que la sala de la Biblioteca era una amplia dependencia, pero vacía, y al conocer un proyecto fijado en uno de sus pilares, dispuso que la Casa Beye hiciera un amueblado financiado por él, y junto con esto, hizo donación de valiosos libros¹⁶⁰.

Allí se depositaron los volúmenes que habían pertenecido a Carlos Newman, donados también ese mismo año por su esposa Paulina, en homenaje a Rafael Ariztía¹⁶¹. La donación incluía obras de Química, Física, Electricidad, Mecánica, Literatura, Historia y una colección de Diccionarios. En total eran 10 mil libros. La sala amueblada y sus estanterías ya con material de lectura, mereció ser calificada como “la mejor presentada en todo el país”, decía La Unión, y en 1933 reiteraba sus elogios: “Sin exagerar podemos calificar a la biblioteca de la Universidad - decía en abril de ese año - como la más completa que hay en los establecimientos públicos. Posee toda clase de comodidades y está muy bien provista”. Era, efectivamente, hermosa por sus estanterías. Sin embargo, los libros no eran regularmente consultados, por lo que la sala

¹⁵⁹ “Declaraciones del R.P. Hernán Larraín Acuña, S.J., Rector de la UCV, a raíz del cambio de Dirección de la Universidad”.

¹⁶⁰ Garcés, Rodolfo: *Crónica de medio siglo...*, pág. 20

¹⁶¹ Biblioteca de la UCV. La Unión, Valparaíso, 16 de enero de 1929.

de biblioteca carecía de vida estudiantil y así se mantuvo hasta bien entrados los años cincuenta.

Los profesores que llegaron a la Universidad cuando el padre González asumió la Rectoría, reparaban en la soledad y abandono que reinaba en esta sala que había sido concebida para lectura. Tampoco había método alguno de ordenación y clasificación de las obras y suponemos que hubo poco cuidado en la conservación de ellas, de modo que la sala de biblioteca no cumplía su papel, todavía en 1951. Cuando Héctor Herrera llegó a la Universidad en 1952 para servir en la Escuela de Historia, halló la biblioteca “prácticamente vacía”. Dice que “se reducía a algunos libros grandes que seguramente quedaban de la época de la familia Brown”. Agrega que esos mismos libros lamentablemente, desaparecieron. La imagen que presenta es de “uno que otro texto desparramado por los estantes, y que no era una biblioteca real, ni digna de una Universidad”. René Inostroza, que dedicó casi toda su vida a la Biblioteca, la recuerda reducida a una sala “llena de papeles que llegaban de cualquier parte”¹⁶².

Con el rectorado del padre Jorge González se inició una política más seria de dotación de libros y de administración de la Biblioteca. Para ello contrató a Olga Navarro, cuya tarea más urgente era “limpiar y ordenar” lo existente. “Cuando comencé a trabajar - recuerda Olga Navarro - la Biblioteca no existía... era una sala que se ocupaba para conferencias, reuniones, incluso se practicaba la esgrima, ya que era un local amplio, pero lleno de libros que llegaban de alguna forma”. Había libros antiguos, muchos de ellos en alemán y material diverso que llegaba desde otras bibliotecas y que se iba acumulando. “Pero, nunca hubo una selección”, dice refiriéndose a los libros de la actual Sala Monseñor Tagle. Recuerda los “muebles oscuros... mesas negras”, que se pusieron en servicio con los jesuitas, porque antes, esos muebles estuvieron cerrados, “almacenaban papel”, y la Sala no prestaba servicio como Biblioteca¹⁶³. Pero, desde entonces comenzó a adquirir vida estudiantil. Reinhard Zorn recuerda que en 1956 ya tenía “un gran movimiento”, y René Inostroza

¹⁶² René Inostroza y Olga Navarro. Entrevista. Viña del Mar, 27 de agosto del 2001.

¹⁶³ *Ibidem*, 17 de octubre de 1952.

dice que había pasado a ser “estrechísimamente familiar”, y “fuera de duda era el hogar de todos”¹⁶⁴.

En la misma década se recibieron nuevas donaciones y se hicieron las primeras adquisiciones. En 1952 fueron 2.537 libros recibidos de los cuales 29 volúmenes eran de arte y arquitectura, 74 volúmenes de la colección Ebro, 73 de la colección B.A.C., 33 de la colección Panamericana, 118 de la colección Clásicos Castellanos; 74 obras de derecho, 136 de filosofía, 6 de filología, 414 de historia, 74 de matemáticas y física, 6 de obras varias y 20 libros técnicos¹⁶⁵. Para entonces, la biblioteca estaba abierta a todo público y atendía, incluso los domingos en la mañana.

En 1956 contaba con más de 10 mil volúmenes y en 1961 superaba los 45 mil, la mayor parte recibida en el período jesuita y distribuida en la Biblioteca Central y anexas especializadas: Arquitectura, Comercio, Derecho, Pedagogía y carreras científico- técnicas. Entre los libros figuraban los donados por el Ingeniero Eduardo Budge Bernard que había sido consejero de la Universidad desde su fundación y por más de 30 años hasta su fallecimiento. Era una donación importante. La hizo por cláusula testamentaria. René Inostroza, que estuvo a cargo de esa biblioteca desde que se constituyó en Fondo Budge o Sala Budge, contigua a la Biblioteca Central, recuerda que los libros fueron transportados en camiones desde la casa del citado ingeniero en Bellavista esquina Salvador Donoso. Eran 7 mil “registros”, pero no eran todos los libros que poseía Budge. Inostroza precisa: “lo que hay en la Biblioteca Básica... es un tercio de la biblioteca de don Eduardo”, porque el resto de la bibliografía “fue a remate”, al que concurrió Héctor Herrera con el catálogo en mano “y trató de salvar algo” para la Universidad. Lo que finalmente se conserva en la Biblioteca es lo que se pudo escoger antes del remate, a pesar de los deseos de su dueño de hacer una donación íntegra a la Universidad. La selección la hizo principalmente el citado profesor, quien escogió lo mejor, incluso un incunable de 1480. Algunos libros tienen apostillas de puño y letra de

¹⁶⁴ *Ibidem*, 27 de agosto del 2001.

¹⁶⁵ *La Unión*, Valparaíso, 17 de octubre de 1952.

Eduardo Budge. Otros son obras tan escasas que no se encuentran en otras bibliotecas. De ahí también la exquisita riqueza de ese Fondo Budge¹⁶⁶.

Por entonces, el profesor Héctor Herrera hacía esfuerzos por hacer una Biblioteca Central digna. Su meta era formar una biblioteca especializada de Historia, para lo cual recurrió a académicos de esa disciplina para que se interesaran y ayudaran en la adquisición de libros, así como conseguir algunas remesas desde Santiago. Por esta vía se formó una importante biblioteca cuando la Universidad carecía de medios para hacer grandes adquisiciones. Sin embargo, el incremento en volúmenes no iba de la mano con la moderna catalogación. No se contaba con bibliotecólogos. La bibliotecaria, Olga Navarro de Bedoya, preparó un fichero y se hicieron las primeras clasificaciones. Junto a ella trabajó Adriana Arriagada. Así se pudo responder a las consultas de material por los alumnos y académicos. Cuando el profesor Roberto Prudencio se incorporó a la Biblioteca, en 1952, se avanzó algo más para facilitar las consultas, pero la catalogación científica sólo se perfeccionó durante el rectorado de Arturo Zavala.

Se progresaba lenta, pero sostenidamente. En 1960 la Universidad recibió otra donación, esta vez, la de Julio Ruiz Bourgeois, con 173 volúmenes. Luisa Holzmann hizo lo propio con las obras de Voltaire en 95 tomos lujosamente empastados. La Casa de la Cultura Ecuatoriana, de Quito, donó 21 obras de autores de ese país, mientras Marta Vicuña de

¹⁶⁶ Comprende importantes libros de historia, arqueología, cultura, arte, egiptología, prehistoria de América, viajes por Asia, África, Oceanía y América. Entre las obras donadas se encuentran las de Henry Schliemann sobre Troya, las de Perrot sobre Caldea y Asiria, la de Evans sobre Knosos y el Palacio de Minos, la de Carter sobre la tumba de Tutankamon, y otras obras clásicas sobre Egipto de distintos autores. La donación cuenta con la colección más completa de viajeros y catalogada como una de las selecciones más valiosas existentes. Respecto de Chile, fueron donadas las obras completas de José Toribio Medina, la "Historia de Chile" de Barros Arana, y la de Crescente Errázuriz, las obras completas de Amunátegui y las de José Victorino Lastarria. Se cuentan, además, colecciones de antiguas revistas, como "La Estrella de Chile", "El Araucano" y "El Diario Ilustrado". Entre otras rarezas como *Gobierno eclesiástico y unión de los dos cuchillos pontificio y regio*, de Fray Gaspar de Villarroel, publicado en 1783, *Política Indiana*, de Solórzano Pereira, en fin, el "Reglamento y Aranceles para el Comercio Libre de España a Indias".

Merino hizo donación a la Escuela de Derecho de la biblioteca jurídica de su marido, Manuel Merino Ávila, que había sido profesor en la cátedra de Derecho Romano. El total recibido en donación en 1960 fue de 622 volúmenes y el número de las adquiridas sumó 3.633 volúmenes desde que la Rectoría fijó un ítem para tal fin, así como suscripciones de revistas y publicaciones científicas y literarias¹⁶⁷.

En 1961, bajo el rectorado del padre Hernán Larraín, la Embajada de Francia donó 63 volúmenes sobre cultura y civilización francesa. Para entonces, el Vicerrector Académico Raimundo Barros informaba que en los 10 años del rectorado del padre González, la Biblioteca había pasado de 15 mil a 45 mil volúmenes¹⁶⁸, y se conceptuaba como “una verdadera biblioteca”, no sólo por el número de títulos, sino por la calidad de la bibliografía. No es extraño, entonces, que arqueólogos extranjeros quedaran sorprendidos por las 50 obras sobre arqueología chilena que poseía dicha biblioteca, en circunstancias que no esperaban encontrar sino dos o tres títulos. Como anécdota, René Inostroza cuenta que los citados arqueólogos pidieron tomarse una foto con ellas. La riqueza de la biblioteca en estas materias se explica, además, porque ya estaba activo el Centro de Investigaciones Arqueológicas que dirigía el profesor austriaco, Julius Spiner.

Fuera de la Biblioteca Básica, parecido proceso experimentaron las bibliotecas especializadas de Derecho, Química, Pedagogía y Arquitectura.

¹⁶⁷ Abelardo Villavicencio. Entrevista, Viña del Mar, 13 de agosto del 2001.

¹⁶⁸ Recepción del nuevo Rector Hernán Larraín por el Consejo de la Universidad. La Unión, Valparaíso, 16 de diciembre de 1961.

EXTENSIÓN UNIVERSITARIA: DEL SALÓN DE ACTOS A LA TELEVISIÓN.

El Salón de Actos

Desde que se inauguró la Universidad, Valparaíso tuvo una instancia inédita de acceder a los grandes temas de interés intelectual o científico que profesores del plantel o académicos de Santiago, científicos extranjeros y numerosos sacerdotes de distintas órdenes, comenzaron a ofrecer a los alumnos, profesores y público en general, a través de conferencias que regularmente tenían lugar en el Salón de Actos, que comenzó llamándose Salón de Teatro. Organizadas por la Rectoría, por las Facultades, por las cuatro academias, o por las distintas carreras e instituciones y particularmente por la activa Escuela de Negocios, constituyeron desde un principio un medio por el cual la Universidad se hacía extensiva a la comunidad.

Pasaron por el Salón de Actos profesores europeos, hispanoamericanos y estadounidenses especialistas en Filosofía, Teología y Psicología, científicos y técnicos, abogados y literatos, en fin, políticos de prestigio y personalidades mundiales interesados por conocer una Universidad nueva en un país pequeño y distante, como lo hizo Stephen Dugan, Presidente del Instituto Internacional de Educación y representante de la Biblioteca Carnegie, en 1931¹⁶⁹.

El escenario más frecuentado era el gran salón, desde un principio considerado centro de manifestaciones del arte, la cultura y la ciencia, pero también para la exhibición de cine educativo, y escenario de conciertos y audiciones musicales, cuando la Universidad daba sus primeros pasos.

La primera conferencia fue la ofrecida por el entonces ex-diplomático, Diego Dublé Urrutia, el 17 de agosto de 1928 y versó sobre

¹⁶⁹ La Unión, Valparaíso, 4 de agosto de 1931.

“El Trabajo”. Fue el punto de partida de una actividad académica y de difusión que durante los años 30 y 40 estuvo especialmente centrada en temas relacionados con la religión, la moral y formación de la juventud. Una de las primeras sobre estas temáticas fue la que ofreció el Vicerrector, José Luis Castro en 1928 con el título: “Cultura moral de la voluntad”. Pero no faltaban los temas relativos a la mujer y su papel en la sociedad, como las organizadas con el nombre de Semana Femenina, en 1930, ocasión en que se abordaron distintos aspectos sobre la formación de la mujer en diez conferencias a cargo de Elizabet Weber, Monseñor Juan Subercaseaux, Alfredo Barros Errázuriz o Sara Izquierdo de Philippi, entre otros expositores¹⁷⁰.

En ocasiones, el nombre y prestigio del conferencista atraía más público que el que podía albergar el Salón de Actos, como cuando expuso el R.P Laburu S.J. en julio de 1930 sobre “El carácter”, o en junio de 1931 cuando el mismo sacerdote ofreció una conferencia con el título “Orientaciones de la juventud”. Parecida expectación tuvo la presencia del padre Bruno Ibeas, profesor y periodista español muy anunciado por la prensa, que expuso sobre “La raza del porvenir”, el mismo año.

Los temas religiosos se identificaban con la Universidad. El alumnado y público asistentes de formación católica eran, suponemos, regularmente asiduos al Salón de Actos. El Pbro. Alfredo Silva Santiago habló, en 1929, sobre “La piedad de la joven”, tema que resultaba interesante para las mujeres de las diversas organizaciones católicas que había en la ciudad por entonces, lo mismo que “La mujer en la Acción Católica”, que expuso Rafael Edwards en 1930, o la conferencia del padre Luis María Iglesias, invitado por los Jóvenes Católicos del Espíritu Santo en julio de 1931, con el título “La indiferencia religiosa conduce al servilismo, la fe y la religión conducen a la perfección moral”, entre otras muchas sobre temas afines durante el período¹⁷¹.

A veces se presentaban expositores que sobresalían por su elocuencia o por el interés que despertaban los temas ofrecidos, como

¹⁷⁰ Semana Femenina en la UCV. La Unión, Valparaíso, 2 de febrero de 1930.

¹⁷¹ Conferencia en el Salón de la UCV. La Unión, Valparaíso, 3 de julio de 1931.

cuando Jaime Eyzaguirre disertó acerca de sus “Impresiones sobre la vida católica en Europa” en agosto de 1947, o cuando el Dr. Víctor Andrés Belaúnde expuso “Mi vuelta a Dios”, en octubre del mismo año. De pronto conferencistas excepcionales como el citado padre Laburu, que en 1930 concitó tanta atención que fue preciso instalar micrófono y altoparlantes facilitados por la firma Curphey y Jofré Ltda. para que pudiera oír el público que atestaba los pasillos y patios de la Universidad¹⁷².

No siempre se ocupaba el Salón de Actos, y seguramente la respuesta de los alumnos y público porteño no era en toda ocasión, la misma. Algunas conferencias se ofrecían en la sala reservada para biblioteca, actual Sala Monseñor Emilio Tagle, y tal vez en alguna otra. Pero también es cierto que el público culto de Valparaíso tuvo una alternativa, y laica, en la Universidad Federico Santa María, desde los mismos años treinta. La prensa cumplía su papel al anunciar los temas y los expositores. “El Mercurio” y “La Unión” ponían los énfasis según el conferencista y el contenido. Los más concurridos de todo público debieron ser los temas más generales y pintorescos, o los que causaban mayor impacto por ser temas que estaban en primer plano a juzgar por sus títulos. El calendario era relativamente nutrido, y el tema de la guerra mundial despertaba el mayor interés. El padre Juan María Restrepo expuso sobre “La guerra europea a la luz del cristianismo”, en julio de 1940; en junio de 1947, el jesuita alemán Humberto Schick lo hizo sobre “Los efectos materiales de la bomba atómica y sus efectos sobre el orden moral”, que debió haber llamado mucho la atención por haber sido testigo directo, mientras que el Rector de la Universidad de Manila, padre Tomás Tasián, O. P. trató sobre “La realidad de la guerra en Oriente”, en agosto del mismo año, cuando todavía no se disipaban los efectos de la Segunda Guerra Mundial. Desde 1937 no faltaron las conferencias relativas a la España nacionalista, con elogiosas palabras sobre el caudillo Francisco Franco, como el Dr. José Ibáñez, que se refirió a la vida en España y los ideales nacionalistas, el 6 de noviembre de 1937, o la charla que se anunciaba el mismo mes y año ofrecería el Senador Maximiano Errázuriz

¹⁷² La Unión, Valparaíso, 5 de julio de 1930.

sobre la zona ocupada por los nacionalistas, donde se entrevistó con Francisco Franco.

Pero no todas eran exposiciones abiertas al público no universitario, porque las había especializadas y sólo ofrecidas como parte de los programas de las respectivas carreras. El Dr. Walter Brunner, profesor austriaco, disertó sobre “Métodos prácticos de análisis cualitativos inorgánicos” en la Academia de Ingenieros Químicos, en septiembre de 1930¹⁷³, o la ofrecida por el ingeniero Oscar Schimdt: “Máquinas a vapor de corriente continua” en la Academia de Ingeniería Mecánica, en julio de 1931. Conferencias como éstas debieron tener un auditorio limitado a alumnos, profesores de la especialidad y profesionales de la región. Así lo hacían también las cuatro academias de 1930 y 1931, que invitaban a profesores extranjeros especialistas. El Ingeniero Walter Schieferdecker expuso sobre “Centrales Hidroeléctricas Unidas en Europa”, en junio de 1931, o “La glicerina”, tema ofrecido por Humberto Silva, en julio del mismo año. A éstas asistieron profesores y alumnos de Electricidad y de Ingeniería Química.

En cambio uno de los conferencistas más escuchados era el padre Alberto Hurtado, S.J. en los años cuarenta. En 1948 se refirió a los “Movimientos sociales en Europa”, y el mismo año disertó sobre la “Influencia de la Compañía de Jesús en Chile”, tema éste último ofrecido en septiembre de 1949 o “El tipo de hombre al que aspira el marxismo”, que expuso en agosto del mismo año. Sus temáticas, más accesibles a todos, debieron llenar el Salón de Actos, aunque nada dicen las fuentes sobre sus condiciones de oratoria¹⁷⁴.

Los años cuarenta fueron también de temas económicos que despertaban interés entre los universitarios y público en general. Germán Picó Cañas expuso, en noviembre de 1947 sobre la “Corporación de Fomento a la Producción”; Adolfo Ibáñez, por su parte, abordó la

¹⁷³ El Dr. Brunner habló en la Universidad. La Unión, Valparaíso, 2 de septiembre de 1930.

¹⁷⁴ Por entonces el Padre Alberto Hurtado S.J. había publicado tres obras: “¿Es Chile un país católico?”, “Humanismo social” y “El orden social cristiano”.

“Economía nacional”, el mismo año, entre otras relativas a aspectos económicos y comerciales.

Entre los expositores que ocuparon el Salón de Actos y otros lugares de la Universidad, como la Escuela de Derecho, destacan el abogado Luciano Ruiz de Navarro, el Dr. Hugo Vicuña, Horacio Fuentes, el Dr. Ramón Campbell, o Eduardo Frei Montalva. Éste último expuso acerca del “Problema social y económico de América Latina”, en octubre de 1947, Rafael Gandolfo trató sobre la “Filosofía existencialista” en octubre de 1949, o Enrique Wiegand que disertó sobre “La mujer ante el tema de la cultura”, en octubre del mismo año. En fin, pasaron por el Salón de Actos Hipólito Vargas, Luigi Della Valle, entre otros muchos, todos, o casi todos, católicos y conservadores, como Eduardo Cruz Coke que no disertó sobre algún tema político como debería suponerse, sino sobre “San Juan de la Cruz y su experiencia mística”, en diciembre de 1942, y nuevamente en agosto de 1943 cuando expuso sobre “La función social de la familia”.

No estuvieron ausentes conferencistas muy apreciados por sus condiciones histriónicas. Enrique Pascal, por ejemplo, disertó sobre temas tan atractivos como “Paisajes, ciudades y recuerdos” que ofreció en noviembre de 1946, o el que tituló “Cómo se vive hoy en Europa”, que expuso el mismo año y que, por la naturaleza de los temas, suponemos eran muy concurridos, mientras Miguel Cruchaga Tocornal lo hizo sobre “El criterio cristiano frente a la situación actual del Derecho Internacional”, en 1944, cuando la opinión pública seguía expectante del desarrollo de la guerra mundial y se preguntaba sobre el nuevo orden.

En los años cuarenta seguían vigentes los temas relativos a la moral, como venían siendo desde los años veinte y treinta, así como la familia y ahora también las muchas conferencias sobre la Acción Católica. El padre Augusto Salinas disertó sobre “La formación moral en el ambiente del hogar”, en agosto de 1943, Raúl Oliva abordó el tema: “El retorno de los intelectuales a Cristo”, también en agosto de 1943, mientras que el joven estudiante de Derecho, Arturo Zavala, se refirió al “Verdadero dirigente de la Acción Católica”, igualmente en agosto de

1943. Tomás Cox y Javier Lagarrigue, disertaron el mismo año sobre temas afines, cuando la Acción Católica cumplía un papel importante en la Universidad.

En los años cincuenta los temas religiosos compartieron el Salón de Actos con los asuntos políticos más contingentes, y con los económicos, principalmente desde 1955 con la gran actividad que comenzaba a desarrollar la Escuela de Negocios. Las conferencias sobre temas religiosos se centraron en la Compañía de Jesús, que tuvieron importancia durante el rectorado del padre Jorge González, como la ofrecida por Luis Young “La vida del padre Hurtado”, en enero de 1954, o la del padre Gustavo Weigel S.J., que expuso sobre “San Ignacio y el Humanismo Cristiano” en julio de 1956; en fin, la ofrecida por Guillermo Monckeberg acerca de “San Ignacio y su tiempo” el mismo año. Otras eran las organizadas por los Profesionales Católicos de Valparaíso en 1955.

Por entonces, nuevos conferencistas atraían a profesores y alumnos universitarios cuando la Universidad se estaba haciendo más grande y compleja, pero también cuando se discutía sobre universidades particulares y estatales, cerradas o abiertas, temas que venían tratándose desde 1946, principalmente como inquietud de la Federación de Estudiantes, y sobre inquietudes como éstas, expuso el padre Osvaldo Lira acerca de “La naturaleza de la Universidad”, en octubre de 1953. Conferencias como las citadas coexistían con el interés por la política y la economía de Chile y de América Latina, ambos temas capitalizados por la Escuela de Negocios, que para contextualizar su quehacer invitó al historiador Francisco Antonio Encina, en 1956, ocasión en que “un número considerable de estudiantes, que desbordó el Salón de Honor, rindió un cálido homenaje al gran historiador”¹⁷⁵. Pedro Ibáñez ofreció una conferencia con el título “Nuestra inferioridad económica”, abordando el tema con el título de la tesis de Encina, en julio del mismo año, mientras que el propio Francisco Antonio Encina habló sobre “El destino de los pueblos Latino Americanos”.

¹⁷⁵ “25 años de la Escuela de Negocios...”, pág. 31.

A veces, otros conferencistas concitaban la atención de estudiantes y profesores de Derecho o intelectuales de otras disciplinas, como en agosto de 1955, con un ciclo de charlas ofrecidas por Monseñor Paván, psicólogo y asesor económico del Vaticano, o cuando el catedrático peruano Mario Dominici disertó acerca de “La influencia del Derecho Romano en la legislatura contemporánea”, en mayo de 1957, o cuando el profesor Héctor Herrera Cajas expuso sobre “Las relaciones internacionales del Imperio Bizantino”, en noviembre de 1958.

En los años cincuenta hubo otros conocidos conferencistas como el jesuita Pedro Rivadeneira, o el siempre atractivo expositor Enrique Pascal; en fin, Humberto Fuenzalida o Jorge Magasich, entre otros. Pero las conferencias, siendo las actividades más académicas que se podían ofrecer a alumnos, profesores de la Universidad y público en general, no eran, sin embargo, las únicas actividades que se hacían extensivas a la comunidad porteña. Podríamos decir que las conferencias, por generales, descriptivas o pintorescas que fueran, siempre comprometían a sólo una minoría, en circunstancias que la Universidad buscaba vincularse más estrechamente con la ciudad y la región a través de otras alternativas.

Departamento de Extensión Cultural

Entre 1928 y 1951 las diversas actividades todavía no estaban organizadas en un Departamento u Oficina de Extensión con calendario programado de antemano. El diario La Unión, por convenio suscrito con la Universidad, cumplía con el papel de informar al público sobre conferencias, pero especialmente sobre ceremonias religiosas que eran a las que más masivamente asistía el público no universitario. En efecto, desde un principio se celebraban los “días santos” del calendario religioso con misas y procesiones, onomásticos de los Obispos, o el día del Pontífice, pero también aniversarios de los fallecidos fundadores de la Universidad, ocasiones en las que concurrían las más altas personalidades de la ciudad. Una celebración importante era la Exposición de las 40 horas, con triduo eucarístico y procesión del *Corpus*. Participaba el Obispo, el Clero Secular, Regular, las asociaciones católicas no universitarias, como las Marías del Sagrario, y celebrada con gran pompa

en 1948. En el Día del Joven Católico participaban las distintas ramas de la Acción Católica que desde 1945 en adelante expresaba el espíritu renovador de la fe, después de la Segunda Guerra Mundial.

Pero no eran sólo expresiones de religiosidad. La extensión universitaria comprendía cursos libres y presentaciones artísticas. Desde 1946 estaba activo el grupo de teatro de la Universidad que ofrecía actos teatrales para todo público, o el grupo de arte dramático, o el biógrafo de la Universidad, abierto también al público porteño. En 1948 se valoraba la extensión universitaria como una forma de vincular la Casa de Estudios con la ciudad donde estaba inserta, pero se quería enriquecer y ampliar la relación con el medio “mediante la enseñanza” en la cátedra, la tribuna de conferencias y las publicaciones: “el conocimiento de las ciencias, las artes, la industria, la técnica y el comercio, consultando las aspiraciones regionales de su ubicación y las necesidades nacionales”, como se lee en el Prospecto de ese año¹⁷⁶.

Hasta entonces, y a pesar de las conferencias, la Universidad se había desenvuelto esencialmente a intramuros. La vida universitaria no gravitaba en la ciudad al menos con la intensidad que deseaba la opinión pública. Había cautela. Los hechos ocurridos en 1931 que provocaron el cierre de la Universidad estaban presentes en las autoridades que miraban lo externo con excesivo temor por la contaminación política atea, como en tiempos de Malaquías Morales. Pero con los jesuitas se asumió el riesgo, y en los años cincuenta se dieron pasos más significativos para abrir la Universidad a la calle.

Existían los Cursos Libres ofrecidos para todo público y que tuvieron gran aceptación entre los porteños, a ejemplo de lo que ofrecía la Universidad Católica de Santiago, que había tenido éxito con los cursos de Filosofía, Sociología e Historia, que en la capital formaban la Academia de Cursos Libres¹⁷⁷. En Valparaíso no se programó el curso de Apologética que se dictaba en Santiago, aunque éste último nunca se ofreció en la categoría de “libre”, en razón de su complejidad.

¹⁷⁶ Ulloa Rübke, Gonzalo: “Evolución de la Universidad...”, pág. 2.

¹⁷⁷ Revista Universitaria. Universidad Católica de Santiago.

En general, los cursos libres porteños eran el modo más eficaz de comprometerse con el público no universitario, y la única vía posible, por entonces, para llevar la Universidad a todos. Por esta *sui generis* programación, que no la tenía la Universidad de Chile, acudieron por primera vez las mujeres, en gran número, a enriquecer con su presencia libre y espontánea la vida cotidiana de la UCV.

Por experiencias como éstas y por un nuevo concepto de difusión, el Rector González decidió centralizar la extensión universitaria. Se creó el Departamento de Extensión Cultural, encargado de organizar las conferencias, audiciones, cursillos y exhibiciones. Para entonces estaban activos el Conservatorio de Música y la Academia de Bellas Artes. El conservatorio contaba con el decreto del Ministerio de Educación que le daba validez académica. Por su parte, la Academia de Bellas Artes ofrecía la oportunidad de estudiar Pintura y Dibujo Artístico. El teatro universitario, seguía ofreciendo actuaciones públicas, gracias al entusiasmo de sus integrantes, todos, o casi todos, alumnos de la Escuela de Arquitectura.

En 1952 se organizaron los cursos de Cultura Religiosa para todo público, con exposiciones en forma de foro a cargo del padre Juan Enrique Barros, S.J. Las conferencias sobre Teología y Moral eran generalmente vespertinas y ofrecidas por los padres Jorge González, Enrique Pascal, Miguel Iturrate o Raimundo Barros, casi siempre en el Salón de Actos, que ahora preferían llamar Salón de Honor o Aula Magna.

Entre las actividades más concurridas estaban las presentaciones del Coro y Orquesta de Cámara. El Coro se creó en 1954, y en 1961 tenía dos formas: uno era el Coro de Cámara que cantaba *a capella* en los actos de la Universidad, extendiendo sus presentaciones a lo largo de toda la región; y el otro, el Coro Polifónico, que interpretaba las grandes obras acompañado de Orquesta cuando era Director Fernando Rosas. En 1961 la Universidad con su Orquesta de Cámara dirigida por el citado Fernando Rosas, formaron en conjunto con la Universidad Santa María, la Orquesta Interuniversitaria de Valparaíso que, por el número de los componentes y

calidad interpretativa, llegó a tener reconocido prestigio en la región entre el selecto público porteña y viñamarino.

Finalmente, una actividad de extensión importante desde un principio fue mostrar la Universidad a los estudiantes de distintos colegios, a quienes se les invitaba a recorrer sus instalaciones, a conocer sus carreras y planes de estudios, a empaparse del ambiente juvenil, a dialogar con profesores y autoridades¹⁷⁸. Visitas como éstas se programaban todos los años y estaban inscritas dentro de un plan de orientación profesional.

La Televisión

Por esos años, la Universidad se adelantó a los tiempos y asumió el compromiso de usar de la tecnología como un nuevo y moderno medio de extensión cultural: la televisión.

Desde fines de los años cincuenta la televisión fue lo más novedoso que tuvo la Universidad para completar sus actividades de extensión cultural. Fue la primera televisión que salió al aire en Chile. Nació en la Escuela de Electrónica, cuando ésta se propuso estudiar el diseño, cálculo y construcción de una planta emisora¹⁷⁹. El 22 de noviembre de 1956 se hizo la primera demostración televisiva en el Salón de Honor con un equipo importado por la Universidad. Fue en circuito cerrado, pero una novedad en Valparaíso. La prueba se realizó con dos receptores: uno RCA y otro Phillips, y se mostraron “vistas panorámicas captadas desde uno de los balcones [y] a pesar del día nublado, las imágenes aparecieron nítidas y dieron a conocer la maravilla de la ciencia electrónica”, decía con entusiasmo la prensa porteña en noviembre de ese año¹⁸⁰. Ensayos como éstos se repitieron varias veces. Pero, se dio un paso adelante cuando se televisó la conferencia que ofreció Eduardo Frei Montalva a su regreso de un viaje a Estados Unidos, antes que fuera

¹⁷⁸ Una visita de estudio a la Universidad. La Unión, Valparaíso, 9 de agosto de 1930.

¹⁷⁹ Consejo Superior. Acta de la sesión conjunta de los Consejos Universitario y de Administración. Valparaíso, 16 de noviembre de 1956.

¹⁸⁰ La Unión. Valparaíso, 23 de noviembre de 1956.

candidato presidencial. Habló en el Salón de Honor. El padre Jorge González lo recuerda: “El tema era un análisis de Chile frente al concierto de naciones Latinoamericanas. El recinto resultó estrecho. Pero tuvimos la precaución de colocar receptores de televisión en distintas dependencias de la Universidad... mucha gente pudo verlo y escucharlo por circuito cerrado”. La siguiente experiencia fue la del 5 de octubre de 1957 con ocasión de la inauguración del 5° piso de la Universidad y a la que asistió el Presidente de la República, Carlos Ibáñez del Campo.

Esta transmisión fue un significativo paso adelante por cuanto era sin hilos. La prensa decía: “La primera experiencia de televisión a larga distancia, sin hilos, realizada en Chile, se efectuó... en este puerto, al televisarse desde el foco emisor de la Universidad Católica de Valparaíso la ceremonia inaugural del nuevo pabellón de laboratorios científicos y salas de clases de las Escuelas de Biología y Química, Matemáticas y Física, y Electrónica, que fue nítidamente reflejada en una pantalla ubicada a 1.350 metros de distancia en el edificio del diario La Unión, frente a la plaza Victoria, corazón de la ciudad, donde las imágenes fueron captadas exitosamente”. La prensa califica esta experiencia como “el primer y más grande paso de la televisión en Chile, sin hilos y a larga distancia, lo que constituye un augurio promisorio del futuro de la televisión en Chile”, y fue “la auténtica primera emisión de un programa televisivo planificado, ya que además de difundirse a través de la pantalla todas las alternativas del acto inaugural en forma directa, se ofreció a los espectadores material de actualidad especial para televisión”¹⁸¹.

No se podría tener una cabal comprensión de estos pasos pioneros en el país si no se conociera el papel que le cupo a la Escuela de Electrónica, a su Director Carlos Meléndez Infante y al Técnico Amadeo Pascual, cuando en 1959 se procedió a la construcción e instalación de una antena de 20 mts. de alto en la terraza de la Universidad, antena construida por los egresados de Mecánica Alejandro Tena y Juan Silva, y el alumno Alberto Kresse. La mayor parte de los implementos de televisión fueron obra de los alumnos y profesores de Electrónica,

¹⁸¹ La Unión, Valparaíso, 6 de octubre de 1957.

“calculando y construyendo nuestros técnicos tanto el transmisor como las antenas y los diversos aparatos necesario, salvo las cámaras de tipo comercial, que fueron importadas”. Con esto se pudo salir directamente al éter con sistema inalámbrico, con una primera transmisión que cubrió el “plan” de la ciudad, aunque en 1959 todavía en forma experimental. “La emisión radiada desde la Universidad Católica fue captada en una casa situada detrás de la Escuela Naval... en un receptor que llevó e instaló ahí la Escuela de Electrónica”¹⁸². Fue una transmisión tan sencilla que la pantalla no mostró otra cosa que un dibujo con la leyenda “Canal 8”. Luego, en la Casa Central se hizo un pequeño estudio, y el 22 de agosto del mismo año se anunció la inauguración oficial de la primera estación de televisión creada en Chile, cuyo objetivo era transmitir programas dirigidos a colegios, clubes y centros culturales a través de 11 pantallas, aunque no era posible llegar hasta Viña del Mar por impedirlo la topografía¹⁸³. Tan significativa fue esta estación, que para su inauguración asistió el Nuncio Apostólico, Monseñor Opilio Rossi, quien bendijo la planta emisora, y junto a él, asistieron todas las autoridades de la provincia, parlamentarios, consejeros, profesores y amigos de la Universidad, testimoniando la importancia de la obra y su compromiso con la ciudad.

Con este paso, el Canal 8 comenzó a cumplir su cometido con programas de extensión universitaria. El profesor Wadim Praus fue el primero. Dictaba clases con el título “El hombre ante el universo”. Más tarde siguieron otros programas especialmente dirigidos a colegios. Pero, faltaba mucho por hacer. Había que preparar gente. En 1960 se dictó un curso de Producción de Televisión, dirigido por Fernando Álvarez¹⁸⁴, y se inauguraron nuevas cámaras G.P.L. industriales, una de las cuales fue construida en la Escuela de Electrónica. Las posibilidades que ofrecía la

¹⁸² La Unión, Valparaíso, 3 de junio de 1959.

¹⁸³ Consejo Superior. Acta de la sesión del Consejo Universitario. Valparaíso, 10 de julio de 1959.

¹⁸⁴ El curso de televisión estaba destinado a formar personal idóneo para la producción de programas. Era el primero en Chile. Preparaba libretistas, locutores, actores, animadores, coordinadores, maquilladores, luminotécnicos, camarógrafos, sonidistas y escenógrafos.

televisión despertaban interés. Edmundo Favero recuerda cómo se sintió atraído por la televisión: “Yo ingresé el año 1959... a estudiar Pedagogía en Inglés - dice -, y en los primeros días de abril aparecieron unos afiches... sobre televisión,... la importancia que tenía, y que los alumnos se involucraran en el proceso de hacer televisión... Ahí conocí a Sergio Merville y a Oscar Tejeda que eran las dos personas que habían estudiado televisión en Estados Unidos... hicieron clases de producción, de operación de cámara, de instalación de luces”. Los primeros interesados en el canal fueron Wadim Praus, Amadeo Pascual, Edwin Laner y el profesor Cure, recuerda Favero¹⁸⁵.

En fin, así nació el Canal de la Universidad Católica de Valparaíso, y con él, un nuevo concepto de Extensión Cultural Universitaria que se fue consolidando con el tiempo. Al principio salía al aire los días viernes; después dos veces por semana. El padre Jorge González recuerda a Wadim Praus como el pionero: “Comenzó sus difundidas clases de matemáticas, de astronomía, de conocimientos de física del mundo. Eran programas al alcance de personas más o menos cultas. Muy entretenidos”. También recuerda a otros. Dice que los hubo también de biología, con intervención de profesores y alumnos. “Algo vivo, novedoso y atrayente”. Casi toda la programación era educativa. Wadim Praus precisa: “Al comienzo [las transmisiones] duraban dos horas aproximadamente. ‘El hombre ante el universo’ ocupaba media hora. O sea, tenía el veinticinco por ciento de la programación del canal”. Carlos Godoy define el período 1956-1962 como *amateur*. Sólo con ocasión de las transmisiones del Campeonato Mundial de Fútbol de 1962 se hizo un trabajo más profesional, al tiempo que se inauguraba la publicidad¹⁸⁶.

¹⁸⁵ Edmundo Favero, Carlos Godoy y Eduardo Gandulfo. Entrevista. Viña del Mar, 24 de septiembre del 2001.

¹⁸⁶ Sobre los hitos más significativos de la televisión de la UCV, véase: “Historia Televisión Universidad Católica de Valparaíso. Primer canal de Chile, 15 años de televisión”, s/f. Otros aspectos en “Televisión chilena y Canal 4 UCV TV”. Senado Académico, Universidad Católica de Valparaíso. Producción Relaciones Públicas UCV, Valparaíso, mayo de 1970.

Universidad Católica del Norte

La UCV se estaba proyectando fuera de la región ofreciendo Cursos Libres en la ciudad de Antofagasta y abriendo una sede de Bachillerato allí para facilitar a los estudiantes nortinos rendir la prueba sin salir de esa ciudad. Fueron los primeros pasos de un proyecto más ambicioso, como era fundar una verdadera Universidad, sede de la UCV en el Norte.

La ocasión se presentó cuando en 1956 la Sra. Berta González viuda de Astorga ofreció legar su fortuna para la creación de una Universidad Católica en Antofagasta¹⁸⁷. Por entonces se había formado allí un comité ejecutivo pro-Universidad del Norte, fundado en que era una región "en construcción" y, por lo mismo, de inestabilidad poblacional, y que sólo una Universidad en Antofagasta permitiría "un más sólido asentamiento de su gente"¹⁸⁸.

¹⁸⁷ Por no tener descendencia ofreció legar su enorme riqueza a la "Fundación Educacional Alonso Ovalle", persona jurídica y propietaria de las instituciones educacionales de la Compañía de Jesús en Chile (Hasche S., Renato S.J.: *La Universidad del Norte, 1956-1990. Estudio histórico-jurídico*, Arica, 1999, pág. 24). Las propiedades que legó fueron la chacra Estrella o Granja Baja, compuesta por tres porciones: la chacra propiamente tal, la propiedad llamada Casa de Máquinas, y un sitio de 60 x 40 mts. situado en calle Rodríguez de la comuna de La Granja. De su venta se obtendrían los recursos para adquirir los terrenos para la construcción de una Universidad Católica en Antofagasta. Más tarde, por codicilo de 11 de junio de 1958 se precisó que los fundos Santa Gertrudis, Hijueta Sur o Chacayal, Valle de Alico y una parte de la hijuela Los Mayos, no podían ser enajenados o gravados "a fin de que sus rentas sirvieran al mantenimiento de la Universidad del Norte" (Ibídem, pág. 35). Posteriormente, en 1966, hizo donación a la ya fundada Universidad, el predio Hijueta Sur Santa Gertrudis, en Coihueco; el fundo Las Lajuelas, de Chillán; la hijuela Los Rabones (del fundo Las Truchas, de San Fabián), comuna de San Carlos; la hijuela oriente del fundo Valle de Alico, en Coihuco; el fundo Los Mayos (un tercio de él) de San Fabián; tres sitios en población San Ramón, en La Granja; una propiedad en camino Santa Rosa, en La Granja; una propiedad en Granja Baja, La Granja; y la propiedad Casa de Máquinas (Ibídem, pág. 36).

¹⁸⁸ Hasche S., Renato S.J.: *La Universidad del Norte...*, pág. 15.

Hecho el ofrecimiento por parte de la benefactora, se tropezó con un ambiente estatal contrario a las universidades particulares, en una época en que la Universidad de Chile tenía y actuaba con plena autonomía en lo relacionado con la enseñanza superior. Además, las universidades sólo podían crearse por ley, excepto las Escuelas Universitarias. Pero cuando la Universidad de Chile manifestó no tener en sus planes la fundación de una Universidad en el Norte¹⁸⁹, la UCV tomó la decisión de llegar hasta allí y creó las Escuelas Universitarias en junio de 1956¹⁹⁰. El padre González recordaba en 1979 los pasos que se habían dado hasta su concreción en Universidad: “Primero se comenzó por tomar Bachillerato. Luego se dieron cursos de verano que tuvieron gran aceptación. La gente de Antofagasta es notable y tremendamente regionalista. A cualquier cosa le daban bombo y movimiento impresionante. Muy pronto comenzó la estructura universitaria, con algunas escuelas (1957). Estas alcanzaron desarrollo. Y por fin llegó la oportunidad política de que saliera una ley. Fue en la presidencia de Eduardo Frei Montalva.¹⁹¹

Sirvió de base para su financiación la donación de la Sra. Berta González, quien exigió que su fortuna fuera destinada “únicamente para la fundación y mantenimiento en la ciudad de Antofagasta de una Universidad Católica”. A esto se agregó la subvención estatal que recibía la UCV “en atención a los cursos dictados en el Norte”¹⁹², y el 25 de marzo de 1957 se iniciaron las actividades académicas con las escuelas de Pedagogía¹⁹³ e Ingeniería, con una matrícula de 100 alumnos atendidos por 20 docentes. La Escuela de Pedagogía en Filosofía y Letras comprendía el Departamento de Castellano, Inglés y Francés. En 1958 se abrió Pedagogía en Matemáticas y Física, y en 1960 se creó la carrera de Técnico en Industrias Pesqueras. En 1961, Ingeniería se transformó en Escuela de Técnicos Pesqueros¹⁹⁴. Ese año las Escuelas Universitarias

¹⁸⁹ González Förster, Jorge S.J.: *Universidad Católica...*, pág. 31.

¹⁹⁰ Consejo Superior. Sesión conjunta de los Consejos Universitario y de Administración. Universidad Católica de Antofagasta. Valparaíso, 4 de junio de 1956.

¹⁹¹ Garcés, Rodolfo: *Crónica de medio siglo...*, pág. 137.

¹⁹² Hasche S., Renato S.J.: *La Universidad del Norte...*, pág. 25.

¹⁹³ González Förster, Jorge S.J.: *Universidad Católica*, pág. 32.

¹⁹⁴ Idem.

contaban con más de 400 alumnos, sin incluir los cursos de Secretarías Comerciales, Pintura y Artes Aplicadas.

En 1957 se nombró al padre Gerardo Clips Gallo S.J. como Director de las Escuelas Universitarias, quien debía mantener los vínculos con la UCV¹⁹⁵ y los exámenes serían tomados ante comisiones enviadas por ésta última. Se le llamaba “Universidad Católica de Valparaíso, sede Antofagasta”, pero su nombre oficial hasta 1964 era el de “Escuelas Universitarias de Antofagasta”, sin aludir a su condición de sede de la UCV ni a su condición de “Católica”¹⁹⁶.

¹⁹⁵ El nombre de Escuelas Universitarias lo tuvo hasta 1964. Desde esa fecha y una vez obtenida la autonomía legal y el reconocimiento de títulos, pasó a llamarse oficialmente Universidad del Norte, y su Director pasó a ser Rector. Y desde el 11 de marzo de 1990 se llama Universidad Católica del Norte. Hasche S., Renato S.J.: *La Universidad del Norte...*, pág. 21.

¹⁹⁶ Hasche se pregunta: si Berta González asignó sus bienes “únicamente para fundar una Universidad Católica”, si en 1958 se reiteraba lo mismo cuando se compraron los terrenos, si las Escuelas Universitarias dependían académicamente de la UCV, si los fundadores pertenecían a la congregación religiosa jesuita, si el Obispo de Antofagasta debía dar su aprobación para el nombramiento de los Rectores, ¿por qué no se llamó “católica” desde un principio?. Hasche aventura una respuesta: “haberla declarado explícitamente católica significaba... una parcialización del territorio académico y con ello, una exclusión implícita de todo un sector que era considerado o se declaraba ‘laico’, a los cuales también querían ofrecerle sus servicios la nueva universidad”. Hasche S., Renato S.J.: *La Universidad del Norte...*, págs. 20-21.

VIDA UNIVERSITARIA

Acciones de valor religioso

La vida universitaria comenzó teniendo un marcado sello católico. Su esencialidad estaba en la catolicidad y en la enseñanza católica, porque quedó establecido en el acta fundacional que “la educación que se dé en este establecimiento guarde estricta conformidad con las enseñanzas de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana”¹⁹⁷. Era natural que así fuera, y tan marcadamente al principio. Rubén Castro, Rafael Ariztía, Isabel y Teresa Brown así lo quisieron plasmando la creación de la Universidad “que por ser ellos acedrados católicos, católica debía ser”, dice Enrique Pascal, y agrega que el matrimonio de Rafael y Teresa “fue el camino misterioso de la Providencia” para dar a la ciudad una Universidad Católica, y providencial también la creación de la Diócesis porteña en 1925. Se sentía la presencia de los sacerdotes y el alumnado giraba en torno a la capilla cuando las clases comenzaban con un “Padrenuestro” y un respetuoso “Buenos días” al profesor. No todos los estudiantes eran católicos practicantes, pero el ambiente espiritual y los rituales de la Iglesia creaban la atmósfera necesaria que respiraban todos en los años fundantes de la Universidad Católica de Valparaíso. El lema *Credo et Laboro* sintetiza el quehacer de la Casa de Estudios que contemplaba la asignatura de Cultura Religiosa en todos los cursos de las distintas facultades¹⁹⁸.

Los jóvenes se organizaban en asociaciones y centros católicos. En 1928 estaban activos los Socios del Sagrado Corazón de Jesús¹⁹⁹, creado por el Rector Rubén Castro y formado por los alumnos obreros. Activa

¹⁹⁷ Acta de constitución de la Fundación Isabel Caces de Brown ante el notario de Valparaíso Santiago Godoy Prevost. Valparaíso, 6 de agosto de 1924, pág. 1.

¹⁹⁸ “En conformidad al canon 1373 del Código de Derecho Canónico, la Universidad Católica de Valparaíso mantendrá los cursos de Cultura Religiosa en todos los años de sus facultades y mantendrá, también, las clases de Religión y Moral en los cursos de Marina Mercante, en los cursos generales y en los de carácter técnico industrial”. Universidad Católica de Valparaíso: *Prospecto*, 1940, pág. 11.

¹⁹⁹ Desde la colocación de la primera piedra se declararon patronos de la Universidad Católica de Valparaíso el Sagrado Corazón de Jesús y la Santísima Virgen del Carmen.

también estaba la Congregación de Caballeros Marianos, fundada por el mismo Rubén Castro con profesores y amigos de la Universidad, y la Asociación de la Juventud Católica²⁰⁰. Era, efectivamente una Universidad Católica por sus acciones dotadas de valor religioso, como siguió siendo en los años cuarenta, cuando ser estudiante de la Universidad era, en cierto modo, sinónimo de Acción Católica.

En los años cuarenta sobresalía la Organización de Universitarios Católicos, y cada carrera de las diferentes facultades tenía su Centro de Acción Católica, con su día de celebración, como era el Día del Joven Católico, en que se expresaba el espíritu cristiano de los militantes de la A.C., con el joven Arturo Zavala como presidente diocesano. Actos como estos en la Capilla de la Universidad se describen como “espectáculos inolvidables” por su contenido espiritual, la oración, la Eucaristía y el Evangelio²⁰¹, mientras que el Centro de Acción Católica Femenina, la Asociación de Madres Cristianas y las Hijas de María, sin ser todas universitarias, se vinculaban a la Universidad Católica a través del Obispado de Valparaíso.

Se celebraba el Día del Sagrado Corazón, patrono de la Universidad, celebración que desde 1928 estuvo a cargo de los alumnos obreros de los Cursos Nocturnos. Festividades sencillas, pero significativas: misas en la capilla, desayuno de chocolate que preparaban y servían los mismos alumnos, y representaciones piadosas en el Salón de Actos. Ezequiel Briceño recuerda las misas mensuales al patrono: “Era impresionante ver - dice - cómo la Capilla se hacía estrecha los primeros viernes del mes, destinados a la veneración del patrono de la Universidad, en la misa que llegó a ser tradicional”.

²⁰⁰ Era secretario de esta asociación, Enrique León Bourgeois, nombrado por el Obispo en 1930. El directorio estaba dividido en comisiones encargadas de recorrer las diversas parroquias y conventos a fin de estudiar la posibilidad de fundar Centros de Juventud Católica. En 1930 había siete centros. El directorio organizaba festividades, conferencias y asistía a las concentraciones de la Juventud Católica que se celebraban en el país. La Unión, Valparaíso, 15 de junio de 1930.

²⁰¹ La Unión, Valparaíso, 16 de agosto de 1943.

La Acción Católica Universitaria era visible, activa y comprometida a través de reuniones y concentraciones. Estaba dirigida por personas de gran calidad espiritual, como el padre Santos, Fernando Jara Viancos o Eugenio Cornejo, cuando Arturo Zavala era destacado integrante de la rama de los jóvenes en los años cuarenta. El padre Enrique Pascal tiene buen recuerdo de la obra espiritual de esa organización en los tiempos del Rector Malaquías Morales, quien trabajaba ejemplarmente en ese sentido y buscaba entre sus miembros alumnos con vocación sacerdotal. “Cazaba vocaciones como quien caza mariposas“, dice en entrevista que le hiciera Rodolfo Garcés.

Había compromiso con la Iglesia, o se notaba más, y compromiso con los valores e ideales católicos. El Obispo Rafael Lira Infante definía a la Universidad como “el último refugio del espíritu libre en tiempos donde predominan regímenes que ahogan por completo la libertad”, decía refiriéndose a los oscuros días de la guerra mundial. Creía que de esta Universidad “habrían de salir los forjadores del mundo de mañana, de aquel modo que se aproxima y cuyas incógnitas se plantean tanto para los de fuera de nuestra Universidad”²⁰².

Antes, en 1934, los alumnos hacían homenaje al Corazón de Jesús, en respuesta a la acción antirreligiosa de las organizaciones ateas, como en la Rusia “sin Dios”. Y en 1949, la Federación de Estudiantes de Valparaíso protestó contra los ataques y persecuciones contra la religión cristiana por parte de los gobiernos sometidos a las dictaduras marxistas en Europa. El mismo año los estudiantes de Derecho de la UCV respondieron el intento de establecer el divorcio con disolución de vínculo. Eran tiempos del catolicismo activo, como en 1944, cuando los jóvenes de la Acción Católica sentían que tenían algo que decir sobre la sociedad, la moralidad, la justicia, sobre el presente y el futuro, especialmente en los tiempos infaustos de la Segunda Guerra Mundial, cuando la humanidad vivía años inciertos. La prensa porteña recoge un discurso pronunciado el “Día del Universitario Católico”, en mayo de 1944, que retrata el sentir de los jóvenes: “Estamos - decía el orador - en

²⁰² El Obispo Rafael Lira Infante. La Unión, Valparaíso, 13 de mayo de 1944.

la más difícil etapa de la Historia. Participamos en transformaciones cuyo alcance no podemos calcular. Pero nos corresponde una misión en ella, somos una juventud que no quiere ver transcurrir el tiempo sin dejar huella, sin que de nuestro paso no quede ni el recuerdo. Queremos hacer de nuestra Universidad, de nuestra patria, de nuestro mundo, algo grande, noble y digno. Cada uno de nosotros tiene frente a frente el porvenir. Hagamos de nuestra vida lo que queramos que sea. Labremos con el esfuerzo, el trabajo, la lucha, el combate, el triunfo. Lo construiremos con el desinterés, la generosidad, el ímpetu, la inteligencia y el carácter. La forjaremos con nuestro espíritu y nuestra capacidad. Una vida se construye en torno a un ideal. Y nuestra época ha sido una época sin ideales, o con mezquinos, pequeños, débiles ideales”²⁰³.

El compromiso con la catolicidad fue la característica identitaria de la Universidad desde que abrió sus puertas, cuando sus congéneres laicas eran consideradas “frías” y “ateas”. Primero, con el Rector Rubén Castro como guía espiritual y consejero de tantos alumnos que llegaron a estudiar y se sintieron atraídos por la fe, pero también asumiendo el compromiso político con el Partido Conservador, porque Rubén Castro creía imprescindible orientar la acción de sus feligreses en esa dirección, como todo discípulo del padre Gilberto Fuenzalida Guzmán. Era, además, seguidor de Monseñor Joaquín Larraín Gandarillas, que restauró el Seminario de Santiago y fundó la Universidad Católica de la capital, y seguidor también del Pbro. Blas Cañas Calvo, que fundó la Casa de María y el Patrocinio San José. Todos, además, influyeron en Rubén Castro en el fomento de los oficios entre los obreros²⁰⁴. No es extraño, entonces, que con los Cursos Nocturnos se haya querido rescatar a la clase obrera, que estaba “expuesta a derrumbarse por el precipicio de la anarquía y el

²⁰³ La Unión, Valparaíso, 17 de mayo de 1944. La Acción Católica hablaba el lenguaje de la fe y no de política. Cuando en 1940 se celebró la Convención Nacional de Estudiantes Católicos y se abordó el tema “Acción Católica y Política”, se planteó “la primacía de la Acción Católica sobre la acción política”; que “el deber del universitario era formarse en la Acción Católica antes que trabajar en la política”, y “la necesidad de que ante los problemas universitarios se tome, no posiciones políticas, sino filosóficas o profesionales”. Convención Nacional de Estudiantes Católicos. La Unión, Valparaíso, 15 de julio de 1940.

²⁰⁴ Araneda Bravo, Fidel: “Rubén Castro...”, págs 9 y 12.

comunismo”, por falta del apoyo moral. Ahora la Universidad les ofrecía el alimento necesario para su desarrollo espiritual²⁰⁵, y el propio Rubén Castro hacía clases o dictaba conferencias sobre temas morales orientados a “formar un criterio ético en cada individuo a todas las inclinaciones malsanas o nefastas que en él ya habían podido pretender... y así es como puede verse cada semana reunidos ante el altar la casi totalidad de los 1.200 alumnos”²⁰⁶.

Luego, el Rector Malaquías Morales, que veía en cada muchacho la esperanza de una vocación; y después, el Rector Jorge González en los años cincuenta, con sus misas dominicales a capilla llena, renovando y revitalizando la cruzada. Podría decirse que para la Universidad no bastaba que los alumnos fuesen católicos, “porque por propia inclinación los estudiantes lo eran sacramentalmente”, dice el padre González. Pero quería un compromiso mayor de los jóvenes para hacer de la Universidad un templo. En efecto, cuando el profesor Héctor Herrera quiere dar cuenta del período del Rector González, lo define como el de “la Universidad fundamentalmente religiosa... por la selección del personal que había sido traído al profesorado, y por la importancia que se le había dado a las clases de Cultura Religiosa y a la vida litúrgica”.

En esto de la vida litúrgica, gustaban las demostraciones pías del Día del Patrono de la Universidad, como era la procesión del Sagrado Corazón, dignificada por la presencia del Obispo y con la participación de sacerdotes, profesores, alumnos y familiares, cuyo cortejo recorría los claustros. El cuadro era muy vivo y revelador de lo que era la vida universitaria por entonces. El ambiente de respeto, “el cadencioso rodar de sus guirnaldas se diluye en el fondo oscuro de sus corredores... el eco de los cánticos y rezos en la capilla se derrama fresco y lozano por todos los pisos... Una muchedumbre de niños, mujeres y profesores, decanos y consejeros avanza por los corredores... La oración ardiente de unos cirios empuñados por frescas manos juveniles; la alabanza gloriosa de unas voces firmes que cantan a Jesús; el armonioso trinar de los sacros tintinábulo; todo nos embarga el alma y nos sobrecoge el corazón”, decía

²⁰⁵ La Unión, Valparaíso, 11 de julio de 1928.

²⁰⁶ La Unión, Valparaíso, 30 de agosto de 1928.

la prensa²⁰⁷. En 1934 “más de mil alumnos” participaron en la procesión eucarística que recorrió los patios de la Universidad encabezada por la Cruz Alta y ciriales seguida de todos los alumnos y, al final, el Clero transportando cirios. Claustros vestidos de gala, banderas, guirnaldas y flores derramadas por el camino, perfume de los incensarios, almas florecidas con las plegarias y los cánticos sagrados. Así era la Universidad el día del Santísimo Sacramento²⁰⁸.

Para la fiesta del *Corpus* de 1942, la procesión era presidida por el Obispo, acompañado de diáconos y subdiáconos, y en pos de ellos los alumnos de la Escuela Nocturna, seguidos por los Cursos Generales vespertinos, luego los Cursos Industriales Técnicos, más atrás los Cursos Libres, los alumnos de Comercio, los de Arquitectura e Ingeniería Química. Al final, los caballeros, jóvenes visitantes y el cuerpo de profesores de la Universidad. Era un espectáculo que expresaba muy bien lo que era una Universidad Católica²⁰⁹. Para la fiesta del *Corpus* se avanzaba rezando y cantando, encabezada por Monseñor Rafael Lira portando la custodia. Cada escuela preparaba su homenaje representativo de la carrera con motivos artísticos y piadosos, y tres altares, uno en cada piso. La procesión era recibida por los alumnos de la Facultad de Química, “con un trono de luces y flores, de retortas, tubos de ensayos y alambiques”²¹⁰; bajaba al subterráneo donde era recibida por los Cursos Técnicos que expresaban lo suyo echando a andar los tornos y máquinas para rendir culto al Sagrado Corazón con un ruido ensordecedor. Hacia 1951 era ya una tradición, a pesar de haber tenido algunas interrupciones. Pero el ruido de máquinas no gustó al Rector Hernán Larraín y la tradicional procesión fue suspendida en 1962. El bullicio del subterráneo era un contraste con las visitas que se hacían a la hacienda La Palma, donde estaba la Casa de Ejercicios Espirituales. Allí se vivía un ambiente de silencio que invitaba a la meditación.

²⁰⁷ La Unión, Valparaíso, 11 de julio de 1928.

²⁰⁸ Alumnos de la UCV y su devoción por el Santísimo Sacramento. La Unión, Valparaíso, 12 de julio de 1934.

²⁰⁹ Solemne fiesta del *Corpus* en la UCV. La Unión, Valparaíso, 27 de junio de 1942.

²¹⁰ La Unión, Valparaíso, 11 de julio de 1943.

Cuando en 1945 se formó la Asociación de Universitarios Católicos (AUC), se iniciaron las Jornadas Iglesia-Universidad, que fomentaban el sentido de la formación católica universitaria. En los años cincuenta esta Asociación estaba en su esplendor, dice el padre Sapunar, destacando la presencia del padre Santos, - que más tarde, en 1955, se irá a Valdivia como Obispo - mientras el trabajo de Fernando Jara, junto a sacerdotes como Ricardo Rothkegel, Carlos Camus y Sergio Contreras, era testimonio de la gran importancia que había alcanzado la AUC y las expresiones de catolicidad en la Universidad²¹¹.

Las expresivas demostraciones pías se fueron haciendo menos explícitas con el tiempo. El contexto nacional era también otro en la frontera de los años cincuenta y sesenta, cuando la secularización marcaba la vida cotidiana. La Universidad iba en camino del pluralismo, aunque el catolicismo era todavía gravitante en tiempos de Enrique Pascal, cuando decía: “Si ya la palabra Universidad implica la vastedad del saber humano, el calificativo de ‘católica’ redobla su universalidad”²¹².

La Universidad se definía como católica y jesuita. Los padres de la Compañía la enriquecieron espiritualmente, pero a principios de los sesenta el Rector Larraín advertía que la confesionalidad era tan adjetiva que no era más que “una etiqueta añadida al quehacer científico, es decir, catolicidad reducida a los cursos de Cultura Religiosa, a modo de parche con riesgo de ser la cenicienta de los estudiantes”²¹³. Por eso el Rector Larraín quería recuperar y robustecer el papel de confesional, porque las universidades católicas - decía - se definen por su trascendencia religiosa “que llama a encarnar a Cristo en las diversas culturas, en las distintas épocas, en las razas, en los pueblos, en las profesiones y en la trascendencia axiológica que invita a revestir la materia de espíritu, y por tanto, de sentido”²¹⁴. En la vida académica, la misión de la Universidad es la educación intelectual y la Iglesia la ayuda a cumplir tal misión, dice el Cardenal Juan Enrique Newman, por ende, la Iglesia sigue siendo

²¹¹ Padre Jorge Sapunar: Entrevista. Viña del Mar, 22 de octubre del 2001.

²¹² Pascal, Enrique: *Discurso conmemorativo...*, pág. 18.

²¹³ Garcés Troncoso, Pedro; Worner Olavarría, Carlos H.: *El rectorado...*, pág. 3.

²¹⁴ Idem.

necesaria para esa integridad”. Pero la semana destinada a recordar el aniversario de la encíclica *Rerum Novarum* con diversas conferencias, no despertó el interés de los alumnos en 1961²¹⁵.

Sin embargo, la vida universitaria no era sólo fe católica, tampoco la Universidad era estrictamente confesional, excepto para quienes ejercían la autoridad, porque éstos sí debían estar en comunión con la Iglesia. Monseñor Jorge Bosagna dice que las universidades católicas son “por definición confesionales”, pero “detrás de esa confesionalidad no implica una unilateralidad en la presentación de la verdad”. La UCV nació teniendo un sello confesional en el sentido de la inspiración de la docencia y el tipo de profesional que se quería formar con los valores y los principios católicos. No obstante, la catolicidad no era condición exigida a los alumnos que postulaban a la Universidad. Hacia 1960 la tendencia era de progresiva secularización, como lo advertía el profesor Héctor Herrera, lamentando la pérdida del espíritu cristiano. Ese año exhortaba “a emprender con mayor empeño y mayor solicitud... una campaña para la restauración del espíritu universitario”, esto es, que el deber de la Universidad era formar especialistas en todos los campos de las ciencias, pero “dotados de principios cristianos”²¹⁶.

Desde otro punto de vista, tampoco la juventud era tan numerosa en los años fundantes, ni tan joven, ni tan homogénea. La distinción entre carreras universitarias y cursos técnicos, separaba a estudiantes diurnos, vespertinos y nocturnos. Los primeros, pocos y jóvenes, los segundos, muchos y de todas edades. No había vida universitaria en común, ni espacios comunes de interacción, tampoco elementos identitarios comunes, excepto el edificio, el Rector y la catolicidad, que sin ser obligatoria, era el vínculo de unión por medio de la liturgia y sus hitos de significación religiosa en el calendario anual, especialmente el día del Patrono, en que los alumnos obreros representaban el papel principal. Diurnos y nocturnos tuvieron actitudes diferentes frente a la Rectoría en

²¹⁵ Consejo Superior. Sesión conjunta de los Consejos Superior y Administrativo. Encíclica *Rerum Novarum*. Valparaíso, 2 de junio de 1961.

²¹⁶ Clase inaugural Temporada Académica de Verano. La Unión, Valparaíso, 19 de enero de 1960.

los años cruciales de 1931 a 1933. Los primeros eran jóvenes idealistas, los segundos ya enfrentaban la vida con su trabajo diario, y como ellos decían, “miraban la vida frente a frente”, como obreros que eran. “Nosotros los nocturnos estamos muy contentos y los del día descontentos... nosotros sabemos lo que es la vida y ellos lo ignoran”, decía el obrero Ricardo Morales en 1931²¹⁷. Cuando la Universidad adoptó el lema *Credo et Laboro*, lo hizo pensando en el primitivo Politécnico.

En los años cuarenta se formó la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso (FEUC-V), gestionaron la personalidad jurídica y se pusieron como meta “unir lazos cada vez más estrechos con todos los universitarios de la provincia e intercambiar ideas sobre los diferentes problemas del estudiantado universitario”. En esa ocasión, la FEUC-V incorporó a los estudiantes nocturnos, cuando era presidente Juan Andueza, aunque la genuina Universidad siguió siendo la diurna, la de carreras propiamente profesionales y la que nutría las estadísticas con alguna significación.

El “buen natural” del universitario porteño

La Universidad diurna era todavía demasiado pequeña. Una población estudiantil de 300, 400 ó 600 alumnos según épocas, hacía que la vida fuera como en familia y mucho más en cada escuela o facultad, donde se daba el pequeño mundo y los profesores compartían con los estudiantes. En esa Universidad el Rector era visible y asequible, porque acostumbraba a pasearse por los pasillos, visitaba las salas de clases u ordenaba personalmente esto o aquello, como lo hacía el padre Malaquías Morales con su vozarrón, según lo recuerda Ezequiel Briceño. En una Universidad tan pequeña e íntima se comprende que se celebrara el onomástico del Rector, ocasión a la que asistían las más connotadas personalidades de la región, el aniversario del fallecimiento de Isabel Caces de Brown, el de Rafael Ariztía y el de Rubén Castro, en los años treinta, con misas y visitas al cementerio, con romería de alumnos diurnos

²¹⁷ Carta del alumno Ricardo Morales a Ezequiel Briceño. La Unión, 1 de septiembre de 1931.

y nocturnos, así como amigos de la Universidad. No podía dar otra impresión que la de un colegio secundario, como lo veía el padre Enrique Pascal cuando todavía enseñaba en la Escuela de Leyes de los Sagrados Corazones, y así era, efectivamente, al compararla con la Universidad de Chile. Y, al igual que los colegios, los alumnos de la UCV usaban un gorrito distintivo, común en los años treinta, cuando el padre Rector no sólo identificaba a cada uno de los estudiantes, sino conocía a sus padres y mantenía contacto con ellos. En una Universidad a escala tan humana, el personal de servicio era reconocido por sus nombres, lo mismo que el mayordomo por su papel.

El primer mayordomo que hubo fue Ezequiel Briceño, en 1928. Ganaba cien pesos mensuales cuando era, al mismo tiempo, alumno de Química. Recuerda que el Rector lo despertaba temprano para ayudarlo en la misa. Luego desayunaban juntos y se encargaba de su obligación que era dejar todo el personal en movimiento. A las 8³⁰ suspendía sus labores y entraba a clases. “Todo era entonces, plácido, tranquilo”, apunta Briceño al ser entrevistado por Rodolfo Garcés. El régimen era escolar. Las clases comenzaban a las 8³⁰ para terminar a las 12³⁰; se reiniciaban a las 14²⁵ para concluir a las 18⁰⁰ y dejar la Universidad a los nocturnos que terminaban a las 21⁰⁵ ó 22⁰⁰ horas. Se estudiaba de lunes a viernes. Los sábados quedaban reservados para los cursos politécnicos y vespertinos.

Universidad pequeña y casi ajena durante los años veinte y treinta, porque parecía una ciudadela defendida por sus murallas de las acechanzas del mundo exterior. Era para la ciudad, pero sin la ciudad. Se vinculaba con ella sólo a través de ciertos canales, como las conferencias, el teatro, el cine y sobre todo, por la fe católica y los rituales de los días santos de la Iglesia, pero se protegía de las influencias políticas y sociales anticlericales, y de las ideologías ateas de izquierda. En cierto modo, una isla que, sin embargo, no pudo impedir fuera asediada en 1931, en momentos de extrema excitación política durante el Gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, y el Rector Rubén Castro tomó la única medida posible por entonces: la expulsión de un alumno, con las consecuencias ya conocidas después de las encendidas protestas contra una Rectoría considerada autoritaria. Así se alteró la tranquila existencia, y el Rector

Rubén Castro cerró herméticamente la Casa de Estudios para defenderla de la intromisión política. Dos años la mantuvo así, excepto para los alumnos obreros nocturnos.

Cuando se reabrió en 1934, lo hizo con su tradicional ritmo y vida lenta, católica y familiar, pero con autoridades enérgicamente contrarias a intromisiones de organismos externos en tiempos del Rector Malaquías Morales, quien continuó con la política de vida intramuros instaurada por Rubén Castro.

No obstante, la vida estudiantil iba tomando un ligero, pero significativo cariz diferente. Positivo, desde luego, porque en los años cuarenta hubo un momento en que pasó de estudiantes varones a alumnado mixto, cambiando agradablemente su rostro. En 1928 había sólo hombres. En 1938 se registró una alumna en Arquitectura, pero no concluyó sus estudios. Hubo otros casos aislados, como Mafalda Bertetti o Juana Zecchino, entre otras, en el curso de Contadores, en 1940. Después otras ingresaron a Arquitectura y Derecho, y fue posible por las múltiples peticiones que llegaron al Rector Malaquías Morales y que éste aprobó en 1947 con una nota explicativa dirigida a los descendientes de los fundadores informándoles de “la nueva modalidad impuesta en la Universidad referente a la admisión de señoritas”²¹⁸. En 1948 la población femenina sumaba 44 estudiantes. Fueron estas mujeres las que hicieron de la Universidad un ámbito más atractivo que antes, aunque también es cierto que su presencia provocó “toda suerte de conjeturas”. El profesor Wadim Praus, testigo de este episodio, recuerda las dudas que había entre los estudiantes varones sobre la capacidad de las estudiantes de aprobar las asignaturas: “Cruzábamos apuestas - dice - sobre si serían o no capaces de terminar los cursos”. Eran tan pocas y tan visibles que se recuerdan sus nombres. A Ingeniería Química ingresaron Luz Ostalé y Cecilia Barra. Fueron las primeras en graduarse. La tercera fue Valeria Ramírez Olguín.

²¹⁸ Consejo Superior. Sesión conjunta de los Consejos Universitario y de Administración celebrada el 15 de enero de 1947, f. 7. Desde antes se admitían alumnas en la Facultad de Comercio y Ciencias Económicas, y algunas seguían la carrera de Leyes en la Escuela Fiscal de Derecho. La Unión, Valparaíso, 17 de enero de 1947.

Obviamente, los padres estaban muy atentos a que por las mujeres no se alterase el orden tradicional. Ezequiel Briceño recuerda un caso bochornoso, al menos para una Universidad tan conservadora como lo era la UCV por entonces. Dice que “cierto día una alumna no identificada, tuvo un accidente muy femenino: se le fueron los puntos de las medias. Seguramente para no continuar el resto del día mal presentada a vista de todos, optó por ir a uno de los baños, se las quitó y las dejó en un rincón. A la mañana siguiente apareció don Malaquías Morales en la clase donde había más alumnas. Estaba que echaba chispas. Levantó una de las medias para que todos pudieran verla y exclamó con enojada ironía: ¡Esto es lo que pasa por admitir mujeres en la Universidad!”.

Eran las primeras, cuando las carreras universitarias parecían diseñadas sólo para varones. Poco después, las mujeres irrumpieron en mayor número invadiendo las Pedagogías, y, al final, toda una Escuela fue programada para ellas al crearse Servicio Social en 1956. Para entonces, la Universidad era decididamente otra. Estaba graciosamente decorada por las mujeres que asistían a clases con vestidos y de tacos. Con ellas la vida estudiantil tenía que ser más interesante y agradable. Las originarias de otras ciudades preferían residir en hogares universitarios, como el pensionado de las Monjas Teresianas, activo desde 1953. Generalmente, llegaban acompañadas de sus padres, quienes, con todas las recomendaciones del caso las dejaban al cuidado de las monjas, o en “casas de familia”. Con el tiempo, la Universidad se transformó en un matriarcado, apunta Wadim Praus.

Para los estudiantes varones había dos pensionados pertenecientes a la Universidad. A éstos no podían ingresar las mujeres ni siquiera de visita. Su Director era el padre Raimundo Barros en los años cincuenta, y de quien el profesor Carlos Ramírez Rojas escribió un sentido recuerdo como homenaje a tan humano sacerdote que marcó una época en la Universidad y dejó huellas imborrables en sus alumnos²¹⁹. El pensionado del padre Barros, que después lo dirigió el padre Alonso Vergara, estaba en el mismo edificio de la Universidad, con el nombre Rubén Castro, y

²¹⁹ Ramírez Sánchez, Carlos: “El padre Barros: un educador apasionado” (mecanografiado), Viña del Mar, 1995.

que fue proyectado en sus orígenes por Rafael Ariztía para residencia de los Hermanos Maristas. Tenía capacidad para 18 alumnos en los años cincuenta, y como era estrecho para tanta demanda, se abrió otro con el nombre San Ignacio, en calle Eusebio Lillo, cerca de la iglesia jesuita, y acondicionado para 30 alumnos.

Todos los residentes eran provincianos, incluso un buen número de viñamarinos. Éstos y aquellos formaban un grupo relativamente homogéneo. Sólo que en ocasiones, los ex alumnos de los Padres Franceses de Viña del Mar intentaban marcar diferencias. Tampoco estaban ausentes las naturales rivalidades entre ambos pensionados. El padre Jorge González tiene buen recuerdo de estos alumnos, porque "... llegadas las fiestas se alegraban y unían - dice refiriéndose a los dos pensionados -. Cantaban, se disfrazaban, hacían comparsas y comunicaban mucho ambiente. Además, los que llegaban a primer año encontraban alumnos de sus mismas carreras que estaban ya en cursos superiores y que constituían apoyo y orientación eficaces. Se convertían en verdaderos tutores, los protegían e instaban a seguir adelante. Esto mejoró los resultados de los estudios", dice.

Era un pequeño mundo dentro de la vida universitaria, y los que pasaron por el pensionado Rubén Castro lo recuerdan con agrado porque era "muy especial", como dice René Inostroza, quien, entre otras cosas, subraya su comodidad: "Era un lujo estar allí: cama, comedor, hasta peluquería y biblioteca, todo a mano en el edificio". Y buen ambiente, porque se compartía con estudiantes de distintas carreras en un intercambio enriquecedor y porque se disfrutaba de las fiestas, aunque éstas no podían pasarse de las 11 de la noche. El padre Barros les ponía término y conducía a los alumnos a la Capilla para agradecer a Dios por el esparcimiento. El mismo control para las salidas al cine o a fiestas fuera del pensionado. "Cuando regresábamos - dice Inostroza - nos dirigíamos a la puerta [de la habitación del padre Barros] para decirle que habíamos llegado"²²⁰.

²²⁰ René Inostroza. Entrevista, Viña del Mar, 23 de julio del 2001.

Hacia 1957 la población estudiantil universitaria era de 600 alumnos y se podría decir que ya colmaban patios y pasillos que eran los lugares tradicionales de encuentro, cuando aún no se contaba con un formal casino. Antes, en los años cuarenta, había un pequeño local de venta de emparedados situado en la Sala de Biblioteca, con asientos para 15 personas, según recuerda Wadim Praus, y en los cincuenta, un pequeño casino contiguo al gimnasio, o Casino de Don Pancho, el sitio más concurrido y transformado en lugar de estar, incluso los domingos en la mañana, después de misa, antes que el Casino Grande viniera a disputarle la preferencia de los estudiantes.

Tiempos ordenados, medidos, respetuosos, y más provincianos, porque los alumnos mostraban algunas sutiles diferencias respecto del estudiante capitalino. El porteño parecía más reservado y algo más responsable; vivía en un ambiente universitario donde todos se conocían, como se conocía en persona al Rector y demás autoridades, cuando a fines de los cuarenta todas las carreras estaban concentradas en el mismo edificio, y la vida estudiantil se caracterizaba por el sentido de curso y de carrera, como el recuerdo que de la Escuela de Derecho hace el padre Pascal. La llama “pequeña comunidad” y dice que allí se vivía “con pasión vinculatoria y participante”. Y se notaba un espíritu de grupo bien plasmado. Al hacer el recuento de los 80 años de la carrera de Derecho que había comenzado con el Curso de Leyes de los Sagrados Corazones, el padre Pascal decía: “Su historia es la historia de una familia, de un hogar”. Y creía que así debía seguir siendo siempre. El respeto y los afectos a los profesores se exteriorizaba en determinadas fechas, como en octubre de 1953, en que la Escuela de Derecho celebró 59 años de existencia desde que fuera creada en los SS.CC. En esa ocasión se rindió homenaje al padre Eduardo Lobos, que encarnaba “la tradición de este curso”, y reconocido como “querido director”²²¹, y nuevamente en mayo de 1958 cuando se le homenajeó por sus 36 años en la dirección de la Escuela. Entonces, por razones de salud, entregó el cargo al nuevo

²²¹ Homenaje al R.P. Eduardo Lobos. La Unión, Valparaíso, 13 de octubre de 1953.

Director R.P. Renato Vio Valdivieso, SS.CC²²². Profesores como los de Derecho crearon escuelas distintivas en el contexto nacional.

En una Universidad como ésta se estudiaba mejor y se solidarizaba más. Enrique Pascal repasa en el ambiente propicio: “Todo giraba en estos patios, en estas salas”. Y cada carrera con su lugar y su quehacer. Los arquitectos dibujaban, los químicos “producían olores”. Cuando el profesor Héctor Herrera llegó desde la Universidad de Chile, en 1952, para integrarse al cuerpo docente de la nueva Escuela de Historia, reparó en este mejor ambiente y en la mejor disposición de los alumnos porteños respecto de los santiaguinos: “como seguí haciendo clases en Santiago - dice - notaba esa clara diferencia entre lo que era el alumno de Valparaíso y el de la capital”. Y precisa: “El de allá, demasiado distraído, sujeto a más incitaciones ambientales. En cambio, el porteño, más concentrado, conciente de lo decisivo que era el estudio y con sentido de dar prestigio a la Universidad”. Recuerda con agrado ese aspecto, lo mismo que “el espíritu de compañerismo notable en todo universitario”. Pero también más inocente, como se podía apreciar en las celebraciones de aniversario de las distintas carreras con sencillos actos musicales y literarios en los años treinta y cuarenta que con mesura provinciana reflejaban “el espíritu universitario chancero y alegre” de los *tea-danzant* y *dinner-danzant*, éstas últimas, reuniones sociales de mayor pretensión a las que se invitaba a señoritas y que solían hacerse en el Astur Hotel o en el Club de Viña del Mar. Eran tiempos del conjunto de teatro de la Universidad con Celestino Solari y su activa participación en los distintos actos a lo largo del año en las Escuelas y Salón de Honor, como la famosa presentación “El médico a palos” y “El avaro”, o la comedia “Knock” o “El triunfo de la medicina”, muy celebradas por el público²²³, y época del coro que Wadim Praus recuerda con tanto agrado: “Nos sentíamos orgullosos - dice - porque quienes cantábamos éramos alumnos de Arquitectura”. Los años cuarenta tenían ese rostro que era como, “la primavera” en la historia de la Universidad, anota Enrique Pascal, porque eran “las horas del comienzo”, y porque en primavera “la vida es un poco más hermosa”.

²²² Homenaje al padre Eduardo Lobos y cambio de mando en la Escuela de Derecho. La Unión, Valparaíso, 21 de mayo de 1958.

²²³ La Unión, Valparaíso, 24 de agosto de 1943.

Quizá un ambiente demasiado tranquilo para quien llegaba desde la capital y había conocido una vida universitaria de mayor extraversión. Comparada con la euforia santiaguina, la UCV era un pequeño mundo de espíritus más pasivos que activos, a veces casi contemplativos. Cuando el padre Jorge González asumió como Rector en 1951, notó que hacía falta una vida más intensa, “un ambiente juvenil alegre, que tenga vida propia y... sabor juvenil”, porque, a excepción de determinadas fechas del calendario anual con actos y ceremonias académicas y religiosas en que cada escuela se expresaba a su modo, no había una instancia estudiantil en que toda la Universidad se viera comprometida. Sólo la celebración de los 25 años, en 1953, tuvo las dimensiones de una verdadera fiesta en que todos, alumnos y profesores, estuvieron comprometidos: carnavales, misas, presencia del Nuncio de Su Santidad²²⁴.

En ocasiones, todos los alumnos de la distintas carreras y sus profesores se unían para demostrar su solidaridad como Universidad Católica de Valparaíso frente a hechos infaustos, como lo hicieron en 1960 en ayuda de los damnificados del terremoto del sur. Salieron a pedir erogaciones recogiendo la suma de 4.344.903 pesos y casi mil sacos, cajones, combustible, ropas, zapatos, medicamentos y materiales de construcción, mientras la Escuela de Arquitectura se comprometía en la reconstrucción especialmente de iglesias y capillas. Los profesores, ayudantes, personal administrativo y obreros donaron un día de su sueldo a favor de los damnificados. Eran decisiones explosivas que sacaban a todos de su callada rutina.

Los hitos de la vida estudiantil a lo largo de la carrera, es decir, los momentos de significación, simbolizados en ceremoniales comunes a toda Universidad occidental, estaba en ésta más estrechamente ligado a la fe y a los afectos personales. Eran hitos significativos. Comenzaba con la entrevista que se acostumbraba con el Rector al momento de postular a la

²²⁴ Las festividades se desarrollaron entre el 5 y 12 de octubre. Para ello se designó una comisión especial. La celebración fue “grandiosa” e incluía carnaval, reina, bailes, campeonatos deportivos, paseo veneciano en la bahía. La municipalidad porteña ofreció un homenaje a la Universidad. La Unión, Valparaíso, 22 de septiembre, 6, 8 y 9 de octubre de 1953.

Universidad. A veces se iba acompañado de los padres y se debía responder las preguntas que hacía el Rector: colegio, ciudad de origen, edad, familia, religión, aptitudes para seguir la carrera elegida. Eran conversaciones informales, hospitalarias, cariñosas. Importaba, sí, pertenecer a una familia bien constituida. Sin embargo, la fe católica no era una exigencia que debía cumplirse rigurosamente. El Rector Malaquías Morales pasó por alto que la madre de Wadim Praus fuera ortodoxa, según recuerda el citado profesor.

“Mechones” y egresados

Era el primer contacto con la Universidad cuando se postulaba con nombre, apellido, y rostro, y no sólo con el puntaje del Bachillerato. La costumbre de la entrevista con el Rector se fue disipando con el tiempo para dar paso a un más frío e impersonal ingreso a la Universidad. Los viejos profesores recuerdan con nostalgia los tiempos más humanos de la entrevista, que algunos prefieren llamar “recepción gratificante”, porque el padre Rector daba ánimo a los que venían desde lejos, como lo hacía el padre Jorge González con su actitud “paternal”.

Luego, ya alumno, con el nombre y apellido anotado en una lista hecha a “máquina” que se guardaba en la secretaría de la facultad, era recibido por la Universidad en una formal ceremonia de bienvenida que se hacía en el Salón de Actos donde el coro cantaba Salve Regina y se pronunciaban discursos muy serios y llenos de contenido. Era la recepción oficial cuando todavía los “mechones” no se conocían entre sí, porque se hacía antes de ser recibidos por sus compañeros de carrera.

La bienvenida en las respectivas escuelas, en cambio, era menos rígida. Cada carrera hacia el recibimiento a su manera. En la de Química se combinaban los discursos formales y graves con los actos teatrales y festivos, incluyendo la “ceremonia del bautizo” que tenía variadas formas: La tradicional charla muy científica en su forma y llena de dislates en su contenido, preparada con tiempo por un alumno de curso superior, era complementada con la “ceremonia de invocación a los dioses”, para finalizar con el “juramento de ingreso” que se exigía a los “mechones” y

las consiguientes bromas que los alumnos de segundo año hacían a los de primero y que éstos debían soportar. En 1944 la “invocación a los dioses” fue calificada de “graciosísima”, el “juramento de ingreso” se hizo con “preceptos divertidos”, mientras que el “bautizo” consistió en marcarlos “con una cruz preparada con sustancias inofensivas”, pero que permanecían indeleblemente señaladas por lo menos durante una semana. La ceremonia terminaba con el “coro de los ángeles” improvisado por los alumnos de la Facultad, que interpretaba diversas canciones en tono divertido y alegre²²⁵. Así se ingresaba a la Universidad. Cuando lo hicieron las primeras mujeres, no se sabía cómo actuar con ellas: no estaba en la tradición.

Al final de la carrera, la Ceremonia de Egreso tenía lugar en el Salón de Honor junto con la entrega de diplomas, y era muy formal y emotiva por la presencia del Rector, autoridades universitarias, profesores, alumnos egresados y familiares. En los años cuarenta, el Juramento de Egreso era el momento central de la Ceremonia y se acostumbraba con los arquitectos e ingenieros químicos. “En seguida se procedió a la distribución de los títulos, que fueron entregados entre grandes aclamaciones del público - dice la prensa - y, a continuación, a medida que subían al proscenio los agraciados con la máxima distinción universitaria, hacían la presentación y juramento tradicional ante el Rector”²²⁶. En 1943 consistía en responder afirmativamente la fórmula juramental tomada por el Rector, mientras los nuevos profesionales ponían la mano derecha sobre el texto de las Sagradas Escrituras²²⁷. En 1944 se juraba ante Dios, Jesucristo, Doctrina Cristiana, Santos Sacramentos y Madre Santísima. Ese año el Rector, al referirse a este juramento, dijo: “Con esto os encontraréis en una atadura para siempre y en esa veneración hacia la Madre de Dios, no viviréis nunca huérfanos de vuestra propia fe; mirad que lleváis una sagrada misión profesional que cumplir con dignidad y esfuerzo como una honra para la Madre Universidad que os acaba de formar para la vida. Esto que habéis hecho

²²⁵ Bienvenida a los alumnos de la Facultad de Ingeniería Química. La Unión, Valparaíso, 13 de mayo de 1944.

²²⁶ Entrega de títulos a nuevos profesionales. La Unión, Valparaíso, 17 de mayo de 1944.

²²⁷ La Unión, Valparaíso, 9 de septiembre de 1943.

parece un inocente juramento, pero no; es una sabia y agradable ligadura que sabréis respetar y enaltecer”.

La Ceremonia de Egreso era no sólo significativa en cuanto acto de despedida de la Universidad para comenzar el ejercicio profesional, sino un importante acontecimiento social. Desde luego que las señoritas, que ya eran numerosas en los años cincuenta, lo hacían con vestido largo, porque la ceremonia era de “muchu pompa”, y los varones lucían trajes de acuerdo a las circunstancias. El marco de público, con autoridades universitarias y de la ciudad, profesores y familiares, daba realce al acto, y una vez concluido, se procedía a las tradicionales bromas entre egresados, como el corte de corbatas. La fiesta final solía hacerse en el Hotel Astur, como era costumbre de los Ingenieros Químicos en los años cuarenta, o en el Club Español, como solían hacerlo los de Derecho. Y espontáneamente, se abrió el registro de ex alumnos de la Universidad, que data de 1936, cuyo objetivo era practicar deportes y hacer excursiones, pero también “la protección mutua” y el progreso intelectual y cultural²²⁸, hasta que en 1961 se fundó oficialmente la Asociación de Ex-Alumnos, cuando la UCV cumplía 33 años, bajo el rectorado del R.P. Jorge González Forster. Pero cada escuela tenía desde antiguo su Asociación de Egresados, como el caso de los contadores.

²²⁸ Asociación de alumnos y ex alumnos de la Universidad Católica. La Unión, Valparaíso, 23 de enero de 1936.

IDEA DE UNIVERSIDAD EN LOS TIEMPOS DEL “CONVIVIO”

Idea de Universidad

La Universidad Católica de Valparaíso nació como técnica y comercial, por lo tanto, circunscrita al campo del saber práctico. Con Ingeniería Química en 1937, pasó a ser, con propiedad, una Universidad Científico-Técnica. Ése fue su génesis y ésa su identidad durante la década de los cuarenta, coherente con los deseos de sus fundadores y con las necesidades de una ciudad definida como industrial y comercial. Con esto se cumplía el art.1º de los Estatutos de la Universidad, en cuanto que su objetivo primario era la difusión y adelanto de la ciencia y la enseñanza científica superior, comenzando como industrial y comercial con objetivos regionales. Por la naturaleza de su quehacer estaba, en sus comienzos, más cerca de los Institutos Profesionales de Artes y Oficios, como los que existían en Europa. Eran tiempos de ensayos. Además de las clases, los profesores se organizaban en academias para discutir, analizar y aportar conocimientos. Eran las Academias de Estudio de las Facultades de Matemáticas y Ciencias Aplicadas, y de Comercio y Ciencias Económicas, activas en 1930 y 1931, muy valoradas por sus proyecciones, en cuanto apuntaban a completar los conocimientos de los alumnos de los terceros años de la Universidad, en la profundización de diversas teorías científicas, en los aspectos nuevos que requieren las industrias, el comercio, etc.

Como técnica también nació la Universidad Federico Santa María, en 1929, conservando inmutable lo esencial de su contenido, mientras que la Universidad Católica incorporaba el campo de las humanidades en los años cuarenta, al crear la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, en 1947, y la Facultad de Filosofía y Letras, en 1949. Desde entonces, la UCV se definió como científico-técnica y humanista, incrementando el número de carreras en ambas direcciones.

Cuando la Compañía de Jesús se hizo cargo de la Universidad en 1951, asumió como tarea mantener el equilibrio armónico entre ambas vertientes representadas por las carreras científico-técnicas, por una parte, y las humanísticas, por otra. Una Universidad de contenido dual, como se analizó también en el Congreso Internacional de Universidades Católicas celebrado en Río de Janeiro en 1960²²⁹, que propiciaba “el diálogo de las ciencias y el humanismo” y de técnica con humanismo, reiterado en el Congreso Internacional de Universidades, celebrado en México el mismo año, ocasión en que se trató “la integración de ciencias y humanidades en la educación actual”²³⁰.

El padre Jorge González explicaba en 1961 que la Universidad es “un organismo vivo arraigado en la cultura que se nutre de las ciencias y de las artes, elevándolas en un todo, que da sus frutos en fecundidad productora, y en solaz de reposo para el espíritu, ansioso de verdad infinita”. Y precisaba: “La Universidad es a la vez humanística y técnica, sin que exista conflicto en esta aparente contradicción”. Sobre esto último decía: “Habéis oído tal vez declamar en contra del humanismo por considerarlo estéril y adormecedor, en un siglo de urgentes necesidades materiales y de progreso científico vertiginoso. Y sin duda habéis oído también condenar los excesos de un tecnicismo materialista, incubado en la más tremenda de las barbaries; la barbarie del cientista deshumanizado”. Al definir a la Universidad Católica de Valparaíso como el ámbito donde se cultivan ambas esferas del saber, señalaba: “La Universidad os invita a una formación humanística y técnica a la vez, porque ni el humanismo es un inútil lujo de contemplación estética, ni el tecnicismo es una mecanización de la facultad de pensar y crear al servicio de una mejor productividad”. Se buscaba el equilibrio entre ambos campos del saber bajo la inspiración de la fe católica. Por entonces, las humanidades estaban dando pasos importantes con la creación de la carrera de Historia y Geografía en 1952, sumándose a Castellano y

²²⁹ Consejo Superior. Sesión del Consejo Universitario. Congreso Internacional de Universidades Católicas de Río de Janeiro. Valparaíso, 2 de septiembre de 1960.

²³⁰ Consejo Superior. Sesión conjunta de los Consejos Universitario y de Administración. Congreso Internacional de Universidades celebrado en México. Valparaíso, 28 de octubre de 1960.

Filosofía, ya existentes desde 1949. Por su formación en el campo de lo espiritual, el padre Jorge González no podía dejar de expresar su admiración por las ciencias humanas, reconociendo su valor en la Universidad. La formación humanística, decía, “busca la verdad sin desfallecer; ama la belleza sin embriagarse; realiza la justicia sin claudicaciones. Enamorado del bien, de la verdad y de la belleza, las busca con ansias pero sin prisa; las posee sin miedo y las comparte sin envidia”.

Para el padre González. “en la concepción cristiana que inspira a nuestra Universidad, la ruta del progreso de la técnica debe ir jalonando los pasos de la ascensión gozosa y ardua a la vez, del espíritu, que se purifica al afinar el cántaro de barro que lo encierra”²³¹.

Es con el Rector Hernán Larraín cuando la Universidad quiere subrayar su vocación humanista. “La ciencia y la técnica no agotan la misión de la Universidad”, dice, y “sin su misión de fuente de auténtica cultura, pierde el carácter de Universidad y reniega de su vocación profunda”. Lo explica así: “La cultura como sistema de valores objetivos orienta la vida de un pueblo” y en ella deben tener cabida “las interrogantes e inquietudes humanas. El hombre no es sólo ciencia y técnica. El hombre se pregunta por la verdad: el bien, la justicia, la belleza, Dios”. Una verdadera Universidad “debe incluir el cultivo del arte, la ética, la filosofía, la teología. Sin ellas la Universidad es amputada”²³².

Hubo un momento en que parecía que la Universidad estaba siendo más humanista que científico-técnica, alterando el equilibrio, por lo que más tarde, ya en el período de la Reforma, los científicos exigirían a la Rectoría “un lugar para la ciencia”. No obstante, se habían dado pasos significativos también en este sentido al fortalecer las carreras de Biología, Física, Matemáticas y Química, y al contratar profesores con Doctorado, como Francisco Garrido, de gran influencia científica en

²³¹ Discurso del Rector R.P. Jorge González en el día de la titulación de profesionales. La Unión, Valparaíso, 8 de abril de 1961.

²³² Garcés Troncoso, Pedro; Worner Olavarría, Carlos H: “El rectorado... “, pág. 3.

Ingeniería Química. El Rector demostraba con esto que su atención estaba dirigida a las Humanidades y a las Ciencias, así como a desarrollar la investigación y la explotación de las riquezas marinas, el mejor aprovechamiento de los recursos de la tierra, sin descuidar el avance tecnológico. La creación de la Escuela de Técnicos Pesqueros y Agronomía son ejemplos de ello.

Los tiempos del “convivio”

Desde otro punto de vista, y a pesar de todos sus progresos, era una Universidad joven, sin una larga tradición, pero con cierto estilo, que en los años cincuenta se atribuía a la influencia de la Compañía de Jesús, o “período jesuita”, o más precisamente, “la Universidad del padre González”, como solía llamársela por el papel fundamental que le cupo al Rector en el rostro que estaba teniendo la Casa de Estudios. Con todo, era un plantel novel. Cuando asumieron los jesuitas en 1951, la Universidad era una jovencita que intentaba asentar su personalidad. Pero, en esa juventud estaba su gracia y su promesa de futuro. Era “un no ser todavía”, y hasta parecía más edificio que contenido. Carecía de recursos y, por lo mismo, sus proyecciones eran limitadas. No había intercambio de profesionales y contaba con pocos académicos destacados a nivel nacional o reconocidos en el extranjero.

Desde 1951, en cambio, comenzó a abrirse a nuevos estímulos. Romolo Trebbi, que llegó en 1954 desde la vieja y culta Italia, se sintió agradablemente atraído por la Universidad Católica de Valparaíso, precisamente por nueva y, por ende, “interesante” en cuanto posibilidades futuras. Se refiere especialmente a la Escuela de Arquitectura cuando ya estaban en ella los nuevos profesores Alberto Cruz y Godofredo Iommi. La califica de “única” porque le sugería “una fuerza [que] era difícil encontrar en Europa”. Arquitectura era, por entonces, el paradigma. Era obra del Rector González Förster porque, como recuerda Fabio Cruz, antes había sido una escuela indefinida. Cuando el Rector trajo a Alberto Cruz comenzó la “reconstrucción” desde sus cimientos. No sólo Arquitectura durante los años cincuenta y principio de los sesenta, sino que toda la Universidad tuvo una especie de encantamiento en su

quehacer, que el profesor Héctor Herrera atribuye a la positiva gestión jesuita y cree lícito llamarlo “período fundacional”, porque, a su juicio, fue “el padre González [quien] sacó a nuestra Casa de Estudios del declinamiento inicial”. Efectivamente, con los jesuitas se produjeron los primeros signos de cambio. Se discutía el sentido, la misión, lo distintivo de la Universidad Católica de Valparaíso en el contexto nacional, se hablaba de elevar el nivel académico, ordenar las carreras y modernizar; se quería reglamentar, fijar y estructurar. Se discutía el tema de cómo llevar la docencia. Había quienes postulaban la existencia de cátedras menos rígidas, en que la garantía estuviera en el profesor competente, mientras otros pensaban que un bien estructurado y rígido programa de estudios debía dar los mejores resultados. Reinhard Zorn cuenta su experiencia de esos años: “Yo entré con el padre González, en el año 56 y cuando egresé el año 61, pude percibir el cambio que hubo en la Universidad, cualitativo y cuantitativo. Entre mi primer año de Derecho y mis últimos años de Derecho... estos últimos eran muy ordenados, con profesores que cumplían rigurosamente sus tareas; había mayor control, la calidad académica era algo por lo cual se velaba. La Universidad había cambiado mucho”, dice Zorn.

Pero, había facultades y carreras distintas, había realidades propias, había inquietudes singulares de cada pequeño mundo académico. Y se hablaba de la “libertad” de pensar y hacer no exentas de pintoresquismo. Romolo Trebbi, que venía de experiencias más libres y espontáneas de la vieja Europa, recuerda que más tarde, cuando fue director del Instituto de Historia, quemó “todos los papeles en un acto de libertad, porque los papeles [reglamentos, decretos, memorandum] matan la libertad universitaria... la transforman en esclava de lo administrativo”. Por entonces ya estaba vigente el llamado “currículum flexible”. Pero antes, en los años cincuenta, actitudes como las de Trebbi hubieran resultado incomprensibles o inadmisibles para muchos, porque atentaban contra el concepto clásico de Universidad. La Escuela de Arquitectura, en cambio, estaba por rehacerse, pero fundada en la espontaneidad. Cuando el padre González llamó a Cruz, Iommi y equipo, Tomás Eastman, que en 1952 era de los antiguos, estaba encargado de hacer un Reglamento para la Escuela a solicitud del Rector. Se discutió. Hablaron todos. Entonces el

recién llegado Iommi dijo: “El Reglamento de la Escuela debe ser no tener Reglamento”²³³.

Era otro modo de entender la Universidad y, naturalmente, era fácil advertir que no podía haber una convivencia tranquila con criterios tan opuestos. Refiriéndose a estos incidentes, Enrique Aimone recuerda que “muchos no entendieron... no soportaron el cambio... mucha gente terminó yéndose a Santiago, e incluso se formó un comité de padres de estudiantes que consideraban se les había introducido un cambio en las reglas de juego”. Y no lo podían entender, porque la nueva línea introducida era disminuir las matemáticas e incorporar la reflexión, la poesía, el pensar el mundo y descubrirlo con los “viajes de travesías”, dice Aimone.

Se gestaban ideas importantes, pero con muchos desencuentros. La Universidad parecía estar entrando en un período de gran vitalidad innovadora, provocando crisis en escuelas y personas. Wadim Praus era Director de Arquitectura cuando llegó Cruz y su equipo en 1952, dispuesto a poner en práctica sus ideas. Pero las ideas planteadas entre 1952 y 1956, no gustaron a Praus. “Si no me sentía a gusto trabajando con el equipo de Cruz, simplemente por diferencias de opinión - dice - era preferible que me fuera a la Escuela de Matemáticas y Física”. Efectivamente, eran dos concepciones opuestas. Praus, que estuvo como Director hasta 1956, era lógico y pedagógico. La formación del alumno la concebía con programas, contenidos y pasos precisos. Cada paso con su sentido. Para él “el plan de estudio debería considerar una permanente integración, en la medida que el alumno fuese avanzando en niveles de formación en la comprensión arquitectónica”. Pero el equipo de Cruz dio preferencia a la creatividad más que a la formación teórica. Praus era la

²³³ Godofredo Iommi pertenecía al grupo de arquitectos formado por Alberto Cruz, Francisco Méndez, Jaime Bellalta (que el mismo año 1951 se fue a Harvard), Miguel Eyquem, José Vial, “Tuto” Baeza y Fabio Cruz. Iommi era argentino de padres italianos. Estudió dos años Economía en la Universidad de Buenos Aires, carrera que abandonó para dedicarse definitivamente a la poesía. Fabio Cruz dice: “Godo tenía otra raíz cultural, otra visión de la realidad, otra concepción de América... y otra dimensión de la condición humana”. Acto de lanzamiento del libro *Escuela de Valparaíso-ciudad abierta*, Fabio Cruz P., 5 de septiembre del 2003.

antítesis de Iommi, porque éste gustaba de la improvisación, de la sabia creación, de la sugerente inquietud. Pensaba en voz alta, discurría sobre temas inverosímiles y organizaba actos simbólicos, como lanzar sus relojes al mar, ¿acaso para liberarse del imperio del tiempo cronométrico?.

Coexistían, pues, las ideas más conservadoras y las más avanzadas respecto de la Universidad y sus distintas disciplinas. El Rector González gustaba de las avanzadas. Quería transitar por *terras incógnitas* abriendo nuevas carreras e institutos de investigación. Lo pensaba y lo hacía. El profesor Héctor Herrera tenía una posición más cautelosa en este campo. Creía que el Rector era “demasiado audaz para algunas creaciones en las que yo - dice - pensaba había que ser más cauto o conservador”. Visiones y posturas opuestas. Pero había vida, la Universidad parecía en permanente discusión y eso era saludable, a pesar de las excentricidades de algunos o puntos de vista no tradicionales, que por novedosos, más tarde habrían de despertar no poco interés, en particular la original visión de Nuestra América “al revés” y la obra poética de *Amereida*, que significaban para la Universidad un *plus* muy positivo en el contexto académico del país, y que al mismo tiempo provocaba la necesaria discusión, inexistente antes. Refiriéndose al poeta Iommi, Fernando Molina lo creía “discordante”, tal vez porque en el plano de las ideas siempre estaba en una posición opuesta a la que parecía sensata. “Si tenías inquietudes - dice - era imposible no encontrarse con Iommi”. Reflexionando sobre el período jesuita, los proyectos del padre González y las encontradas opiniones que tenían lugar en la Universidad, el profesor Héctor Herrera dice en entrevista concedida a Rodolfo Garcés: “Son dos estilos de vida que tienen que coincidir en la Universidad. El de los hombres que están siempre anticipando situaciones, preocupados por abrir la Universidad hacia nuevas responsabilidades y, por otro lado, aquellos que están insistiendo en la necesidad de asegurar y dar primero gran calidad a lo que se tiene antes de dar nuevos pasos”²³⁴.

²³⁴ Garcés, Rodolfo: *Crónica de medio siglo...*, pág. 173.

Los que estaban anticipándose eran los que oteaban el horizonte, los que percibían en lontananza los signos de nuevos tiempos. La Universidad vivía su época de tránsito; hospitalaria con los soñadores e idealistas. Alberto Cruz, que era de los últimos, tiene una impresión positiva de la transformación de la Escuela de Arquitectura. “Los alumnos que estaban en el régimen anterior, - dice - encontraban que el sentido era diferente”. Esa diferencia significaba estar “refundando” la Escuela con “mis loquitos”, como los llamaba el Rector González. “Locos” porque con lo que discutían en casa de Iommi o de Cruz se “estructuraban las clases”, recuerda Romolo Trebbi. “Se ponía un tema y surgía un diálogo entre nosotros y los alumnos”. Todo tenía el encanto de la espontaneidad, aunque con el riesgo de divagar demasiado. Trebbi sentía que los arquitectos tenían “la posibilidad de desarrollar una nueva Universidad, es decir, darle carácter a partir de la personalidad del profesor, como era en las antiguas universidades europeas”. De ahí también ese menosprecio que mostraban algunos por los programas fijos e inmutables de las cátedras. El profesor de alto nivel académico era más confiable que el mejor programa, como lo era don Héctor Herrera en la Escuela de Historia, cuyas reflexiones se iban enlazando en el transcurso de la cátedra. Escribía una palabra en latín y, a partir de ella, “dibujaba ideas”. Para un profesor como él, los programas terminaban siendo adjetivos.

Tiempo para pensar, tiempo de la palabra creadora, cuando se valoraba el diálogo como la instancia central del deber ser universitario y del hacer de la Universidad. Era el *convivio*, “que nace y renace a través de la palabra”. En este período de diálogos abiertos, se estaba gestando lo que se concretará con la Reforma, según Reinhard Zorn, es decir, cuando la Universidad sea discutida en el Salón de Honor, en los pasillos, y salga a la ciudad para comprometerse con ella, paso que necesitó del preámbulo o transición jesuita de los años cincuenta y del rectorado laico de Arturo Zavala durante buena parte de los sesenta. Alberto Cruz, al pasar revista a este período, define a la UCV como “Universidad de personas”, en cuanto “refundada” a partir de “un régimen muy personal”, posible dentro de un plantel todavía pequeño, porque no había perdido su dimensión casi familiar “en que todos teníamos vínculos, aunque no todos nos conociéramos, pero existía el vínculo de la familiaridad”. Un pequeño

mundo de personas, dice Cruz, porque más que la Universidad, éramos “los universitarios”.

Arquitectura la formaba un grupo de personas solidarias con ideas comunes en la disciplina y sobre la Universidad. El Cerro Castillo fue elegido como residencia “de los ocho” que formaban el equipo de Cruz. Arrendaron cuatro casas: una para Godofredo Iommi y otra para Fabio Cruz, que eran los casados, y dos casas para taller y para los solteros: Alberto Cruz, “Pepe” Vial, Francisco Méndez, Miguel Eyquem y Arturo Baeza. Allí se convivía, se pensaba, se discutía y se proyectaba. Alberto Cruz recuerda la etapa del Cerro Castillo: “Convivir allí era el alimento”, dice, una convivencia que era posible porque se reconocía el valor de las personas que formaban el grupo, personas que eran el aval interno de Arquitectura, y de toda la Universidad cuando esa intimidad creativa se hacía pública. Llegaron a tener siete casas. Eran todos una familia y plena la unidad, guiados por el lema “Vida, trabajo y estudio”.

La idea de grupo, la amistad, la residencia en una Universidad pequeña, y la docencia en una Universidad de provincia, eran estímulos para idear acciones. “Nosotros -dice Fabio Cruz - no nos acostábamos nunca antes de las tres de la mañana, porque estábamos en la casa de ‘Godo’ o en casa de Alberto conversando. Ahí aparecían Mario Góngora y otros”, porque la casa de Godo “era casa abierta”. Y fue Iommi quien sugirió la creación de un Instituto de Arquitectura dependiente de la Rectoría y no de la Facultad²³⁵. Entonces se arrendó una casa en la calle Viana. Ahí trabajaban en dos direcciones: la Escuela, por una parte, y el Instituto, por otra. La Escuela pasó a ser administrada por el equipo de Alberto Cruz y Iommi. Algunos profesores antiguos se fueron. Carlos Marchant dejó el cargo a Carlos Bresciani, también antiguo, como decano; Wadim Praus y Tomás Eastman se fueron por no estar de acuerdo con la osadía del grupo. Sin embargo, Praus, al recordar esta etapa de

²³⁵ La sugerencia de Iommi apuntaba a crear “un ámbito de estudio más amplio, más abierto que la mera actividad docente; un lugar al que pudieran concurrir otras personas, otros artistas, otras disciplinas. No debía ser dependiente de la Facultad, sino de la Rectoría, y así fue aceptado por el Rector González, naciendo el Instituto de Arquitectura, el primero en crearse en la UCV.

Alberto Cruz y equipo, dice: “en cierta medida creo que tenían razón”. El primer proyecto de Cruz y los nuevos arquitectos fue el de Achupallas, que abrió otro modo de ver la Arquitectura, es decir, a través de “la observación directa de la realidad de la ciudad”. En esos años se introdujo la costumbre de salir a dibujar la ciudad y se incorporó la poesía en la Arquitectura, como lo subraya Herman Rojas.

Como Escuela, como Instituto y como personas, era un modo de situarse en el contexto de la Universidad y del país, un modo de percibirse. “Cada uno a su manera - dice Alberto Cruz- entendía y comprendía que no estaba detrás del mundo, que no iba en el “post” del mundo, sino que iba adelante, iluminando, antecediendo”. Se sentía que las cosas se estaban haciendo “por primera vez”, con la fuerza de estar iniciando algo en una ciudad como Valparaíso. No sólo en Arquitectura. En todas las carreras se palpaba parecida renovada vitalidad. Había compromiso. Se dedicaba el tiempo completo a la Universidad. El profesor Héctor Herrera al recordar los años del padre González habla “del fuerte compromiso” que era “más de lo que ahora se entiende por jornada completa”, porque en aquel tiempo “la gente vivía en la Universidad”. Cita los casos de Francisco Garrido, Carlos Meléndez, y después, el padre Horvat. “Uno los encontraba desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche, incluso el sábado, y si algo los entusiasmaba, también venían el domingo”²³⁶.

La Universidad era un mundo vivo en la frontera de los años cincuenta y sesenta. Había sueños, ideales, propósitos. Pero eran ideas que quedaban circunscritas a las palabras. Entonces, el Rector González, de regreso desde Estados Unidos, dijo con ocasión de una cena: “Hay que empezar a publicar”. Fue una exigencia enteramente nueva. Era otro concepto. Había que concretar el discurso y hacer la tarea universitaria en tres dimensiones: docencia, investigación, publicación. Importaban los resultados. Bernardo Donoso lo grafica así: “En el gobierno del padre González la curva se quiebra y sucede un salto muy importante, porque hay mucha creación, y mucho de lo pionero viene de esa época... que, en

²³⁶ Garcés, Rodolfo: *Crónica de medio siglo...*, pág. 174.

mi opinión, debe ser el que provoca el cambio cualitativo más notable”. Eran los años en que comenzó a editarse la Revista Anales de la Universidad Católica de Valparaíso²³⁷.

Más que publicaciones, más que escuelas y facultades, sobresalían las personas; una minoría, desde luego, pero llena de luces, y entre ellos, el Rector Jorge González con los jesuitas que lo acompañaban en la administración y la docencia. Entre los profesores, Fernando Molina reconoce la categoría intelectual del padre Miguel Iturrate, especialista en psicoanálisis. Dice que dio altura a la Universidad en los estudios humanísticos, y cómo no, si conocía el latín y el griego. Iturrate “era de otro mundo”. Lo mismo dice del padre Alfonso Vergara, a quien reconoce como representante de una “espiritualidad... más moderna”. Era un momento en que la Universidad se distinguía por profesores como Héctor Herrera, en la Escuela de Historia, el padre Osvaldo Lira, que enseñaba en la Escuela de Derecho, el padre Enrique Pascal, Godofredo Iommi y Alberto Cruz en Arquitectura, así como el padre Gandolfo y el padre Barros, en tiempos en que los académicos abrían sus casas para las esperadas tertulias con otros profesores y alumnos, para cuestionarlo todo. Algunos eran librepensadores que enfocaban las cosas desde perspectivas más laicas, o sacerdotes que siendo jesuitas, eran el polo opuesto del padre González, como efectivamente fue su sucesor, el Rector Hernán Larraín, que introdujo un concepto más moderno de Universidad. En medio de las discusiones, el padre Larraín no compartía “una Universidad de trincheras” que por enclaustrada en sí misma y ajena a la vida de las calles la llamaba “Universidad de catacumbas”, “encapsulada” y “a la defensiva”.

Durante su rectorado se discutió cómo la UCV debía salir a la calle, comprometerse con la ciudad de Valparaíso en todo su quehacer. Criticaba el Rector la Universidad desvinculada de los problemas sociales, políticos y económicos del país so pretexto de no dejarse contaminar por

²³⁷ El primer número de los Anales apareció en 1956 y fue entregado por el Rector Jorge González a los consejeros. Consejo Superior. Acta de sesión conjunta de los Consejos Universitario y de Administración. Anales de la Universidad. Extensión Cultural. Valparaíso, 13 de agosto de 1956.

el activismo desorbitado. Hasta entonces la UCV había sido cautelosa frente a lo externo, a pesar de los pasos de apertura dados por el Rector González. Larraín pensaba que las universidades “intramuros” corrían el peligro de transformarse en “invernaderos” destinadas a cultivar plantas exóticas, sin raíces en el mundo de hoy, es decir, “plantas espectros”²³⁸.

Con el Rector Larraín se inició la “pre-reforma” al interior de la UCV para readecuarla a los nuevos tiempos. Creó el Consejo de Directores, que incluía también al presidente de la Federación de Estudiantes, todo lo cual significaba estar en una época de transición, como 1963, cuando el camino a seguir se discutía sin hallar aún la definitiva senda en un contexto nacional de debates.

Era claro, sin embargo, que la Universidad debía abrirse a la sociedad, involucrarse con ella de un modo más directo. Pero esta misma necesidad suponía riesgos. El Rector Larraín creía que la UCV debía protegerse de los políticos de turno. “Hemos sostenido siempre - decía - que la peor peste para la Universidad - y mucho más para una Universidad católica - sería dejarse dominar por políticas partidistas. Nuestras universidades han de marginarse de la política inmediateista precisamente para poder elaborar un auténtico pensamiento político, una verdadera filosofía y doctrina política”.

En esto el Rector Larraín, aunque sin llegar al extremo de los Rectores anteriores, seguía, sin embargo, una postura tradicional iniciada por Rubén Castro, continuada por Malaquías Morales y acentuada por Jorge González, esto es, que la Universidad no debía quedar absorbida por la política. El padre González era enfático cuando decía que la Universidad “debe mantenerse ajena a perturbaciones extrañas a su propia vida. No digo yo - decía - que el profesor o alumno universitario tengan que abjurar de posiciones definidas, claras y valientes, pero de manera alguna se debe mezclar la vida de la Universidad con el quehacer político de afuera. Ni es la Universidad la llamada a dar normas ni emitir

²³⁸ Garcés Troncoso, Pedro; Wörner Olavarría, Carlos H: “El rectorado...”, pág. 3.

pronunciamientos sobre temas ajenos al quehacer fundamental, que es el estudio”²³⁹.

Eran unos principios difíciles de mantener en los años sesenta. El estudiante era otro y otros los tiempos. El contexto nacional y universal condicionaban la Universidad llevando hasta ella nuevas inquietudes, utopías e idealismos, como eran lo alumnos y profesores en esos años de “pre-reforma”.

La Universidad soñaba y reformulaba las esperanzas “para que el ser humano vuelva a poblar su alma de ideales”, como dice el profesor Carlos Ramírez citando la “Revista Mensaje”²⁴⁰. El ambiente era más propicio a la discusión, al análisis y, por lo mismo, más abierto. A veces, discusiones apasionadas como las que se producían entre Godofredo Iommi y el padre Larraín. “Era cuestión de prender el fósforo”, dice Fernando Molina. Según él, “se había creado una especie de excitación que preparó el ambiente para la Reforma”, en tiempos en que se cuestionaba, incluso, la catolicidad “demasiado absorbente” que querían combatir algunos profesores basados en el Concilio Vaticano II, contrarios a que la Universidad continuara en manos de jesuitas, y partidarios, en cambio, de la elección de un Rector laico, como se deseaba en 1962.

El cambio lo había propiciado el propio Rector Larraín, que siempre se manifestó contrario a una dirección paternalista, como eran, en general, las universidades católicas. Era contrario a rectorados “de tipo monárquico” y sobreprotectores. Incluso llegó a decir que la Dirección de la Universidad no podía quedar reducida al Consejo Superior, en cuanto que este organismo tomaba decisiones “desde arriba”, sin la participación de profesores y alumnos²⁴¹.

Recordando este período, Fernando Molina dice: “Esa es la Universidad que yo viví, y ese [el padre Larraín] uno de los personajes”.

²³⁹ Garcés, Rodolfo: *Crónica de medio siglo...*, pág. 165.

²⁴⁰ Ramírez Sánchez, Carlos: “El padre Raimundo Barros...”.

²⁴¹ Garcés Troncoso, Pedro; Worner Olavarría, Carlos H: “El rectorado...”, pág. 3.

Época de cambios en la Acción Católica y en las preferencias intelectuales de Rector Larraín, y época capaz de crear un ambiente de mayor inquietud, graficado como “un cuadro bastante efervescente o explosivo”,²⁴².

Sorpresivamente, la Santa Sede decidió terminar con el convenio entre la Compañía de Jesús y el Obispado de Valparaíso cuando era Obispo Monseñor Emilio Tagle Covarrubias. Entonces el profesor de Derecho, Arturo Zavala Rojas, fue nombrado Rector de la Universidad, punto de partida de una nueva y singular etapa histórica de nuestra Casa de Estudios.

Cuando el Rector Hernán Larraín puso fin a la etapa jesuita, la Universidad había dado pasos significativos en su desarrollo. De los vacilantes primeros años con los Rectores fundacionales, Pbro. Rubén Castro y Pbro. Malaquías Morales, hasta la dirección del padre Jorge González S.J. y la breve presencia del padre Hernán Larraín S.J., éste resumía así esos pasos decisivos desde 1951 en adelante: “Recibimos una pequeña Universidad y entregamos una Universidad grande, madura y prestigiada”. Refiriéndose al rectorado del padre Jorge González, dice que “los jesuitas, con su abnegado silencio y alegre entusiasmo”, trabajaron trece años para hacer crecer la UCV²⁴³. En 1963, la Universidad era el rostro más expresivo de Valparaíso; sus más de 2.300 alumnos, sus cinco facultades, su instituto de técnicos; su efervescencia, que ya contagiaba la vida cotidiana de las calles; su progresivo importante lugar entre las universidades chilenas, y su dignidad de católica, eran palpables logros y general reconocimiento de la labor de la Iglesia, y en particular de la gestión jesuita. No era una exageración del Rector Larraín cuando decía que los jesuitas recibieron “una Universidad incipiente, como un colegio superior, y entregaron a la diócesis una auténtica universidad, potente como entidad docente y con pleno reconocimiento nacional”²⁴⁴.

²⁴² Fernando Molina. Entrevista. Viña del Mar, 25 de noviembre del 2002.

²⁴³ Declaraciones del R.P. Hernán Larraín Acuña S.J., Rector de la UCV, a raíz del cambio de Dirección de la Universidad.

²⁴⁴ *Ibidem*, pág. 5.